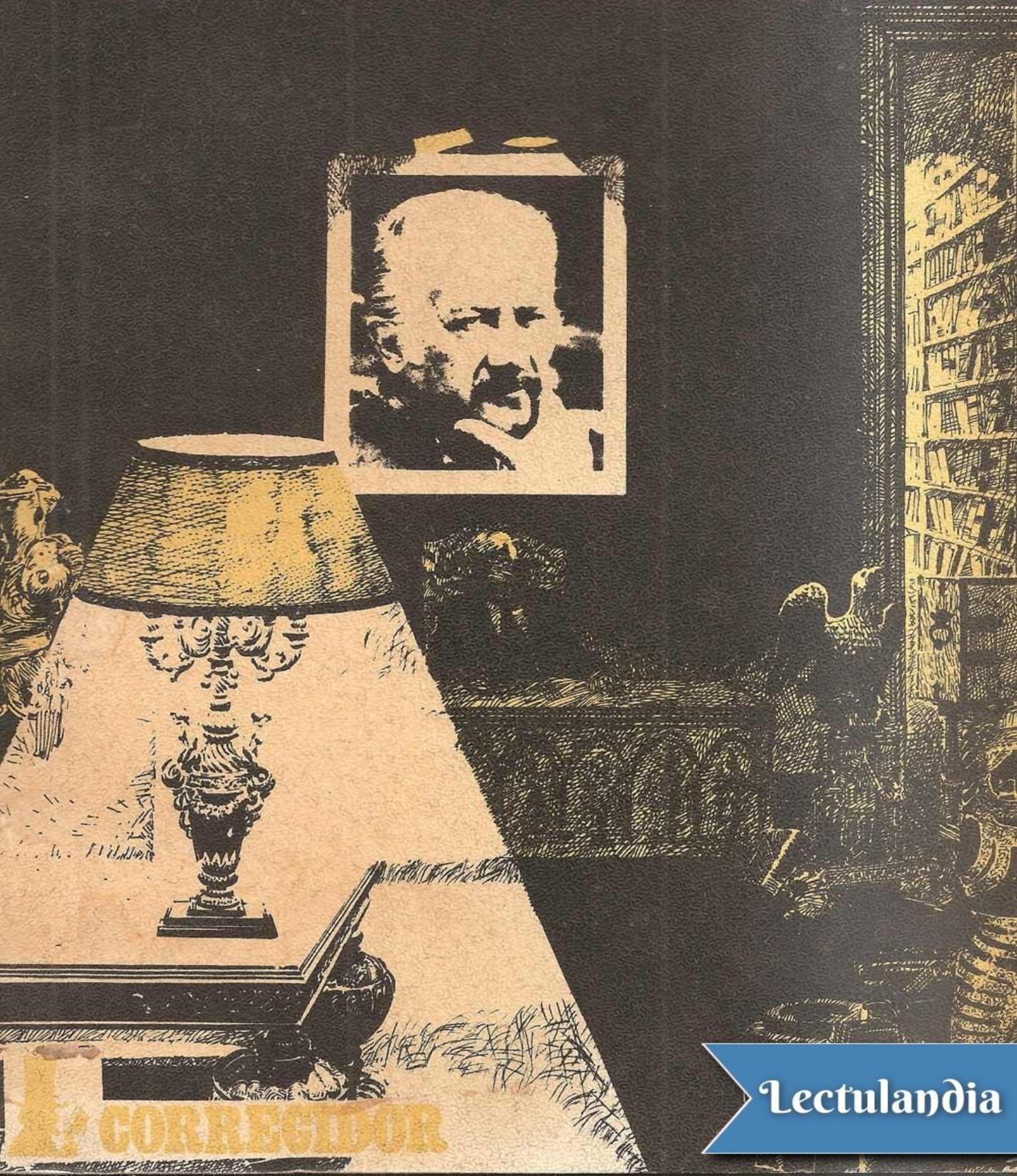


MANUEL DE HISTORIA MARCO DENEVI



2º CORRECTOR

Lectulandia

«País sin historia donde todo es pura aspiración»: así define Octavio Paz a la República Argentina. En esa frase se inspiró Marco Denevi para escribir *Manuel de historia*, crónica de la vana aspiración de escribir un libro que debió titularse «Manuel de historia».

Narración tan breve como compleja, donde los tiempos, los personajes y los hechos parecen reflejarse y refractarse unos a otros al modo de un juego de espejos, esta obra está tan colmada de alusiones y de sugerencias que obliga a una atenta lectura.

Lectulandia

Marco Denevi

Manuel de historia

ePUB v1.2

Ninguno 05.07.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Manuel de historia*
Marco Denevi, 1985.
Diseño/retoque portada: R. Espósito

Editor original: Ninguno (v1.0)
ePub base v2.0

Aviso

¿Por qué no descubrir ciertas intimidades de mi taller literario? Había planeado escribir un libro que contendría varias novelas embutidas las unas dentro de las otras y que por esa razón se titularía "Las muñecas rusas".

Las proporciones que fue cobrando me forzaron a su desmembramiento. No me gustan las novelas de tamaño colosal y la mía iba camino de adquirirlo y aún de sobrepasarlo. El monstruo quedó dividido en dos criaturas de dimensiones normales.

Una es este libro. La otra, muy alterada por la escisión, se titulará "Una familia argentina" y aparecerá, Dios me perdone, muy pronto.

Digo todo esto para aclarar, ya que no para justificar, por qué "Manuel de Historia" parece o es el desmesurado prólogo de una novela que jamás habría sido escrita, con lo que sin habérmelo propuesto vendría a ejemplificar sobre aquello que Octavio Paz afirmó de los argentinos: que somos un país sin historia donde todo es pura aspiración.

M. D.

Yo me alegro con las cosas buenas y hermosas cuando leo acerca de ellas en los periódicos o cuando participo de ellas, y tengo capacidad para entusiasarme. Pero si se trata de cosas buenas y hermosas la literatura no puede competir con la vida. Un acto de heroísmo será siempre más bello que el libro que lo describa. La fe plena e ingenua, religiosa, política o cualquier otra, será siempre superior al cuento o al poema que intenten expresarla. Pero en las cosas malas actúa una especie de alquimia. Un cuento acerca de la desesperación puede ser más espléndido que la desesperación misma, un poema sobre la muerte, menos doloroso que la muerte. En la Inglaterra isabelina (si me está permitida la comparación), a pesar de que hubo muchos progresos en la navegación y en el sistema de carreteras, no se le ocurrió a Shakespeare escribir sobre esos temas, y si en aquel entonces alguien lo hizo, su nombre y su memoria se han perdido. Nos quedó el loco que escribió sobre los sufrimientos de los hombres.

Amós Oz

1996

Sidney Gallagher tenía el rostro tierno de un adolescente y la calvicie de un hombre maduro. Esa contradicción y un carácter reservado impedían calcularle la edad. Era uno de los doce advisers del Secretario para la Culturización, Wendell O'Flaherty, alias Queen Wendy, que había sido su profesor de lenguas romances en la universidad de Berkeley y que desde entonces estaba enamorado de él.

Luchó con uñas y dientes por el cargo de adviser por dos razones: para añadir ese antecedente a su curriculum vitae y para conocer de cerca la anomalía histórica llamada Argentina. Se proponía permanecer un tiempo en ese extraño país y después volverse a los States. Un libro o más bien una palabra le trastornó los planes. El libro se titula «Repertorio de argentinismos», de un tal José Sorbello, y la palabra es manuelisma.

Hacía tres meses que residía en Baires cuando visitó la Central Library, un edificio ruinoso en México St., en la parte vieja de la ciudad. Millones de libros se amontonaban entre el desorden y la mugre. El espectáculo lo horrorizó porque para él los libros eran objetos sagrados.

Pidió un diccionario de argentinismos y se sentó a esperar. Esperó media hora en un desierto salón de lectura cuyos pupitres estaban semidestrozados y cubiertos de quemaduras y tatuajes obscenos. Un anciano polvoroso se le acercó y le dijo de mal modo: «Este es el único que encontré». Era el repertorio de José Sorbello, un volumen grueso con la carátula rota y las páginas intensas.

Buscó la palabra fiaca, que había oído varias veces y que lo intrigaba. Leyó: «Fiaca: desgano menos físico que espiritual, que no hay que confundir con la haraganería. La fiaca es un desapego por la realidad y proviene del manuelisma (v.)». Buscó el vocablo manuelisma, leyó: «Manuelisma: Parónimo o parodia de aneurisma. Designa una enfermedad mental endémica entre los habitantes de Buenos Aires. Sus manifestaciones consisten en la mitologización del pasado, en la negación del presente y en la afirmación apodíctica (sic) de un futuro utópico. Cfr, *Manuel de Historia*, de Ramón Civedé».

Sidney experimentó un ligero sobresalto de felicidad. Los tres síntomas del manuelisma coincidían con su diagnóstico sobre las causas de la desaparición de Argentina como estado independiente. Pero Queen Wendy había dicho, en su tono de voz más odioso, que la teoría era so fantastic and so childish que no valía la pena tomarse el trabajo de refutarla. Lo dijo delante de los otros once adviser, quienes se sintieron obligados a sonreír con ironía y conmiseración. Sidney se ruborizó. Era un joven piadoso y cortés que se ruborizaba a menudo, no por pudor sino de amor propio herido, y entonces no convenía descuidarse.

—Le demostraré que ni es ni fantastic ni childish —murmuró apretando las tercas

mandíbulas de pugilista.

El secretario O'Flaheerty le había pellizcado un muslo: —Acepto el desafío, my boy.

Consultó los arcaicos ficheros manuales: el libro de Ramón Civedé no figuraba, no figuraba ningún libro de Ramón Civedé. Salió y recorrió los bookstores de Flórida St., de Corrientes Ave.: nadie le supo dar la menor noticia de «Manuel de Historia» que él pedía por ese título o, maliciando una errata, por «Manual de Historia». El nombre de Ramón Civedé hacía enarcar las cejas de los vendedores. Algunos le dijeron que el libro estaba agotado, pero Sidney sospechó que mentían para salir del paso. Otro se sonrió: «Si es de autor argentino no lo va a encontrar, las únicas obras que se venden son éstas», y le señaló una mesa abarrotada de best sellers norteamericanos y europeos.

Inopinadamente, en una librería de lance halló un libro delgado que se titulaba «Diálogos de Marco Denevi con Ramón Civedé». El ejemplar, todavía virgen, tenía una dedicatoria manuscrita: «Para mi querido amigo (aquí una minuciosa tachadura), con la esperanza de que este coloquio no le resulte indiferente». Debajo estallaba una firma ininteligible que podía corresponder a cualquiera de los dos interlocutores o a ninguno de los dos.

Cuando Sidney, en su habitación del Beverly Hotel, se impuso del contenido de los diálogos, pensó que ni ese desconocido Marco Denevi ni ese otro ignorado Ramón Civedé eran args. Los sujetos de sus pláticas versaban sobre: cómo T. S. Eliot, por seguir los consejos de Erza Pound, había empeorado la versión original de varios poemas; las candorosas profecías de Fray Salimbeno en el siglo XIII; si la orden de los acemetas, dedicada a cantar día y noche alabanzas a Dios, había existido o era una impostura de Lachâtre, y las desvergonzadas analogías entre el «Troica Roma resurges» de Propercio, el soneto «A Roma sepultada en sus ruinas» de Quevedo, el soneto de Joachim du Bellay sobre el mismo tema en «Les Antiquitez de Rome» y el del renegado Pound en «Personae».

El libro carecía de pie de imprenta y el editor, cauteloso, ocultaba su nombre. Sidney, que había leído las obras completas de Jorge Luis Borges, conjeturó que los diálogos eran una travesura del autor de «El Aleph» y que Marco Denevi y Ramón Civedé les hacían compañía a los imaginarios Pierre Menard y Herbert Quain y al vasto abogado de Bombay, Mir Bahadur Alí. Sin embargo, por las dudas, consultó el directorio telefónico: ningún Ramón Civedé tenía teléfono, acaso porque ningún fantasma lo tiene; tampoco encontró, entre muchos Denevi, uno que se llamase Marco.

El testarudo deseo de desmentir los dos adjetivos que O'Flaherty le había asestado a su teoría lo condujo hasta el Registro de Personas Residentes bajo el Mandato internacional, más conocido por la sigla Reperemain, en manos de la IBM. El

cómputer memorizó dos únicos args de apellido Civedé, un matrimonio, según el código Wheeler. Para sorpresa y alegría de Sidney, el marido se llamaba Ramón, de cincuenta y cinco años pero de profesión abogado. ¿Sería el hombre que buscaba? Los datos de la mujer incluían el nombre, Deledda, born Condestáble y la edad de cuarenta y dos años. Domicilio: 2711 French St 5, VII Baires.

Se trasladó en el Mercury Sky que le había asignado la Secretaría. Acostumbraba sentarse junto al chofer, un arg llamado Aníbal Benítez que antes de la internalización había sido conductor de taxi. Ese hombrecito de poco más de un metro y medio de estatura, flaco y escurridizo como una anguila, le resultaba a la vez repulsivo y fascinante. Sidney era virgen por una razón harto sencilla: carecía de líbido, de modo que en sus costumbres no entraban las relaciones sexuales ni siquiera consigo mismo, pero le despertaban una fría curiosidad científica que trataba de disimular con un voyeurismo mental ávido de confidencias escabrosas. Aníbal Benítez le satisfizo ese interés hasta el hartazgo y la náusea. En los primeros tiempos debe de haber creído que Sidney era homosexual como los demás advisers del Secretario O'Flaherty. Entonces no se le borraba de los labios una sonrisa cómplice y miraba a Sidney como dándole a entender que entre los dos no había secretos. Finalmente le confesó que no tenía prejuicios sexuales y que estaba dispuesto a hacer feliz a todo el inundo. Como Sidney no mostró señales de querer ser feliz, pareció decepcionado. Atribuiría ese masoquismo a una timidez enfermiza y anacrónica, inconcebible en un norteamericano, o a que Sidney lo despreciaba porque él era arg, y en cualquiera de las dos hipótesis lo privaba de ganarse unos dólares suplementarios. Después debe de haber cambiado de idea y se dedicó a contarle sus hazañas sexuales con un detallismo tan puerco que Sidney no podía evitar alguna interjección sobresaltada o algún parpadeo azorado que al otro le entusiasaban todavía más la furia exhibicionista.

Según él, se había acostado con las mujeres de todos los funcionarios del gobierno internacional. Ninguna se le había resistido, algunas tomaban la iniciativa y por fin todas lo perseguían como fieras cebadas.

—Ahora saben lo que es un hombre —decía con una risita que quería ser fanfarrona y era rencorosa. Las hago gritar en la cama. Sidney se preguntaba si a ese semental obseso le gustaban las mujeres o las detestaba, porque no hablaba de ellas sino para denigrarlas y de lo que más se jactaba era de haberlas sometido a todas las aberraciones. Ese morboso machismo tenía algo en común con la drogadicción: buscaba prosélitos. Varias veces Aníbal Benítez se ofreció a conseguirle a una, a dos o a tres args a cuál más depravada. Sidney se rehusaba cortésmente y entonces él ponía un semblante contrariado como si se sintiese objeto de un desaire. Pero la próxima vez olvidaría la ofensa, volvería a creer en la sinceridad de Sidney cuando, quizá para saber cómo comportarse con sus amantes, le tiraba de la lengua.

No era el único en pavonearse así. Sidney ignoraba cuánta verdad y cuánta fábula

había en esos alardes sexuales, pero una cosa tenía por cierta: los args, hombres y mujeres, sufrían bajo el Mandato una exacerbación de la libido comparable a la de los norteamericanos cuando viajan a un país donde no se habla inglés. Sólo que la libidinosidad de los args parecía provenir de un rabioso afán de desquite contra el sexo opuesto. Únicamente los homosexuales daban la impresión de amar sin ningún encono aunque fuesen desdichados. En cambio la sexualidad de los heterosexuales estaba como irritada por el deseo de ajustar antiguas cuentas pendientes. Para ellos el amor o lo que llamaban amor era la vieja guerra de los sexos ahora entablada sin tapujos pero con el mismo odio elemental.

Hasta que, harto de las priapadas del hombre que hacía gritar a las mujeres en la cama, Sidney lo sondeaba respecto de la internacionalización.

—Tell me. Dígame, Aníbal: ¿qué dice la gente?

—Qué van a decir, jefe. Están contentos.

—Cómo, contentos. ¿Sí?

—Bailan en una pata. Antes decíamos: aquí tendrían que venir los japoneses para arreglar este quilombo. Y bueno, no vinieron los japoneses pero vinieron ustedes.

—Y nosotros ¿lo estamos arreglando?

—La verdad que sí. ¿Usted sabe lo que era esto, antes? Un país de joda. Los de arriba, todos chorros. Los de abajo, todos vagos. Y la Argentina que fuera a cantarle a Gardel. Hicieron muy bien en mandar la internacionalización, tan siquiera para que tanto trigo y tanta carne que hay aquí sirvan para matarles el hambre a los negros de África. Aunque dicen, yo qué sé, que todo va a parar a Rusia y a Norte América. ¿Será cierto, jefe? Y bueno, a mí qué corno me importa.

—¿No le importa que su país haya perdido la independencia?

—Pero de qué independencia me está hablando, jefe. Si nunca fuimos independientes. Lo único que cambió es que los que antes nos mandaban desde afuera ahora nos mandan desde adentro. Y como ahora están adentro, cuidan mejor el negocio y no nos hacen faltar nada.

—¿De veras no le falta nada, Aníbal?

—¿A mí? ¿Qué le parece? Hasta tengo dólares.

—¿Sólo eso le interesa? ¿Tener dólares?

—Mire, jefecito. A ver si nos entendemos. Cuando yo era más joven podían hacerme el verso de la patria. Hasta que me avivé de que la patria quería decir que yo laburase como loco y los que no laburan se llevasen la guita. Iba a morir en ese curro. Pero vinieron ustedes y ahora también yo tengo guita. Así que se acabó la sanata de la patria. La patria está donde si trabajo morfo y si no trabajo no morfo.

Sidney lo observaba. ¿Sería sincero ese cinismo o Benítez querría congraciarse con él mientras lo insultaba mentalmente? Con los args nunca se estaba seguro. Todos eran solapados, duales. Hablaban de una manera, pensaban de otra. ¿Por qué habían

llegado a esa falsificación del lenguaje o más bien a esa continua disidencia entre lo que decían y lo que sentían o pensaban? Quizá la clave estaba en el manuelisma. Quizá en «Manuel de Historia» podría encontrar la explicación del fenómeno.

Mientras tanto iba tomando nota de los vocablos pintorescos que usaba Aníbal Benítez. Quedaban pocos args que todavía empleasen términos del lunfardo, de ese slang de Baires condenado a desaparecer pronto. Los niños y los jóvenes ya habían adoptado el arginglés, una jerigonza tan bastarda como el chicano de años atrás. Sidney oía híbridos que le hacían erizar la piel: windona, desguisarse, lovear, overcoto, esnifar, oká, y entonces la internacionalización le parecía una infamia. Pero un minuto después, cuando en los boletines del Mandato leía estadísticas aterradoras sobre desnutrición, analfabetismo, morbilidad y mortalidad infantiles, cambiaba de opinión.

Le preguntó a Benítez si conocía el significado de la palabra manuelisma. La anguila entrecerró los ojos taimados, una mueca desdeñosa le crispó la carita chupada:

—Sí, es una porquería que las mujeres se hacen entre ellas.

Sidney sofocó las ganas de reír.

El edificio de 2711 French St., en el VII° District, era una construcción sólida que habría sido suntuosa pero que se venía abajo de vejez. Carecía de portero eléctrico. La puerta de calle, enorme, de hierro forjado con alguna rajadura en los cristales, ocupaba toda la ochava y estaba a medio entornar. Sidney caminó no menos de veinte metros por un corredor ancho y lóbrego que desembocaba en un vestíbulo de teatro o de santuario. A través de un ventanal se divisaba un jardincito raquítico que languidecía de tristeza. En un rincón del vestíbulo, el arranque de una soberbia escalera de mármol parecía el trozo de una ruina romana.

El ascensor, amplio, de reja, con espejos y un asiento de madera adosado a una de las caras, subió lento, silencioso, ladino, y se detuvo como con disimulo en el Sth. Floor. Sidney vio otro vestíbulo, vio una puerta muy alta, de doble hoja, tallada, episcopal, con gruesos picaportes de bronce y un marco que remataba en una piña. Todo era tan viejo y estaba tan percutido que a Sidney le pareció que la puerta pertenecía a una casa abandonada. O que quizás ahí vivía alguien que había roto relaciones con el mundo y que jamás lo recibiría. Su tenacidad se sobrepuso a esa tétrica impresión. Oprimió un botón flojo y oxidado, pero no oyó el sonido del timbre. Transcurrió un rato.

Sin embargo no se desanimó. Iba a golpear la puerta con el puño cuando un torvo ruido de cadenas, de fallebas y de cerrojos, como el que rechina en los castillos de las novelas góticas, le avisó que los habitantes del departamento clausurado consentían en quebrar su encierro. Una de las hojas se abrió trabajosamente, como después de muchos años de no abrirse, y por el hueco la cabeza de una mujer se asomó en

posición transversal al modo de quien se dobla en dos para espiar. Sidney no pudo distinguírle las facciones, diluidas por la penumbra, pero le pareció que era una mujer joven.

—¿Qué desea?

Sí, la voz era joven, y somnolienta como de alguien arrancado del sueño.

—¿El señor Ramón Civedé?

—¿Para qué es?

—Necesito hablar dos palabras con él.

—Sí, pero para qué.

—Por un asunto personal.

—¿No me puede decir qué asunto?

—El señor Civedé ¿está o no está en casa?

—Según.

—Cómo, según.

Otra voz femenina, grave e impaciente, se hizo oír un poco más lejos:

—¿Quién es?

La cabeza desapareció, volvió a aparecer, siempre en posición horizontal.

—Dice la señora que quién es usted.

Sidney mostró el carné de tapas verdes y letras doradas que, con su nombre y su foto, lo acreditaba como adviser de la Secretaría para la Culturización. Una mano se la arrebató y cabeza, mano y carné se volatilizaron en un truco de prestidigitación. La puerta se había cerrado. Sidney no supo si debía esperar o si lo habían hecho víctima de una broma o de un robo y tendría que aporrear la puerta para que le devolviesen el documento.

Pasaban los minutos y Sidney se sentía cada vez más perplejo. El ascensor no se había movido de su sitio. Imaginó, para distraerse, que la vetusta jaula era un artefacto a través del cual lo vigilaban. El silencio del edificio era artificial, era deliberado, su presencia lo provocaba. En todos los departamentos ya se sabía que un adviser del Mandato estaba allí y por medio del instrumento óptico lo espiaban.

Todavía no había podido acostumbrarse al manejo que los args hacían del tiempo. Lo desconcertaban sus pasmosas faltas de puntualidad, la manera de fijar una hora no como una precisión cronológica sino como una mera aproximación. Decían las ocho y querían decir entre las siete y las nueve. Pasaban de largas demoras malgastadas en nada a un apuro frenético, a una impaciencia que se llevaba todo por delante. ¿La clave de esas oscilaciones estaría, otra vez, en el manuelisma?

La hoja de la puerta volvió a abrirse, ahora por completo. Y en el vano surgió la muchacha sonriente y recién vestida. Lucía uniforme de mucama, negro, con delantal blanco, cofia blanca y guantes blancos, lista para servir a la mesa. Pero eran las cuatro de la tarde. Sidney entendió que se había anticipado en su honor. Detrás, en el

departamento, había una gran iluminación de fiesta. La muchacha gorjeó:

—Pase, señor Sidney.

¿Ya lo llamaba por su nombre de pila? Sidney entró casi a la carrera, estaba en su derecho entrar así después de haber esperado una eternidad en el palier. Pero enseguida se detuvo, deslumbrado: una mujer bellísima venía a su encuentro desde los años veinte, desde el Negresco de Niza, desde el Excélsior de Venecia, desde una novela de Francis Scott Fitzgerald y desde otra novela de Paul Morand. La mujer le tendía los brazos, le ofrecía la mejilla, lo saludaba como a alguien a quien se ha estado aguardando durante años y que por fin se decidió a venir.

—Oh, mister Gallagher, qué placer tan grande. Venga, venga, tome asiento, póngase cómodo.

También ella se había engalanado en su honor, quizás a los apurones, mientras él esperaba afuera, pero todo vestigio de esa nerviosa prisa estaba borrado. Extravagante, anacrónica, espléndida, Deledda Condestáble se había puesto una túnica de gasa lila, largos collares de perlas, puños de perlas, flores sobre las sienes, la envolvía un perfume de muchas flores maceradas en ésteres antiguos, la turbiedad de un remoto verano en algún país soleado y arcaico junto al Mediterráneo.

Toda la casa celebraba la venida de Sidney Gallagher, todas las luces estaban encendidas y por todas partes había ramos de flores.

Deledda se sentó en un diván y se volvió hacia la muchacha, que entretanto examinaba a Sidney con una sonrisa de sentirse también ella feliz de que él se hubiese decidido por fin a visitarlas. De visitarlas a las dos, porque Sidney sospechó que no eran patrona y mucama sino que representaban un papel y que en cualquier momento podían encarnar otros.

—Verena ¿qué estás esperando para servirnos un jerez?

—¿Qué jerez, señora? Anoche monseñor Carasatorre se lo tomó todo.

Lo decía risueña, como si su propio personaje le causara gracia.

Deledda se dirigió a Sidney en un tono confidencial:

—Si monseñor oficiase misa más seguido, no se engolosinaría con mi jerez.

Y nuevamente a la muchacha:

—Entonces sírvenos dos whisquies.

—Tampoco tenemos, señora. ¿Ya se olvidó? Esta mañana la botella de whisky se me cayó al suelo y se rompió.

—Te dije, te dije que fueras a comprar otra.

Sidney se animó a intervenir en aquel diálogo que parecía ensayado.

—No se moleste, no tomo alcohol.

—¿Un té, un café?

—Tampoco. Gracias.

Entrelazó las manos, lo miró desolada.

—Señor Gallagher. Usted está a punto de ser la primera persona que me visita sin que yo pueda ofrecerle nada que le guste.

—Su presencia me basta.

—Oh, qué amable.

Despidió a Verena con un aleteo de mano, se puso de pie y sin dejar de hablar empezó una nerviosa busca por mesas y cajones. Habla muy bien nuestro idioma, mister Gallagher.

—Lo estudié en la universidad y después viví un año en Méjico y seis meses en España.

—Se le nota en el acento. Pero ¡dónde los habré metido! Nunca sé dónde guardo las cosas. Quería convidarlo con unos cigarrillos rusos que me regalaron, aunque yo no fumo. Viera qué exóticos, con el papel negro y fina virola dorada. Según Letizia despiden un olor espantoso, pero a mi me gusta. Es un perfume que me hace soñar con San Petersburgo, con palacios llenos de samovares y de iconos. Pero, por Dios, dónde, dónde los habré guardado.

—Por favor, no se moleste. Tampoco yo fumo.

Volvió al diván, estudió a Sidney con expresión preocupada, como si él terminase de revelarle que estaba muy enfermo.

—Mister Gallagher, sus vicios deben de ser secretos y terribles.

—Lamento defraudarla. No tengo vicios.

—No tiene vicios. ¿Usted es inglés?

—Norteamericano.

—Menos mal. En ese caso no me alarma que no tenga vicios. Si fuese inglés, temblaría.

—¿Por qué?

—Porque significaría que es un hombre cruel. Debí imaginarme que era norteamericano. Los ingleses son feos y no son atléticos. Así que vivió en España. Mi primer marido era español. ¿Quiere que le diga una cosa? Cuando vi su foto en el carné, pensé: cómo puede llamarse Sidney Gallagher un hombre con esta cara de condottiero del Renacimiento. Pero ahora que lo tengo delante, veo que no parece un condottiero sino el héroe de alguna historieta de ciencia ficción. A propósito. ¿Dónde dejó su carné?

Oprimió un timbre empotrado detrás del sofá.

—Mister Gallagher. ¿Para qué quería ver a mi marido?

—¿Es el autor de «Manuel de Historia»?

—¿Cómo sabe?

—Lo citan en un diccionario de argentinismos.

—Sí, el de Pepe Sorbello. No pierde oportunidad de hacerle propaganda a la novela.

—Oh, es una novela. Yo creí, oh, well. Me gustaría leerla, pero...

—Ramón se pondrá contento cuando se entere.

Verena reapareció con su sonrisa y las miradas a Sidney.

—¿Señora?

—Busca la credencial del señor Gallagher. Está en mi dormitorio, sobre el tocador o sobre la cama. Y si no está en el dormitorio búscala en el cuarto de baño. Mister Gallagher, explíqueme por qué le interesa la novela de Ramón.

—Estoy preparando un estudio sobre las causas de, well, del estado actual de Argentina.

—No me dore la píldora. Sobre la muerte de nuestro pobre país.

—Y pensé que «Manuel de Historia» podría servirme de ayuda.

—¿Lo pensó así nomás o por alguna razón?

—En el diccionario encontré una extraña palabra. Manuelisma.

—Ah, sí, una genialidad de mi marido.

—Pero ¿esa enfermedad existe, realmente?

—Él se lo dirá.

La reaparición de Verena en el escenario hizo girar la conversación de un modo violento.

—Por la foto creí que era un hombre maduro, pero es muy joven. Le diré una cosa, nunca acierto con la edad de nadie. Por empezar, no sé ni cuál es la mía. Según los papeles acabo de cumplir cuarenta años, qué disparate. Si los papeles no mintieran deberían decir que un día tengo veinte años, otro día, ochenta y otro día, doce. ¿Ahora qué esperas?

La muchacha le brindó a Sidney una risita pizpireta y se eclipsó.

—No se llama Verena. Pero yo a todas mis mucamas, que suelen tener unos nombres horribles, las llamo Verena, que es el nombre más hermoso del mundo. ¿Sabe de dónde lo saqué?

—De «El arpa de pasto».

—Lloré como una loca leyendo ese libro. Pero el personaje que más me gustó no es Verena. Es Cathy, la negra que a cada rato dice je suis fatiguée. ¿De qué hablábamos? De las edades. Usted, por ejemplo. Si me dice que tiene dieciocho años, le creo. Y si me dice que tiene treinta y ocho años, también le creo.

—Tengo veintiséis.

—Como mi hijo Guillermo. Lo felicito. Tan joven y ya adviser de la secretaría de ya no me acuerdo qué.

—Para la culturización.

—Para la culturización. Menudo trabajo van a tener. ¿Qué piensa de nosotros?

—¿De los args? Oh, perdón.

—No lo diga delante de mi marido. Pero a mí no me ofende que nos llamen args.

Merecemos el desprecio de todo el mundo.

—Oh, no. ¿Por qué desprecio?

—Memé dice que somos un pueblo de locos y de delincuentes, así que está bien que vengan los loqueros y nos pongan un chaleco de fuerza, y que vengan los policías y nos encierren en la cárcel.

Sidney recordó el punto 5 de las Instrucciones del Alto Comisionado: «No se los debe culpar».

—En todo caso los locos y los delincuentes fueron los gobernantes, no ustedes.

—Ya veo, tienen órdenes de ser amables.

Como pillado en falta, Sidney se sonrojó. De improviso Deledda Condestáble se levantó y, para dejarlo que se repusiera a solas de su rubor, salió del salón. Él aprovechó la tregua e inspeccionó los alrededores. Sin saber por qué, le pareció que los ocupantes de aquel departamento habían empezado a mudarse a otro sitio o acababan de instalarse aquí, sin tiempo todavía para acomodar las cosas. Era una sensación de abigarramiento precario, de preparativos y de transitoriedad. Las flores agregaban su bienvenida o su despedida.

Deledda volvió como una ráfaga, se sentó en el diván, cruzó las piernas, se alzó la túnica hasta la mitad de las pantorrillas. La malla de una de las medias se había vainillado y remataba en un agujero sobre el empeine. Sin embargo ese descuido no le chocó a Sidney. Se le antojó, más bien, una muestra de desenfado o de desprejuicio, insólita en los args, siempre cuidadosos de la pura apariencia. El rostro hermosísimo parecía iluminado por una luz que se filtraba a través de vitrales policromos. En un rincón había un enorme piano de cola y desde ese piano llegaba hasta Deledda alguna música refinada, Debussy o Fauré.

—Mister Gallagher, el que puede ayudarlo es mi marido, mucho más que la novela. Converse con él. Es un hombre inteligentísimo, un erudito. No lo digo yo, lo dicen todos lo que lo conocen. Lástima que hoy no lo pueda recibir. Está enfermo en cama.

—Oh, lo siento.

Sidney empezaba a ponerse de pie, pero lo atajó un ademán irrefutable.

—No se vaya todavía. La enfermedad de mi marido no es de las que requieren cuidados. ¿Sabe, mister Gallagher? Últimamente no tengo muchas oportunidades de conocer gente joven. Y menos a jóvenes encantadores como usted.

—Oh, thank you.

—No me agradezca nada, no estoy diciéndole un piropo. Por lo general los jóvenes me aburren o me fastidian. O son tontos o son groseros, sin otra alternativa. ¿Sabe por qué? Porque ya no quieren frecuentar el trato con los adultos, que es lo que les daría algún lustre. No salen de su propia juventud y han terminado por volverse todos iguales y todos estúpidos, como todo el que se pasa la vida mirándose al espejo

y no mira el mundo. En cambio yo me crié en el mundo. ¿Comprende, Sidney?

Había tardado un poco más que Verena para llamarlo por su nombre de pila. Al vértigo de las palabras agregaba ademanes estudiados, teatrales, pero de un teatro de la vieja escuela, la divina Sarah, la Comédie Française.

—Las muchachas de hoy ¿qué conocen? La camaradería de muchachos de su misma edad, y por eso son guarangas y malhabladas, aunque en el fondo añoren otra cosa que no saben qué es. Pero yo me eduqué en la cortesía de los hombres. En la cortesía, querido mío, no en el sometimiento. Esa es la diferencia con las pobres mártires del machismo, pero es también mi diferencia con las feministas, que creen emanciparse de los hombres imitándolos.

Sidney iba a contestar que ese feminismo, en su país y en Europa ya había pasado de moda, pero un nuevo giro de la conversación, o del monólogo, de Deledda se lo impidió.

—Sidney ¿se siente a gusto en Buenos Aires?

—Muy a gusto.

—¿No extraña Nueva York?

—Nunca viví en Nueva York.

—Pero es norteamericano. ¿Cómo puede sentirse a gusto aquí? No me lo diga. Se lo diré yo. Porque aquí nadie sabe qué va a pasar al día siguiente. Somos todos turistas, ustedes y nosotros. La Argentina es un gran hotel. Pero a la larga la vida de hotel cansa, Sidney. A la larga soñamos con un hogar propio, odiamos el hotel donde nos alojamos.

Sidney consiguió decir:

—Sí, es posible que Baires, que Buenos Aires parezca un hotel y que todos parezcamos turistas. Pero ¿y la gente del resto del país? La pregunta la tomó por sorpresa. Se llevó una mano a la garganta y por varios segundos permaneció callada y como desconcertada.

—No conozco el interior del país —dijo, por fin, en un tono perplejo como si acabase de descubrir lo que hasta entonces había pasado por alto. Para mí la Argentina es Buenos Aires.

Sonrió, como si se disculpara de confesar un vicio que sin embargo no ocultaba.

—Todo el mundo habla de sus raíces. Está bien. Pero yo no tengo mis raíces en un pedazo de tierra sino en una forma de vivir. Por eso ahora me siento desterrada, con las raíces en el aire.

De golpe debe de haber entendido que había que darle al diálogo una brusca voltereta que le pusiese fin.

—Sidney, véngase el viernes a comer con nosotros. Lo esperamos a las nueve. O más tarde, a la hora que usted quiera. Aquí se come cuando llega el invitado, pero el viernes no habrá otro invitado que usted.

Era la primera vez que un arg lo invitaba a comer en su casa. Estaba enterado de que los args cenaban a altas horas de la noche a las diez y hasta a las once p.m. En los restaurantes no se servía comida antes de las ocho p.m. Sidney, acostumbrado a cenar a las seis, debía conformarse con sándwiches y hamburguesas en algún bar. Aceptó la invitación de Deledda Condestáble y los dos se pusieron de pie al mismo tiempo. Verena debía de haber estado espiándolos porque sin necesidad del timbre reapareció con la sonrisa aunque sin los guantes ni la cofia.

Ambas lo acompañaron hasta la puerta. Deledda le tomó una mano entre las suyas y por un rato no se la soltó. Había compuesto un semblante dramático. Pero Verena los contemplaba divertida.

—Sidney, le prevengo que Ramón es un hombre fuera de lo común. A primera vista le parecerá un poco extraño y hasta antipático, y él no hará nada para quitarle esa impresión. Usted no haga caso, no se fíe del coup d'oeil. No porque sea mi marido, pero le aseguro que en este país hay pocos hombres como él, con su inteligencia, con su cultura.

—El señor es un santo —intervino Verena, alegre hasta más no poder.

—El viernes estaremos los tres solos, porque mi hijo dudo de que se quede en casa. Está de novio y todas las noches va a visitar a su prometida, una chica que es un sol. Los novios de ahora quieren verse todos los días, estar siempre juntos. Un error, porque llegan al matrimonio sin ningún misterio el uno para el otro. Yo me casé con Ramón casi sin conocerlo. Usted tendrá la oportunidad de hablar con él y ya verá cómo termina queriéndolo y admirándolo. Sin cambiar de cara cambió de tema:

—¿Qué comidas prefiere, Sidney? ¿Carnes, pastas, pescados? Me imagino que extrañará los platos típicos de su país. No se preocupe, tengo un libro de cocina que me regaló una amiga que vive en Los Ángeles. Sacaremos de ahí alguna receta y se la preparamos especialmente para usted.

Verena volvió a meter la cuchara:

—Aquel budín tan rico ¿se acuerda, señora? Que un vez hice para el cumpleaños del señor Pepe.

—El Persimmon pudding. Si le gusta, se lo hacemos.

Sidney no tenía la menor idea de qué era el persimmon pudding pero, por las dudas, dijo que ese budín era uno de sus platos preferidos.

—Y ahora adiós. Estoy encantada de haber conocido a una persona como usted. El viernes venga con su mujer.

—Soy soltero.

—Entonces venga con quien quiera. Aunque usted querrá hablar a solas con Ramón. Le dije que usted se interesaba en «Manuel de Historia» y está loco de alegría.

—Me tiene intrigado ese título.

—¿«Manuel de Historia»? Es un hallazgo. Manuel porque así se llama el protagonista.

—¿E Historia?

En lugar de contestar, Deledda miró a Verena como pidiéndole socorro. Después le dirigió a Sidney una sonrisa enigmática.

—El viernes Ramón le revelará ese secreto. Adiós, Sidney.

—Adiós, señor Sidney —repitió la voz cantarina de Verena.

El adviser salió del departamento con la impresión de que abandonaba un teatro donde dos consumadas actrices habían representado para él una comedia. A sus espaldas la puerta se cerró con los siniestros ruidos que se oyen en Horace Walpole y en Ann Radcliff. El ascensor seguía allí, vigilándolo. En la calle experimentó una absurda, una inexplicable nostalgia y durante el viaje de regreso no cruzó una palabra con Aníbal Benítez, que lo espiaba de reajo y que sabía cuándo debía mantenerse callado.

La Secretaría para la Culturización tenía su sede en una palacete francés, Libertador Ave. esquina Ocampo St., expropiado a un matrimonio de ricachones args. La primera vez que entró, Sidney se asombró de aquel lujo europeo y decimonónico que según Queen Wendy no tenía nada que envidiarles a la Malmaison o al Hotel Bourrienne. Después conocería otras mansiones también trasplantadas desde Europa piedra por piedra, mueble por mueble y adorno por adorno, algunas ya no francesas sino inglesas que provenían de los Forsyte y de William James. Las creyó el producto de antiguas migraciones de familias aristocráticas que se las habían traído a costas. Con el tiempo iba a saber que no pasaban de costosos simulacros adquiridos por args de fortuna, vastas compras en Europa destinadas a ser exhibidas y, después que sus primeros dueños morían, a transformarse en museos, en embajadas extranjeras o en reparticiones públicas.

Wendell O'Flaherty se sentía dueño de casa. Decía mis Sévres, mis Limoges, y si el visitante era joven le preguntaba: «¿Le gusta Watteau? Venga, en mi dormitorio tengo uno». Las sesiones de trabajo no servían para nada, salvo para que el Secretario y su banda chismorreasen con gracia y malignidad. A Sidney la pandilla lo divertía, y después de un rato, pensaba en otra cosa mientras garabateaba monigotes en un papel. Se reunían en un salón de la planta principal, contiguo al despacho de O'Flaherty, alrededor de una larga mesa asediada por consolas Directorio y por pinturas auténticas o apócrifas de Debucourt y de Boilly. Muchachos args, solícitamente reclutados por el Secretario, entraban y salían trayendo bebidas y bocadillos. Todas las miradas los perseguían.

A los cincuenta y tres años de edad Wendell O'Flaherty era un sólo golpe de pulcritud y blancura. Tenía el pelo níveo, el cutis blanco, los ojos de un gris blanquecino, usaba ropa de colores claros hasta en invierno y parecía recién lavado, peinado, planchado y manicurado. De estatura mediana, esbelto como un adolescente, hermoso y frágil, afectaba una languidez inofensiva pero era porfiado y perverso y podía ser feroz. Se decía marxista, pero los advisers no ignoraban que su marxismo provenía de su inclinación por los rostros eslavos, ligeramente brutales y crapulosos, que asociaba con la Unión Soviética.

La inclusión de Sidney Gallagher en el equipo de advisers era el resultado a la vez de un error y de una esperanza: Queen Wendy estaba convencido de la homosexualidad de Sidney y, como algunas mujeres aunque con intenciones opuestas y simétricas, se había empeñado en desinhibirlo. Por esa razón y porque estaba enamorado de él desde los tiempos de la universidad, lo atormentaba con procedimientos tortuosos. Sidney, para defenderse de su asedio después de haberse servido de sus influencias en la ONU, le hacía creer que era chastener, lo que lo ponía quejumbroso pero no le marchitaba las ilusiones de redimirlo. El movimiento todavía no había llegado a la Argentina, pero en Estados Unidos se llamaban chasteners los

miembros cada vez más numerosos de una especie de cofradía religiosa cuyo primer mandamiento era la abstinencia sexual y el segundo, las persecución de quienes no cumplían el primero. Todos jóvenes, la mayoría universitarios, reivindicaban el nombre de chasteners en su doble acepción: sin llegar a ser los ciento cuarenta mil salvados del Apocalipsis, eran varios miles de vírgenes apocalípticos purificadores y castigadores que sembraban el terror en la costa oeste y tenían dificultades con la policía. Abominaban por igual del sexo, de la droga, del alcohol, del juego, del cigarrillo y del rock, lo que les atrajo masacres espectaculares por parte de las mafias. Cuando O' Flaherty le preguntaba, entre escandalizado y afligido: «Santo cielo, Sidney ¿cómo puede pertenecer a ese Ku-Klux-Klan de eunucos?», él se ruborizaba. ¿Acaso no era un eunuco, aunque pacífico y con la anatomía intacta? Por suerte el Secretario atribuía su rubor a un acceso de ira y entonces se ponía meloso: «Enójese nomás y deme una paliza, si eso le causa placer. No me defenderé».

—Hoy me llamó el alto Comisionado —dijo O'Flaherty con su, voz suave, desganada. En funciones oficiales adoptaba un aire de tedio y de fatiga como si lo obligasen a desempeñar un papel penoso. En privado era una pandereta agitada por un epiléptico—. Notre Darne des Fleurs no está conforme con lo que hacemos. Será porque en los bosques de Palermo, por donde se pasea a menudo, todavía no se practica como en Hyde Park el arte de la flagelación.

—¿Le gusta que lo flagelen? —preguntó Cyril Coates, el adviser para el área de la música, un negro sureño siempre vestido con una ropa de cuero negro tan ajustada que parecía desnudo.

—No, my boy. Notre Dame no es el barón de Charlus. Apuesto a que ninguno sabe quién es el barón de Charlus. Oh, perdón: ninguno, salvo nuestro ángel de la castidad.

Sidney no se dio por aludido.

—Ya nadie lee a Proust. Lo citan pero no lo leen. Dommage. Bien, revenons à nos moutons. Cyril dear: a la vieja dama indigna no le gusta que lo azoten. Es él quien azota a jóvenes vigorosos, que cuestan más dinero que sus plantaciones de rododendros.

—¿Hay rododendros en Argentina?

—No. Se los hace traer de Bélgica.

—Santo cielo, qué extraño país. Todo viene de alguna otra parte.

Entró un ordenanza arg con el servicio de café. Todos lo miraban, le sonreían. El muchacho simulaba no darse cuenta pero, quizás a despecho de sus costumbres sexuales, era evidente que se sentía halagado, adoptaba gestos arrogantes de actor que se mueve sobre un escenario a la vista de un público adicto. O'Flaherty y sus advisers hablaban en inglés, pero como no dejaban de mirarlo y de sonreírle, el arg entendía que era el blanco de la atención general y aunque no fuese gay, pensaba Sidney, el

narcisismo machista unido a la avidez de dólares le dictaba ese exhibicionismo complaciente que luego, a solas con otros compañeros, se disculparía transformándose en desprecio y en burlas por aquellos extranjeros afeminados.

—Qué bocado para la Madonna dei Fiori —gimió el Secretario con un mohín de dolor que arrancaba sonrisas. Pero no le revelemos que por unos cuantos latigazos podría ganar una fortuna en los bosques de Palermo. Sería capaz de abandonarnos, el muy ingrato.

—A mí me gusta más el otro, el que tiene cara de siciliano —dijo Ronnie Fields, un gigantón con el físico de un rugbier que en las fiestas íntimas de Queen Wendy hacía de travesti. No soy masoquista, pero por ese italiano sería capaz de dejarme flagelar gratis. Parece escapado del Satiricón.

—Santo cielo, Ronnie —se lamentó Bobby Dalberg, el adviser para la televisión. Era el más temible de todos. Su mordacidad, revestida de un falso candor gemebundo de solterona, no se detenía ante nadie, ni siquiera ante el Secretario. Si alguien se ofendía hacía escenas, pedía perdón y hasta derramaba lágrimas. Un minuto después reincidía en el vitriolo. Tan flaco y tan huesudo que O'Flaherty decía que estaba hecho nada más que de fémures, feísimo, granujiento, usaba una peluca color zanahoria y se maquillaba con frenesí. Todos estaban de acuerdo en que sus sarcasmos procedían de una contradictio in adjecto: aspiraba a ser amado por bellos efebos y no soltaba dólares, con el resultado previsible de tener que dedicarse a la masturbación y a la insidia. Santo cielo, Ronnie, cómo puede gustarte ese enano.

—Enano, pero con una musculatura de gladiador y una cara tan viciosa que me hace poner colorado.

—No será de vergüenza —suspiró O'Flaherty, cuya languidez parecía esa tarde un poco forzada, como si debiera sobreponerse a la tentación de agitar la pandereta. Santo cielo, hablan como personajes de Gore Vidal. Por supuesto, tampoco han leído a Gore Vidal. No perdieron nada.

Sidney dejó de oír esa cháchara. Pensaba en Deledda Condestáble, relacionó su imagen con lo que acababa de decir Cyril Coates: «Qué extraño país, todo viene de alguna otra parte». Deledda venía de otra parte y de otro tiempo.

Lo despabiló una discusión entre el negro y Bobby Dalberg.

Eran lo que se tomaban más a pecho la culturización de los args.

—¿Quién no tiene dificultades? —protestaba Cyril Coates. Cuando se movía, el traje de cuero rechinaba. Desde el Alto Comisionado para abajo, todos.

—Todos, menos nosotros —le replicó Bobby Dalberg con un rictus burlón y las modulaciones beatas. No quedan rastros de cultura arg, si es que alguna vez la hubo. Parecería que no, que las únicas originalidades args en materia de cultura fueron el mate y el tango, una bebida que ya nadie toma y una danza que ya nadie baila. Todo lo demás es plagio.

—Santo cielo, Bob, no seas injusto —se encabritó Cyril Costes, cuyos modales amanerados se le figuraban a Sidney, como siempre que los advertía en un negro, una parodia, una imitación deliberada. Argentina es un país absolutamente original. Horrible y atrasado, pero original. Es el único pueblo que sufre de esquizofrenia colectiva.

Sidney miró de reojo a O'Flaherty. ¿No decía nada? La teoría de Coates ¿también era fantastic and childish? Pero el Secretario se había distraído en la contemplación de dos muchachos args que evolucionaban alrededor de la mesa.

Bobby Dalberg sonrió. Le encantaban las polémicas. Primero las provocaba y después las mantenía a cualquier precio, con imbatible y tranquila tozudez.

—Santo cielo, Cyril, no bromees. Estábamos hablando de la cultura arg. No pasa de una serie de ejercicios prácticos de cultura extranjera, como si durante todo el tiempo hubiesen estado preparándose para el día en que viniéramos nosotros y les tomáramos examen. Muy bien, niños, el día llegó y aprobaron el examen. Felicitaciones para todos, todos diplomados cum laudem et ad eundem. Estamos en la tierra de nuestros fieles y amados discípulos. Lejos de ofrecernos resistencia, nos abren los brazos.

—Sí, pero además son esquizofrénicos —insistió Cyril Coates, ahora con una voz estridente que delataba su irritación no contra los args sino contra Bobby Dalberg, cuya sorna dulzona podía exasperarlo. Tienen dos mentalidades simultáneas, una identidad débil, les cuesta conectarse con la realidad. Son miméticos y fabuladores.

Sidney pensó: el manuelisma.

—Pero mi pobre Cyril —ahora Bobby Dalberg afectaba la indulgencia de un adulto frente a un niño que dice disparates. Eso no es esquizofrenia, es adolescencia mental. Cuándo te convencerás de que estamos en un país de adolescentes que, por haber sido separados de sus padres, no saben quiénes son y se dedican a imitar a los demás para inventarse parentescos, la familia que no tienen.

—Son ineficaces, desprolijos, ciclotímicos —el sureño cacareaba sus agravios ya sin mirar a Bobby, se dirigía a los otros advisers como buscando que le dieran la razón. Lo único que saben hacer es improvisar sin el menor escrúpulo, al contrario, con una gran inmoralidad intelectual, y encima se ofenden si uno los critica. Estoy harto. Les pido cualquier cosa, les pregunto si pueden conseguirlo o si lo saben hacer, me contestan que sí, que lo tienen o que lo hacen mejor que nadie, y después resulta que no, que lo que me traen es un mamarracho, o me vienen con la excusa de que no encuentran lo que les pedí.

—En resumen, Cyril —suspiró el otro como dándose por vencido. Con los args no conseguiste llegar al orgasmo.

Debió intervenir Wendell O'Flaherty para poner punto final a los chillidos del negro. A las seis terminó la reunión sin haberse resuelto nada. Los advisers se

dispersaron entre murmullos de citas para la noche, en el Adonis.

El Secretario le dijo a Sidney:

—Venga conmigo.

Entraron en el despacho, una sala octogonal amueblada para Josefina de Beauharnais, donde descollaba un coqueto bureau de cajou con incrustaciones de marfil.

O'Flaherty se tendió de flanco Sobre el fauteil d'apparat mientras Sidney permanecía de pie como un postulante. El Secretario no lo invitó a que se sentara: sosteniéndose el mentón con dos dedos de uñas barnizadas, miraba fijo el tintero de bronce coronado por una pareja de águilas imperiales. Parecía meditar y haber olvidado que Sydney estaba ahí. Después habló en aquel tono displicente y hastiado de todo.

—¿En qué anda, Sidney?

A su técnica de hacerse el distraído había que oponer la técnica de hacerse el tonto.

—¿En qué ando, señor? No comprendo.

O'Flaherty suspiró, puso la expresión inconfundible de quien se sobrepone a la estupidez ajena, contra la cual no hay otro recurso que la paciencia.

—Quiero saber a qué se dedica, my boy.

—A lo mío, señor.

El Secretario resopló por la nariz una risita irónica.

—¿De veras? ¿Y qué es lo suyo? Le confieso no recordarlo.

—Preparar un estudio sobre los niveles del lenguaje en la República Argentina.

—No diga República Argentina. Diga Argentina a secas. ¿Y qué ha hecho, hasta ahora?

—Pienso reportárselo muy pronto por escrito, señor.

—¿Muy pronto? Bravo, Sidney. Usted, al revés de los args según Cyril, es eficiente y prolijo.

Como si tratase de desentrañar el significado de sus propias palabras repitió, en un tono falsamente pensativo que alarmó a Sidney:

—Sí, eficiente y prolijo.

Hubo un silencio. O'Flaherty se acariciaba las mejillas imberbes mientras sus ojos demasiado claros vagaban por la habitación como para comprobar que todo estaba en orden. Sidney no podía menos que admirarle la esbeltez, las facciones delicadas y como todavía en embrión, el pelo sedoso artísticamente revuelto. Pero detestaba su aire femenino y lánguido, esa indolencia de gata adormilada que esconde las garras retráctiles.

Hasta que, sin desarmar el desmayo felino de la postura, sin levantar el tono de voz, en apariencia con la inocente intención de preguntar algo que no le interesaba

pero que servía para prolongar el diálogo, el Secretario susurró:

—¿Y qué clase de niveles lingüísticos fue a investigar en una casa de French Street?

Sidney enrojeció. Por suerte O'Flaherty reprimía un bostezo y se examinaba las uñas, como si hubiese olvidado su propia pregunta o no tuviese interés en la respuesta. Pero al cabo de unos segundos levantó los ojos transparentes, donde Sidney vio un destello de cólera.

—Hay un libro que creo que me resultará muy útil para mis estudios. Como no lo conseguí en ninguna librería ni lo tienen en la Central Library, fui a pedirle un ejemplar al autor.

—¿Se lo dio?

—No, señor. Es un hombre viejo y enfermo y no pudo recibirme. Deberé volver otro día.

—¿Quién lo atendió?

—La mujer.

—¿También vieja?

Sidney vaciló. El deseo de fastidiar al Secretario y una repentina y vaga solidaridad con Deledda Condestáble, el temor de ofenderla aún a distancia lo impulsaron a retocar la verdad:

—No, señor. Muy joven. Y muy hermosa.

O'Flaherty se puso de pie, toqueteó al pasar las esfinges que meditaban sobre la chimenea y fue a colocarse frente a Sidney. Estaban tan juntos que sus cuerpos se rozaban. De golpe le tomó la mano. Los ojos vítreos, casi incoloros, brillaban con una luz que ya no era de cólera.

—Cuídese, my boy. Los args son peligrosos, en especial las mujeres. Voy a darle un consejo: no intime con los nativos de este horrible país. Un muchacho como usted podría verse en apuros, tan serios que no seré yo quien lo salve.

Lo decía él, que correteaba de noche por las calles de los pubs y de las disquerías en una constante leva de jóvenes a los que llevaba a admirar el Watteau de su dormitorio.

—¿Qué clase de apuros, señor?

Sin soltarle la mano, el Secretario se hizo el desentendido.

—Otra cosa. Esta noche vaya al Adonis. Actuará Mister Universo junior, que acaba de llegar gracias a mis gestiones. Lo conocí el verano pasado en Pismo Beah, donde ese Antinoos no podía ir a la playa sin provocar tumultos. No se pierda el espectáculo, vale la pena. ¿Irás?

—Sí, señor.

—Siempre me dice lo mismo y después no va nada. ¿En qué anda, Sidney? Ahora ya no le pregunto por su trabajo.

—¿Y por qué me pregunta, señor?

O'Flaherty lo miró como dispuesto a darle un bofetón. Pero enseguida se sonrió. Y le asestó, nomás, el sopapo, suave como una caricia.

Sidney no fue por la noche al Adonis. Había ido un par de veces. El show consistía en una exhibición de bodybuilders que giraban en rueda sobre una tarima iluminada por spots cenitales. Alrededor, un público sin mujeres susurraba en la penumbra. Cuando, cada dos minutos, la rueda se detenía y los héroes en slip adoptaban una postura estatuaria, inflaban los músculos y miraban a los espectadores con expresión asesina, el local se poblaba de gritos histéricos. Después descendían de la tarima y en el bar la concurrencia los rodeaba, los piropeaba, los más audaces les palpaban la musculatura. Ellos, muy serios, agradecían con modestia, aceptaban una gaseosa y revelaban los secretos de la halterofilia y del físico-culturismo como si se tratara de una religión en la que les correspondía el magisterio. Según los advisers de la Secretaría para la Culturización, eran todos anafroditas y no se podía contar con ellos más que para usarlos como excitantes.

A Sidney le parecían conmovedores. Depilados, aceitados, esclavos de una disciplina monástica, algunos ya nada jóvenes, convertidos apenas pasaban los treinta años en monstruosos fardos de fibra empaquetada con las cuerdas en relieve, se ponían patéticos y hasta ridículos en su afán de exhibirse. Pero, cosa curiosa, los complacía la admiración de los hombres. Lo mismo que los travestis, ejercían sobre Sidney una fría fascinación. Las dos veces que había concurrido al Adonis no podía desviar la vista de esos Apolos que hipertrofiaban la imagen física de la virilidad y al mismo tiempo se habían apartado de todo contacto con la mujer. Eran como los dioses penates, los ídolos vírgenes de una religión masculina que adoraba sus propios atributos y se encerraba a venerarlos a solas, lejos de aquellas que querían devorárselos. Recordó una frase del chofer Aníbal Benítez, a propósito de las colosales dimensiones del falo de alguien: «¿Para qué le sirve? Para mostrárselo a los amigos, nada más». Esas palabras lo habían hecho reflexionar sobre los caracteres de la sexualidad masculina.

Los bodybuilders no mostraban el falo («¿se fijaron?» —decía Queen Wendy— «dommage, no se les desarrolla»), mostraban el cuerpo desnudo como si se considerasen dotados de una cualidad cuyo valor era ése: satisfacer el orgullo masculino. Pero el público del Adonis de buena gana los habría hecho descender del altar de la castidad. A la segunda vez Sidney se hartó, no del espectáculo en la tarima sino de la histeria de la concurrencia, que arruinaba una ceremonia que hubiese podido ser de una religiosidad extraña y, para él, fascinante.

En un snack bar comió dos hamburguesas y bebió un vaso de leche. Después caminó por el sector de Baires que dominaba: Corrientes Ave., Lavalle St., San Martín Sq., Santa fe Ave. Ya era noche cerrada pero la ciudad tenía, como siempre,

una animación de día de fiesta. Para Sidney, cualquier ciudad extranjera estaba poblada de misterios novelescos. Sin embargo, tres meses después de haber llegado, Baires seguía pareciéndole un enorme supermarket: escaparates colmados de mercaderías, el ir y venir de clientes ansiosos, el vasto olor indescifrable. Los palacetes no le corrigieron esa impresión: eran la sección regalos del supermarket. Pero ahora, mientras forcejeaba entre la multitud de compradores y de curiosos enardecidos como en vísperas de Navidad, recordó a Deledda Condestábile, la veraneante del Negresco, la pasajera del Excelsior. Sí, también Baires podía ser misteriosa. Sintió, otra vez, aquella punzada de nostalgia.

Pandillas de muchachas y de muchachos se cruzaban con él y lo miraban descaradamente, le sonreían. Su estatura le impedía pasar inadvertido, todo su aspecto lo sindicaba como un turista adinerado o como miembro del gobierno internacional y, en los dos casos, como un socio seguro para cualquier negocio de sexo o dólares. En Europa, en los States, todas las variaciones de la sexualidad se habían vuelto lícitas y habían cobrado la forma del matrimonio. La pornografía era como el boxeo, un espectáculo presenciado por quienes no lo hacen. Pero la ola de la libertad sexual llegaba con retraso a Baires y golpeaba en esa juventud sin patria, la juventud del arginglés, que parecía vivir de paso por un Hong-Kong canallesco donde todos eran turistas, como decía Deledda, turistas dispuestos a agotar las aventuras efímeras, permisivas y sin mayores compromisos que buscamos en los viajes.

A menudo una muchacha o un jovencito tomaba a Sidney del brazo, le preguntaba ¿andás alóun? Y le ofrecía compañía. Él se zafaba con el pretexto de una cita urgente. Por las dudas caminaba a paso redoblado, sin mirar a nadie, y durante la noche se abstenía de entrar en pubs y discotecas. Pero no podía impedir que se le colgasen de un brazo, o de los dos, y le susurrasen el andás alóun que era un saludo en clave, un santo y seña. A veces se ponían tan cargosos que debía apelar a la violencia. En un cine de Laval St., una muchacha a la izquierda y un muchacho a la derecha se disputaron rabiosamente su entrepierna. Cuando se convencieron de que su entrepierna se mantenía indiferente, lo insultaron en voz baja.

Pero esa noche le tocó el turno a Crist, y de Crist no pudo o no quiso librarse.

Estaba vestida de rojo fuego de la cabeza a los pies, hasta las botas eran rojas, y tenía el pelo cortado al rape, según la moda impuesta por los cantantes del wolfish rock. Los muslos y las pantorrillas, flaquísimos, parecían los de un chico en la edad del crecimiento. En el pecho, bajo la tela de belgron, no se le notaba la menor protuberancia.

La razón por la que no se deshizo de ella fue la piedad que le inspiró desde el primer momento. El abordaje respetó la rutina: se le colgó del brazo, le preguntó si andaba alóun y se puso a caminar a la par de él. Pero iba mirando el suelo y Sidney, que la espío de reojo, la vio tan triste, tan desamparada que no tuvo valor para espantársela de encima.

Caminaron un rato en silencio, como una pareja que ya no tiene nada que decirse. Cada tanto él la miraba y entonces Crist alzaba la cabeza y le sonreía con una sonrisa total, tímida o avergonzada, que le estiraba los labios y le descubría la dentadura íntegra, fuerte y caballuna. No era linda. En seguida volvía a doblar el cuello, como si la agobiase alguna terrible preocupación. Sidney intuyó que lo había buscado con otras intenciones que las habituales. Pero ¿con qué intenciones?

Lo siguió dócilmente hasta una mesa en el fondo de una larga cafetería ruidosa. No quiso tornar nada. Apoyó los antebrazos sobre la mesa y se miró las largas manos huesudas, de hombre. Ni una vez echó siquiera una ojeada a su alrededor, como si el espectáculo de la cafetería repleta de gente no le llamase la atención o se lo conociese de memoria. Pero cuando él le hablaba lo miraba con ojos de perro apaleado y sacaba a relucir la sonrisa de oreja a oreja, como si buscase quitarle importancia a su ensimismamiento. Y apenas él se mantenía callado, recuperaba aquel aire de total desolación.

Primero se dijeron trivialidades.

Sidney no era conversador y era introvertido. Frente a las mujeres se sentía en falta y delante de los args se sentía vagamente culpable. No supo qué hablar con Crist y recurrió a un diálogo idiota.

—¿Cómo te llamas?

—Crist. ¿Y vos?

—Sidney.

—Ah.

—¿Cuántos años tienes?

—Muchos.

—No se te notan.

—¿Y vos?

—Muchos también. Pero a mí se me notan.

—No, para nada.

Fue ella la que encontró la forma de salir del pantano.

—¿Sos boso?

Boso significaba, en arginglés, integrante del gobierno internacional.

—Me lo imaginé apenas te vi.

—¿Por qué?

—Los bosos caminan de otra manera, miran de otra manera.

—¿Como qué?

—Como si fuesen invisibles.

Desovó la sonrisa sufrida para mitigar los efectos de esas palabras y convertirlas en una broma. Sidney se rió. Entonces ella, tranquilizada, le preguntó qué hacía en el Mand.

Mand era el apócope arginglés de Mandate.

—Soy adviser.

—¿Y eso qué es?

—Consejero.

—Ah.

—¿Y tú?

—¿Yo?

—¿A qué te dedicas?

Se encogió de hombros.

—A nada. A vivir.

El tono de voz, humilde o resignado, le quitaba petulancia a esa respuesta. Sidney no supo cómo prolongar la conversación y se dedicó a beber la gaseosa que había pedido. Hasta que Crist, sin dejar de mirarse las manos varoniles, dijo:

—¿No podrías conseguirme un job?

—¿Qué clase de job?

—Cualquiera.

—¿Qué sabés hacer?

—Un poco de todo.

—Qué, por ejemplo.

—De todo. Y por cualquier mony. Aunque sea gratis.

—¿Hablas inglés?

—Hablo cinco idiomas.

—Oh, fine.

—¿Vas a conseguirme el job?

—Trataré.

—¿En el Mand?

—Por supuesto.

Sidney pensó que para qué le prometía trabajo si Wendell O'Flaherty no admitía mujeres en la Secretaría.

Crist no tocó más el tema, como segura de que él cumpliría con su palabra. O quizá, por discreción, no quiso insistir. De todos modos los negros pensamientos no la abandonaron.

—¿What are you thinking, now? —le preguntó Sidney. Bruscamente ella puso una expresión dolorida, mortificada, que superpuesta a la sonrisa servil y a los ojos de perro apaleado llenó a Sidney de remordimientos.

—Me estás tomando examen.

—Oh, no. ¿Examen de qué?

—De inglés.

—Not at all, Crist. Es que el inglés me resulta más cómodo que el castellano.

—Ah.

Ya no hubo manera de arrancarla de sus cavilaciones. Salieron de la cafetería, en la calle Crist volvió a tomarlo del brazo y a caminar hacia el Beverly, el hotel requisado para servir de alojamiento a los funcionarios solteros del Mand. Le reveló a Crist dónde vivía y ahora ella querría entrar, acompañarlo hasta su habitación y ahí le pediría que hiciesen el amor. Pero Crist se detuvo en la puerta.

—¿Puedo llamarte por teléfono?

—Sí.

—¿Cuándo?

—El jueves próximo, después de las siete p.m.

—¿Por quién pregunto? ¿Por Sidney?

—Por Sidney Gallagher.

—Ah.

Lo besó en la mejilla y se alejó a la disparada, como quien se despide de un incordio para acudir a una cita donde llegará con retraso. Caminaba de un modo peculiar: las rodillas juntas y los muslos en ángulo agudo.

A la noche siguiente, cuando salía del Beverly rumbo a la casa de French St., en el lobby estaba esperándolo la muchacha vestida de rojo fuego. La distinguió desde lejos, a través de cristales y plantas. Crist, sentada en un sillón, abstraída en sus tristes meditaciones, no lo vio. Después Sidney iba a saber que estaba ahí desde las siete de la tarde, que había preguntado al conserje si el señor Gallagher se encontraba en su habitación pero que no había querido que le avisasen por el conmutador.

Sidney pasó de largo frente a la conserjería. Sin detenerse le arrojó al recepcionista la llave de su cuarto y le hizo un gesto de guardar silencio al muchacho que ya empezaba a decirle que una señorita lo esperaba en el lobby. Tomó un taxi. Si Aníbal Benítez era soplón, esta vez no reportaría ningún informe al protector de Mister Universo jr.

Cuando Sidney regresó con su dolor de cabeza, último efecto de la primera borrachera que se había pillado en su vida, Crist dormía en el sillón, los brazos caídos

entre las piernas y la cabeza volcada sobre el pecho liso como una tabla. Sidney no tuvo valor para dejarla ahí como una huérfana que no sabe a dónde ir y se refugia en la sala de espera de alguna estación de ómnibus. Se le acercó y le revolvió la pelusa alámbrica del cráneo. Como si hubiese estado fingiendo que dormía, ella alzó el rostro ya con la sonrisa puesta.

—Vete a dormir —le dijo Sidney. Mañana hablaremos.

—¿Qué hora es?

—Tardísimo. Las tres de la mañana.

Consultó su propio reloj como si dudase. Y en su reloj no era tarde.

—Vení, acompáñame.

—¿A dónde?

—Caminemos un rato. Vayamos a algún pub.

—Mañana.

—Por favor, Sidney. Ahora.

Le pareció tan desesperada que no pudo decirle que no. Salieron del Beverly seguidos por la mirada intrigada del conserje de noche. Crist aferraba con sus dos brazos el brazo izquierdo de Sidney, como para impedirle que se escapase, y al mismo tiempo le apoyaba la cabeza en el hombro, a la vez desamparada y posesiva. En seguida sacó a relucir su estribillo.

—¿Vas a conseguirme el job?

—Te dije que trataré.

—¿En el Mand?

—Pero sí.

—No me importa qué clase de job sea. Fregar pisos, limpiar windonas, cocinar. Cocino oká. Pero ¿sabés lo que me gustaría? Ser tu secretaria privada. Atender el teléfono, ordenarte los papeles, los compromisos. Ocuparme de vos todo el día. Sería capaz de hacerlo fri.

—¿No te interesa el dinero?

—Lo único que nideo es trabajar. Soy una guerla muy asídua. —¿Puedo pedirte un favor? No hables en arginglés. No lo soporto.

—Sory.

Pasaban delante de un pool. Él quiso detenerse pero Crist lo obligó a seguir caminando. Lo arrastraba, lo guiaba. Cuando llegaron a Reconquista St. ella dijo:

—Vivo aquí.

—¿Con quién?

—Alóun.

Sidney comprendió: lo llevaba a la cama. Cosa increíble, no se resistió, ni siquiera lo inquietó la posibilidad de tener que confesarle que era asexuado. El dolor de cabeza lo ponía cruel, Crist lo hacía sentirse omnipotente.

El departamento, una sola habitación cuadrada y amplia con la quitichineta a la vista, tenía las paredes pintadas de rojo, el piso cubierto por una alfombra de seda china en la que predominaban los rojos, el techo oculto por una tela azul negro, de seda, que colgaba formando una comba, una bóveda invertida poblada de constelaciones doradas y de dragones alados y pájaros fantásticos. No se veían muebles, salvo un enorme biombo de laca negra, y una cantidad de cojines, todos en la tonalidad del rojo, espejos por todas partes y faroles chinos de papel. No parecía un sitio para vivir sino un fumadero, el salón de un prostíbulo de lujo en Singapur. Sidney lo llamaría «sueño del aposento rojo».

Crist corrió hacia la quitichineta.

—Te preparo un carócamí.

—¿Qué es eso?

—Un invento mío.

—Si tiene alcohol, no, no gracias.

—Probalo. Después me decís.

—Lo que necesito es una aspirina y un vaso de agua. Me duele la cabeza.

—El carócamí te pondrá como nuevo.

—Porque contiene alguna droga.

—Estás mad. Odio la droga.

—Pero la probaste.

—Nunca. Ni un solo trip. Ni siquiera tomo alcohol. Soy mormona.

—¿Qué dijiste?

—Que soy mormona.

—No bromees.

—No bromeo. Mormona de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los últimos Días.

—No sabía que había mormones aquí.

—Mi abuelo era mormón.

(Tiempo después Sidney se informó sobre los mormones, le hizo a Crist algunas preguntas, pero ella puso cara de mártir y se negó a contestar aduciendo que no le gustaba que le tomasen examen).

En un bol puesto al fuego había volcado chorros de varios líquidos y ahora revolvía el mejunje con una espátula. El fumadero de Singapur empezaba a impregnarse de aromas exóticos. Sidney se sentó en el suelo, entre montañas de almohadones.

—¿En Argentina nadie vive en casas args?

—No entiendo.

—¿Todos viven en casas francesas, inglesas o, como tú, chinas?

—Este departamento lo decoré yo. ¿No te plisa?

Le sirvió el carócamí en una copa de cognac. Espumoso, color miel, el brebaje olía a café, a canela, a vainilla, a ron, a menta, a naranja y humeaba. Sidney lo probó y todas esas fragancias se fundían en un solo sabor ardiente y anónimo. Pero Crist no había mentido: durante el resto de la noche se sintió lúcido y, contra su costumbre, locuaz.

—¿Crist? No eres pobre y no necesitas trabajar.

—Lo necesito.

—Pero no por dinero.

—No. Te lo dije.

—Y entonces ¿por qué?

—Quiero sentirme útil.

—Podrías casarte, tener hijos.

—¿No hay otra manera?

—Por supuesto que sí.

—Además, hasta ahora ningún hombre me propuso casamiento. Soy fea. Encima les pido trabajo y creen que ando tirada. Como esposa no le intereso a nadie.

—No eres fea. No permitiré que digas que eres fea. No señor. Eres una linda chica.

—Gracias, chan. Pero ¿sabés cómo me llamaban en el colegio?

—A mí me llamaban el buey Apis.

—Por qué, si sos brutalmente sexy y buen mozo.

—¿Pero no te imaginas por qué me llamaban el buey Apis?

—Hablás de tú como los españoles.

—Está bien. ¿No te imaginás por qué me llamaban el buey Apis? Buey. Buey. ¿La palabra no te dice nada?

—Te llamaban buey porque sos muy bueno y muy fuerte, la combinación ideal. Las guerlas deben volverse creisis por vos. Crist se había tendido en el suelo, boca abajo, y apoyaba un mejilla sobre las manos entrelazadas.

—Buey Apis. Así me llamaban.

Pero ella no lo escuchaba.

—Sidney, venite a vivir conmigo.

—¿Aquí?

—No voy a molestarte para nada. Podrás entrar y salir, hacer lo que se te antoje, traer amigos, mujeres. O chicos, si te gustan los chicos.

—No me gustan los chicos.

—¿Qué tendría de malo?

—Nada, pero no me gustan. Se volvió boca arriba, los brazos abiertos en cruz.

—Lo único que pido es un poco de ternura. Una ternura que no tenga nada que ver con el sexo. Pero cuando los hombres se ponen tiernos es porque están calientes.

—No hables así.

—Habló así porque los conozco. Hasta hace un año me acostaba cada noche con un hombre distinto. Les pagaba. Elegía tipos mal vestidos, con facha de hitos de lo último. Los traía aquí y encima les pagaba.

—¿Por qué lo hacías?

Se mantuvo unos segundos en silencio.

—¿No te vas a reír?

—No.

—Lo hacía para sentirme útil siquiera en la cama. Pero es horrible, chan. En la cama el que es útil es el hombre.

De golpe se sentó en posición de Buda.

—Apenas te vi en la calle me di cuenta de que podía confiar en vos.

—¿Confiar en qué sentido?

—No sé. Que te serviría para alguna cosa que no fuese acostarnos juntos.

—Sin embargo dijiste que te parezco sexy.

—¿Eso dije? Y es tru. Sos sexy y buen mozo. Pero me das la impresión de que el sexo no te interesa.

—¿Que soy frío?

—Para nada. Que si fucás con una guerla es porque la querés.

—¿Te bastó mirarme para saberlo?

Seguía sintiéndose despiadado y poderoso.

—Te equivocás. Nunca me enamoré.

—¿De ninguna mujer?

—De nadie.

—¿Y eso qué importa? Todavía no habrás encontrado...

—¿Encontrado qué? Oye. Nunca me acosté con mujeres ni con hombres. Soy como un eunuco. Aunque dicen que los eunucos pueden sentir deseos sexuales. Yo no. Con nadie.

La miraba desafiante, como si su anafrodisia fuese una declaración de guerra. Pero Crist dijo, con inesperada dulzura:

—Estás lleno de amor, Sidney.

—¿Quién? ¿Yo?

—Lleno de amor y de compasión por los demás.

Entonces Sidney sintió que sí, que estaba lleno de compasión y de amor y que a quién más amaba y más compadecía era a él mismo. Se echó hacia atrás sobre los almohadones y por un rato contempló la falsa bóveda por la que navegaban los astros y los animales de un cielo mitológico.

Después oyó la voz de Crist:

—¿Vas a venir a vivir aquí, Sidney?

—Tal vez.

—Seremos como hermanos.

—No sabes nada de mí. Yo podría ser un tipo insufrible.

—Voy a cuidarte. Voy a ocuparme de tu ropa, de prepararte la comida. Los norteamericanos no saben comer.

—¿Quién te dijo?

—Comen hot dogs y sémola.

—¿Y si nos mudáramos a una casa en los suburbios? Una casa con jardín.

—Oká.

—Me prometiste no hablar en arginglés.

—Sory, no me doy cuenta.

De repente el largo y angosto rostro caballuno ocultó el cielo de la China.

—Te quiero, Sidney. Te quiero mucho.

Él cerró los ojos. Sintió, sobre sus labios, la presión de los otros labios blanduzcos y perfumados.

Entonces recordó lo que durante tanto tiempo se había negado a recordar. Su madre lo besaba en la boca cuando él tenía doce años y era más alto que ella. En una sola noche había crecido varios centímetros. Después un compañero le contó la historia macabra de un primo suyo que vivía en Kalamazoo y que una noche había sufrido una crisis de crecimiento y entrado en estado de catalepsia. Lo creyeron muerto, un muerto enorme, y lo enterraron. Días más tarde encontraron el ataúd fuera de sitio y lo abrieron. El cadáver estaba intacto pero con una expresión de indecible horror en el rostro. Los puños aferraban mechones de pelo arrancados del cráneo. Durante meses, antes de dormirse, Sidney colocaba sobre la mesa de luz un papel donde había escrito con grandes letras: «¡No me entierren! ¡No estoy muerto!». Su padre ya se había ido a vivir a Milwaukee.

Al día siguiente el Secretario Wendell O'Flaherty le dijo:

—Santo cielo, Sidney, qué cara. ¿Dónde pasó la noche, y con quién? O con quiénes. Lástima que no haya ido al Adonis: habría presenciado una escena de antropofagia erótica que desgraciadamente la policía militar interrumpió en lo mejor. Mister Universo junior estuvo a punto de ser devorado por sus adoradores, como en aquella obra de Tennessee Williams, *Suddenly Last Summer*, creo que se llamaba. De todos modos quedó tan maltrecho que deberá guardar reposo por algún tiempo.

El Secretario no era adivino como Tiresias, no podía saber que pronto padecería en carne propia aquel rito caníbal. Su cadáver apareció desnudo y mordisqueado en unos terrenos baldíos junto a las vías del B. M. Railway. Pero quienes le clavaron en el cuerpo eucarístico los colmillos enloquecidos de amor no fueron sus adoradores sino las ratas.

El joven (¿norteamericano?) que después escribirá «1996», donde se hace llamar Sidney Gallagher e imagina ser adviser de la secretaría para la Culturización en un hipotética República Argentina bajo Mandato de las Naciones Unidas, le solicitó por teléfono, al hombre a quien llama Ramón Civedé, una entrevista. Empleó el mismo cortés desparpajo y la misma insistencia persuasiva que había usado con Ernesto Sábato. Pero mientras el célebre escritor accedió en seguida a recibirlo en su casa, el ignoto Ramón Civedé lo sometió a un exasperante interrogatorio previo. La voz era juvenil y melodiosa. Finalmente convinieron una cita para un martes a la tarde.

El edificio era sólido y alguna vez habría sido suntuoso, ahora parecía aguardar la demolición. No tenía portero eléctrico, pero la puerta de calle estaba entreabierta. Sidney subió hasta el quinto piso en un ascensor enorme, de reja, con espejos, izado por cables que se balanceaban amenazadores. Vio un amplio vestíbulo en penumbras, vio una puerta de doble hoja, vio gruesos herrajes de bronce. Todo era viejo y estaba percutido. Oprimió el botón de un timbre pero no oyó ningún sonido.

Después de varios minutos rechinaron cerrojos, cadenas y fallebas, una de las hojas de la puerta se abrió y apareció una mujer joven, muy maquillada, vestida como para concurrir a una fiesta nocturna. La mujer era linda y vulgar, parecía disfrazada con una ropa que no le pertenecía. Miró a Sidney en los ojos y le sonrió:

—¿Sí?

—Soy Sidney Gallagher. El señor Civedé está esperándome.

—Ah, sí. Pase.

El salón era un vasto depósito donde, hacía muchos años, gente de todas las condiciones sociales había ido guardando objetos heterogéneos para desprenderse de ellos, para venderlos en pública subasta o a la espera de poder rescatarlos. Después el depósito había sido clausurado y los objetos seguían allí, amontonados en cualquier forma, y como nadie venía a llevárselos el almacén había cobrado una absurda inutilidad, ya no formaba parte del mundo de los vivos, parecía irreal como una utilería teatral abandonada o como los sótanos de un montepío que cerró sus puertas un siglo atrás.

La mujer que guiaba a Sidney en zigzag por entre los montículos de mercadería sin dueño viviría en otra parte. Se había emperifollado para recibir a ese turista excéntrico que quería visitar el almacén y, apenas él se fuese, también ella se marcharía. A Sidney lo asaltó la curiosa idea de haber ido hasta allí en busca de una reliquia, de algún objeto raro y precioso que nunca había visto, que no sabía qué era, que jamás encontraría y que sin embargo le pertenecía. Mientras caminaba iba mirando el colosal revoltijo como para descubrir, entre las caóticas colecciones deterioradas, aquel tesoro que había venido a buscar.

Las ventanas estaban cerradas y las cortinas, corridas. Desde un rincón donde cien años atrás la habían abandonado olvidándose de apagarla, una lámpara difundía una tenue luminosidad amarillenta. Sidney percibió el olor del encierro y de la vejez. Vio, lejos, un fúnebre piano de cola. Vio un reloj cuyas agujas señalaban las doce.

La mujer se detuvo en la embocadura de un corredor largo y tenebroso, miró a Sidney y otra vez le sonrió con aquella sonrisa provocativa.

—El señor lo espera en la biblioteca —susurró. El escote del vestido de seda le dejaba al descubierto el nacimiento de los pechos. Sidney avanzó por el pasillo, que le pareció un túnel abovedado y ligeramente descendente. Las paredes estaban tapizadas de libros, los libros le advertían que por allí llegaría hasta el hombre que lo aguardaba. En seguida oyó la música. Era una música melancólica, de una luctuosidad opulenta, a la que se acopló una voz de contralto que cantaba, en alemán, una melodía tan dolorosa como el acompañamiento orquestal y con su mismo boato fúnebre.

Desde el otro extremo del túnel avanzaba hacia él un rectángulo iluminado, la entrada a la biblioteca. Los libros del corredor eran una anticipación o una metástasis de estos otros, varios miles, que se amontonaban en estanterías de madera negra. Cuando Sidney franqueó el rectángulo iluminado la música se interrumpió, cumplida ya la misión de atraerlo, y entonces oyó la voz juvenil y melodiosa que lo había interrogado por teléfono.

—Adelante, señor Gallagher.

La voz surgía del fondo de la larga y angosta biblioteca y de una semioscuridad donde sólo alcanzaba a distinguirse un escritorio y, detrás, a un hombre sentado. En la parte central de la habitación había una mesa y, sobre esta mesa, una lámpara encendida, cuya luz no iba más allá de un círculo de tres metros de diámetro dejando el resto de la biblioteca sumido en aquella penumbra mortuoria. Cuando Sidney llegó a la mesa sobre la que estaba la lámpara encendida la voz le ordenó:

—Siéntese, señor Gallagher.

Sidney se sentó en una silla junto a la mesa, dentro del círculo de luz y a unos diez pasos del escritorio detrás del cual Ramón Civedé le impartía aquellas órdenes.

—Usted me dijo por teléfono que buscaba un ejemplar de «Manuel de Historia».

—Sí, señor.

—Porque pensó que le resultaría útil en sus investigaciones sobre la República Argentina.

—Sí, señor.

—Pero que en varias librerías le informaron que la edición está agotada.

—Sí, señor.

A medida que sus ojos se acostumbraban a la semioscuridad, Sidney empezó a ver que el hombre tenía el pelo blanco y que vestía ropa negra o azul, pero las

facciones eran una sola mancha pálida y borrosa.

Se oyó una risa sofocada o un jadeo. Después la voz tomó inflexiones irónicas.

—Si yo fuese vanidoso no desmentiría a los librereros, señor Gallagher. Como no lo soy, le revelaré la verdad. La edición no pudo agotarse.

—Oh ¿no?

—Porque el libro nunca fue editado.

La sorpresa o la irritación provocaban en Sidney el efecto de devolverle automáticamente el uso del inglés.

—¿Really? —balbuceó— ¿Never?

—Y nunca fue editado porque todavía no ha sido escrito.

Sidney se ruborizó, creyó que Ramón Civedé le tomaba el pelo.

—Ya sé, el finado José Brelloso lo cita en su repertorio a propósito del manuelisma, que es la palabra que a usted lo trajo hasta aquí. Brelloso era amigo mío. Una vez le conté mi idea de escribir una novela y le hablé del manuelisma, que no es ningún argentinismo sino una palabra inventada por mí. Pero a Brelloso le gustaban las bromas. Sin consultarme incluyó en su diccionario el manuelisma. No sería extraño que otros recojan esa impostura y la propaguen a los cuatro vientos. Porque así es nuestro país, señor Gallagher.

Sidney entendió que no le quedaba más que levantarse e irse. La voz, ahora autoritaria, lo obligó a permanecer sentado.

—Deploro defraudarlo. Ahora sabe que ha venido en busca de un libro que no existe y de un falso argentinismo.

—What a pity.

—En cambio yo he tenido el placer de conocerlo.

—Me too.

—Por favor, repítame lo que me dijo por teléfono. ¿Por qué se interesó tanto en el manuelisma?

—Resume mis propias teorías sobre, well, sobre los argentinos.

—Me halaga esa coincidencia. Sí, es imposible comprendernos si no se parte de la triple premisa que postula el manuelisma: un pasado mítico, un futuro utópico y, entre ambos, la cancelación del presente. No necesito aclararle que el manuelisma no es el nombre de ninguna enfermedad mental sino un mero recurso literario. Pero usted vino a la República Argentina con otros propósitos. ¿Qué universidad le otorgó la beca, me dijo?

—La de East Lansing, señor.

—¿Dónde queda East Lansing?

—En el estado de Michigan.

—Ah, al norte, junto a los grandes lagos. Buen clima frío, elogiado por Emerson. Dichoso país el suyo, señor Gallagher, que tiene universidades y tiene estudiantes que

se interesan por el idioma de los argentinos en el que los argentinos no se interesan. Pero cuidado: nuestro idioma no es uno, son muchos.

—¿Indeed? ¿Muchos? ¿Dialectos, quiere decir?

—No. Somos una Babel de la semántica. Todos usamos los mismos materiales lingüísticos, pero los significados difieren. Los constructores de la torre se dispersaron en el espacio. Nosotros, en el tiempo mental, en el tiempo espiritual. ¿Se volverá pronto a los Estados Unidos?

—En seis meses.

—Magnífico. ¿Y a qué se dedicará, cuando egrese de la universidad?

—Quiero ser escritor.

—¿Escribir novelas, cuentos?

—Esa es mi intención.

—Magnífico. Que un joven como usted, con una figura que parece predestinarlo a la vida mundana, prefiera el oficio arduo y solitario de la literatura me conmueve. Porque no lo insultaré creyendo que se propone escribir pacotilla al estilo del señor Robbins o del señor, ese otro, cómo se llama...

—Mis modelos son Carson McCullers, Truman Capote. También me gusta Salinger.

—Magnífico. Y ya habrá hecho sus primeros intentos, me imagino.

Algunas narraciones cortas, muy malas.

—No lo diré por modestia.

—No soy modesto.

—Eso está bien. La modestia es la más inocente de las mentiras, decía Chamfort. O como dice el refrán: fray Modesto nunca llegó a prior. Los escritores que afectan creer que lo que publican no vale nada son unos hipócritas que agravian a sus lectores. Si no vale nada ¿por qué lo publican? habría que preguntarles. Y si no vale nada y yo lo leo y lo encuentro bueno ¿soy un imbécil?

Sidney se sintió obligado a retribuirle atenciones.

—Señor Civedé. De «Manual de Historia» ¿no ha escrito nada?

—Ni una línea.

—¿Cuándo la escribirá?

—No lo sé. Algún día, supongo.

—Me intriga el título.

—Un juego de palabras. En lugar de «Manual de Historia» «Manuel de Historia». Manuel por el nombre del protagonista e Historia porque es la biografía de un hombre que vive, en los cincuenta años de su existencia, los quinientos que vivió el país.

—Es una excelente idea —dijo Sidney mientras pensaba que era una locura.

—Pero no me propongo narrar, porque de lo contrario la novela sería infinita, los

episodios históricos ocurridos a lo largo de los quinientos años, sino la evolución del carácter y de la mentalidad de Manuel como consecuencia de la historia. Debería titularse «Manuel de Buenos Aires», porque en rigor el protagonista no sale nunca de la ciudad. Pero ya hay una novela, «Adán Buenosayres», para colmo famosa, de modo que se me ocurrió ese otro título un poco abusivo, lo sé, que me costará los dardos de la crítica.

—La tiene muy pensada.

—Masticada y rumiada, más bien. Usted se preguntará qué persigo con un libro así, sin argumento, sin acción, la novela de ideas de que habla Válely. Se lo diré. «Manuel de Historia» llevará un subtítulo: «Vidas de malvados y de estúpidos».

—A Infle shocking.

—Hay algo que nadie puede negar. Los políticos dirán lo que quieran, podrán descargar toda la artillería de la retórica, pero la realidad es esta: si en un país riquísimo la mayoría de los habitantes vive en la pobreza y muchos niños se mueren de hambre, es porque allí reinan la maldad y la estupidez.

—¿No tiene miedo de que sus compatriotas se sientan insultados?

—Peor para ellos. Me devolverán insulto por insulto, pero no por eso dejaré de cantarles mis verdades. Quizá seamos buenos e inteligentes en la vida privada, pero la vida privada no hace la Historia. Himmler adoraba a su canario y Stalin se emocionaba con la música de Tchaikovski. Sin embargo hubo campos de concentración y el Gulag. La Historia no pasa por la intimidad de los hogares sino por los foros y las ágoras. La maldad y la estupidez argentinas no han proliferado en la vida íntima sino en la vida pública. Pero como por desgracia desde la vida pública, desde el gobierno, desde el Estado, el Poder domina cada día más la vida privada, también en la vida privada se infiltran cada día más la maldad y la estupidez. Lord Acton creía que el Poder corrompe a quienes lo ejercen, y no se equivocaba. Ahora corrompe incluso a quienes lo soportan.

Sidney no supo qué contestar.

—¿Es soltero, señor Gallagher?

Le hacía preguntas como para impedir que Sidney aprovechase una pausa en el diálogo y se fuera.

—Sí, señor.

—Platón les negaba a los solteros aptitud para manejar los negocios de la república, porque pensaba que el célibe se conservaba joven y sólo los viejos están en condiciones de gobernar a los hombres. En cambio la Iglesia Católica no confía su gobierno más que a los solteros con la condición de que sean viejos siquiera por la edad, de que sean presbíteros. Ni Platón ni la Iglesia se equivocan. El matrimonio vuelve realistas a los hombres lo cual es bueno para los gobernantes y malo para los sacerdotes.

—I beg your pardon. No entiendo.

—La naturaleza es femenina, Gallagher. Sólo gracias a un esfuerzo adicional consigue hacerse masculina. Al revés de lo que dice el Génesis cuyas metáforas nada sabían de genética, primero fue creada la mujer, después el hombre. Eva precede a Adán y la palabra varón es un apócope de varona. Los tejidos del feto tienden a plegarse del modo más fácil, más directo y sencillo: la forma del ovario. Una energía suplementaria puede intervenir y entonces el plegamiento cambia de dirección y toma la contraria: la de los testículos. De esa conducta de las células derivan todas las características de cada sexo. En todo el hombre va más lejos que la mujer y en todo la mujer permanece más cerca de la realidad que el hombre. La convivencia sexual con la mujer, el matrimonio, es para el hombre una escuela de realismo. Le impedirá volar alto, pero lo salvará de perderse en el vacío de las abstracciones.

Sidney se preguntaba si estas teorías tendrían algún valor científico o si eran pura divagación.

—La forma femenina —prosiguió el hombre oculto en la penumbra— no exige que la naturaleza se esfuerce. La masculinidad requiere un mayor gasto de energía vital y por eso el hombre es más débil que la mujer, más vulnerable a las enfermedades, a los trastornos mentales, a la zozobra y a la disipación, y por eso desde la Antigüedad se hizo gimnasta. Los hombres llamados salvajes por nosotros se pintan y se adornan para cargarse de fuerzas que no encuentran dentro de sí mismos y por igual razón crean sociedades secretas masculinas. Sus mujeres pueden ir desnudas. Pero volvamos a lo que le decía. Los porteños, cualesquiera que sean sus años, mantienen una mentalidad de muchachos. A modo de símbolo, Manuel morirá soltero.

—Señor Civedé, debería escribir esa novela.

—Empezaré a escribirla muy pronto. Me entusiasma la idea de enfocar nuestra historia a través de la sexología y de la psicología, exclusivamente. Será una visión parcial, lo admito, pero complementaria de la perspectiva de los historiadores.

De golpe la voz un poco pedante o profesoral, de modulaciones estudiadas, dejó paso a otra voz, áspera y enronquecida por la fatiga o por una amarga congoja.

—No, no. Estoy engañándolo, señor Gallagher. Nunca escribiré «Manuel de Historia». Nunca. Tengo pensada la novela de la primera a la última página, en todos sus detalles. Pero no es más que un sueño, un sueño irrealizable, una fantasía mía.

Algo, no supo qué, le hizo adivinar a Sidney que la conversación había empezado a tomar un sesgo peligroso.

—Vivo solo —continuó la voz envejecida, debilitada—, sin otra compañía que la de mi mujer. No recibo visitas. La suya, señor Gallagher, es una especie de milagro que le debo al libro de José Brellos. Hace años que no salgo de esta casa. Las noticias de afuera me vienen a través de los diarios y de la televisión. Mi enfermedad

es incurable, nunca recuperaré el uso de la mano derecha. En condiciones así, lo único que me está permitido es imaginar una novela que jamás escribiré.

Sidney sentía que el peligro venía reptando hacia él, desde la oscuridad, como un invisible vaho deletéreo.

—Salvo que pudiera dictársela a alguien.

El último párrafo de «Other voices, other rooms»: la imagen fuera de foco que por fin se hace nítida.

—Por supuesto, esa persona no trabajaría gratis. Recibiría un adelanto de cinco mil dólares y, una vez que la novela estuviese terminada, otros cinco mil dólares.

Sentado en el centro del círculo de luz, Sidney se ruborizó. Lo que él había creído un tufo deletéreo era una nube de oro.

—Señor Gallagher.

Sidney esperó, sin moverse, las palabras que estaba seguro iba a oír.

—Esa persona podría ser usted.

Como para aturdirlo y no darle tiempo a reaccionar, la voz tomó velocidad y un tono tajante y sumario.

—No me conteste ahora. Piénselo. Y cuando lo haya decidido, vuelva. Me encontrará aquí, esperándolo. Adiós, señor Gallagher. Sidney no necesitaba pensar nada, pero entendió que debía ponerse de pie, despedirse del hombre oculto en la sombra y salir de la biblioteca.

En el corredor, como al acecho, estaba la mujer. Lo acompañó hasta la puerta y ahí se detuvo para mirarlo en los ojos y sonreírle con coquetería. Sidney la observó más despaciosamente: aparentaba alrededor de veinticinco años y era bonita, tenía un aire de muchacha de pueblo enriquecida.

—¿Usted es la esposa del señor Civedé? Ella se rió como de una broma.

—Sí. ¿Por qué me lo pregunta?

—Por nada. Para saber, nada más.

—Nos casamos hace un año.

Bajó la voz, puso una expresión que quería ser dramática y resultaba cómica.

—¿Lo ayuda al señor?

Sidney, de buen humor, quiso divertirse un rato.

—¿Ayudarlo para qué?

—A escribir el libro. Pobre, usted vio, está paralítico de un brazo de una pierna. Y tiene tantas ilusiones con ese bendito libro.

—¿Y usted por qué no lo ayuda?

—¿Yo? ¿A qué, a escribirlo?

—Él se lo podía dictar.

La muchacha hacía gestos heridos, pudibundos, como si Sidney estuviese proponiéndole una indecencia.

—No, qué esperanza. En eso yo no me meto, faltaba más.

—Así que prefiere que su marido se muera sin escribir la novela.

Miró hacia el corredor, como para cerciorarse de que Civedé no rondaba por ahí. Después susurró:

—Una vez quisimos hacer la prueba. Pero yo no entendía lo que me dictaba. Y como tengo muchas faltas de ortografía, imagínese, fui hasta cuarto grado y gracias, se enojó y no quiso seguir. No, yo para esas cosas no sirvo.

Se acercó todavía más a Sidney, bajó un poco más la voz.

—Pero usted sea bueno, ayúdelo. ¿Lo va a ayudar?

—No sé. Tengo que pensarlo.

—Mire que mi marido tiene mucha plata. Oí que le ofreció diez mil dólares. Pero si usted necesita más, seguro que se los da. Es un pan de Dios.

Sidney cedió a una tentación inconcebible en el adviser de «1996» pero habitual en el joven becario de la universidad de East Lansing desde que vivía en Buenos Aires.

—Y usted ¿no me va a dar nada?

La mujer ensayó un rostro escandalizado.

—¿Yo? ¿Yo qué tengo que ver?

Pero no podía impedir que la picardía le estropeara esa falsa expresión melindrosa. Acaso para no delatarse aún más se ubicó en un terreno neutral que, sin alentar las insinuaciones de Sidney, tampoco las rechazaba.

—Prométame que va a volver y que lo va a ayudar a mi marido a escribir la novela.

—Depende de usted.

Ya le fue imposible aguantar la risa nerviosa, como de cosquillas, y abrió la puerta.

Ya sabe, lo espero. Hasta pronto.

En todo el caserón había un gran silencio. Cuando Sidney volvió al sol y a los ruidos de la calle se le figuró que volvía a la realidad. Esa noche estuvo en un departamento de la calle Reconquista donde vivía una empleada del consulado de los Estados Unidos que era su amante. Comieron, hicieron el amor y a medianoche Sidney se fue al Hotel Mallory, donde se alojaba.

Una hora después cinco hombres coparon el hotel en una operación de tipo comando y despojaron a sus sesenta huéspedes de dólares, pasaportes y alhajas. Sidney, al día siguiente, visitó a Ramón Civedé y le dijo que aceptaba su oferta con una ligera modificación: seis mil dólares ahora y otros seis mil dólares cuando «Manuel de Historia» estuviese terminado. El viejo no opuso reparo.

Parecía no haberse movido de su sitio, seguía envuelto en la misma ropa negra y en la misma penumbra. Sidney debió sentarse otra vez a cinco metros del escritorio, en la silla junto a la mesa, dentro del círculo de luz de la única lámpara encendida. ¿A que se debía esa misteriosa teatralidad?

Se sentía observado, estudiado como un ejemplar raro o como el sospechoso de un crimen. ¿Y por qué Ramón Civedé se mantenía oculto en la sombra? La primera vez lo había atribuido a una desconfianza enfermiza, ya anticipada durante el interrogatorio telefónico. Pero ahora se pasaba de la raya, era casi insultante.

No iba a dejarse intimidar, si eso era lo que el viejo buscaba. De modo que, en vista de la pérdida del dinero y del reloj como consecuencia del asalto al Hotel Mallory, pidió los doce mil dólares.

—De acuerdo, señor Gallagher. De acuerdo.

La voz musical y pedante vibraba de contenido regocijo. Sidney entendió que podría sacar más provecho de esa alegría dispuesta a cualquier extorsión.

—Nos reuniremos un par de horas diarias.

—¿Todos los días? Imposible, señor Civedé. A lo sumo puedo venir dos veces por semana.

—De acuerdo.

—Digamos, martes y jueves. De cuatro a seis de la tarde.

—Magnífico.

—Voy a traer un grabador.

—Cómo, un grabador.

—No sé taquigrafía.

—Pero después tendrá que pasarlo a máquina.

—Obvious.

—De cualquier manera, será un texto provisorio.

—Of course. Nos servirá de borrador.

—Magnífico, señor Gallagher. Pero no pienso monologar frente al grabador, no, no pienso hacerlo. Dialogaremos entre los dos.

—¿Y qué podría decir yo?

—Me dará sus puntos de vista, sus observaciones. Se lo ruego, Sidney.

—Sé muy poco de historia argentina.

—No importa. No es la historia argentina lo que escribiremos sino la biografía de un hombre. Ayúdeme a explorar la psicología, la mentalidad de ese hombre. Imagine que le hablo de un hijo mío y que usted está interesado en saber cómo era, qué pensaba, qué sentía.

—Nadie mejor que usted para saberlo.

—Me puede engañar el amor. A usted no. Usted lo verá con una imparcialidad que yo no tengo, con una objetividad que a mí me falta. Por favor, Sidney.

—Trataré.

—Gracias. No pretendo abusar de su gentileza, Sidney. Si escribimos la novela y sale publicada, creo que sí porque si es necesario pondré dinero de mi bolsillo, su nombre va a figurar al lado del mío, sí, sí, con mayor derecho que el de Willy en las primeras novelas de Colette. O si prefiere inventemos un seudónimo, nuestro propio Bustos Domecq. No es la vanidad literaria la que me inspiró el deseo de escribir «Manuel de Historia». La fama me tiene sin cuidado. Si usted fuese el Diablo y yo fuese Enoch Soames, no firmaría el pacto. Querría que me leyesen mis contemporáneos, no los argentinos de un futuro remoto. La ilusión de Stendhal me parece absurda. Por lo demás no soy pobre y si llegase, supongamos, a ser famoso, de todos modos no me libraría de seguir viviendo en esta cárcel.

¿Por qué no se libraría? ¿Por la enfermedad o por alguna otra razón?

—En cambio a usted, Sidney, a usted este libro podrá servirle no digo de catapultas, no seré tan presuntuoso, pero de entrenamiento para las novelas que pronto escribirá y que serán magníficas, estoy seguro.

Sidney trataba de distinguir, en aquella silueta oscura e inmóvil, algo más que la aureola de pelo blanco. Imposible. En la mancha borrosa del rostro ningún rasgo alcanzaba a diseñarse.

—Señor Civedé. Si vamos a dialogar frente al grabador...

—Lo haremos, lo haremos. Un joven inteligente como usted no puede limitarse a transcribir lo que yo diga.

—Si vamos a grabar un diálogo entre los dos, señor Civedé, deberemos sentarnos juntos. De lo contrario una de las voces no quedará registrada.

Hubo un silencio. Sidney no apartaba la vista del sitio donde presumía que estaban los ojos del viejo. Después oyó, como la primera vez, aquella risita sofocada o aquel jadeo.

—Sí, más tarde o más temprano tendrá que saberlo. Es mejor que lo sepa ahora, cuando todavía está a tiempo para arrepentirse.

—¿Arrepentirme de qué?

—De haber aceptado ser mi colaborador.

Varias luces se encendieron simultáneamente. Desde el techo, una araña esparció por toda la biblioteca una luz cruda y escarchada como un granizo luminoso y una lámpara, sobre el escritorio, disipó la penumbra que escamoteaba las facciones de Ramón Civedé.

Entonces Sidney vio que ese hombre tenía una cara monstruosa. Tenía, inás bien, un rostro hecho de dos mitades asimétricas unidas longitudinalmente. La mitad de la izquierda era más ancha y más larga que la otra. El ojo izquierdo, más grande, parecía dilatado. La nariz, en la frontera, ondulaba, y las aletas quedaban a distinto nivel, lo mismo que las cejas, lo mismo que las orejas, una más desarrollada y más separada

del cráneo que la otra. Los labios no encajaban entre sí. El arco de la frente tenía, en el extremo derecho, como una abolladura.

De la violenta irregularidad de las facciones no resultaba una sola expresión facial sino varias, contradictorias y mal combinadas. El ojo izquierdo, agrandado, parecía colérico; el derecho, contraído, era maligno. La ceja izquierda se alzaba, engréida y petulante; la otra fruncía el ceño pensativo. La boca excretaba una sonrisa perversa. El conjunto inspiraba risa o repugnancia, pero no compasión porque aparentaba provenir de la propia voluntad del viejo que, al modo de un payaso, deformaba adrede su rostro para provocar la hilaridad o el miedo.

Vestía una bata monacal, los ropones de Rasputín. La cabellera larga y desgredada de mujer de manicomio le alborotaba alrededor de la cabeza una aureola caótica. Sidney lo supo obeso y lo intuyó alto.

Miraba a Sidney con sus ojos divergentes, con la sonrisa pérfida y desvariada.

—Señor Gallagher —la voz se había cargado de inflexiones sarcásticas. ¿Se siente capaz de resistir este juicio de Dios?

Lo decía como si su monstruosidad fuese un reto burlón que le arrojaba a la cara para probar los méritos del visitante.

De golpe Sidney lo detestó.

—No sé de qué habla —dijo, tratando de mantenerse impasible.

—Magnífico. De todos modos puede imitar a las mujeres que se topaban con Ezra Jennings. ¿Leyó «La piedra lunar»? ¿Recuerda lo que hacían? Nunca lo miraban de frente, desviaban los ojos varios centímetros a la izquierda o a la derecha, como ciegas que se guiasen por el sonido de la voz. Lamento que no sea miope, señor Gallagher. Se quitaría los anteojos y yo me convertiría para usted en un borrón que usted podría mirar sin estremecerse. Es lo que solían hacer los cortos de vista en mi presencia aunque no hubiesen leído. «El doctor inverosímil». Cada uno creía ser el primero que usaba ese ardid y que yo no me daría cuenta. Pero no. No habrá necesidad. El grabador nos permitirá dialogar en una piadosa penumbra.

Sidney sintió que lo aborrecía cada vez más. Se volvió a mirar los anaqueles colmados de libros. Podía hacerlo sin que pareciera que imitaba a las mujeres de Wilkie Collins. Al fin y al cabo hasta entonces la semioscuridad no le había dejado ver nada y era lógico que ahora se le despertase la curiosidad.

—Tiene una hermosa biblioteca —dijo, para confirmar, por las dudas, la razón que le hacía apartar los ojos.

—Que está a su disposición, Sidney, Ça va sans dire.

Sidney se puso de pie y se aproximó a las estanterías. Los libros estaban alineados en cualquier forma, sin respetar ningún orden, la mayor parte eran libros muy viejos, medio desencuadernados con las tapas y los lomos destrozados, o sin tapas. La biblioteca parecía, también ella, un depósito de libros usados, amontonados en

cualquier forma. Sidney deletreó títulos de los que no tenía la menor noticia, nombres de autores y de obras que nadie en East Lansing le había mencionado, como si Ramón Civedé almacenase en su biblioteca los restos de una literatura ya desaparecida. Había más libros en el suelo, o apilados sobre sillones y mesas.

—¿Cree en Dios, señor Gallagher?

—Sí. Soy cuáquero.

Le mintió que era cuáquero porque había decidido que, de ahora en adelante, le mentiría siempre.

—Ah, cuáquero. Parece casi heroico, hoy en día, ser cuáquero. Lo envidio, Sidney. Yo, desgraciadamente, soy agnóstico. Lo confieso con dolor. La noción de Dios que me proponen las religiones me resulta ininteligible. Y dentro de mí mismo no la encuentro. La fe sería en mí un acto de pura desesperación, una caída en la irracionalidad, credo quia absurdum, y me resisto a abdicar de mi razón, de mi inteligencia. Si Dios existe, no me castigará, espero, por haber defendido el único don que me concedió. En cambio, estoy seguro de que no perdonará a los que adoptaron el juego de apuestas de Pascal.

Un título le llamó la atención: «Diálogos de Marco Denevi con Ramón Civedé». Tomó el libro, que estaba flamante y que no tenía ni mención del editor ni pie de imprenta.

—Sin embargo —proseguía la voz detestable—, sé que estoy lleno de religiosidad. Pero mi religiosidad manotea en el vacío. Cuando a veces veo por televisión algún film sobre la vida de Jesús me emociono hasta las lágrimas. Si hubiese vivido en aquella época, si lo hubiese conocido a Jesús, habría sido uno de sus discípulos. Pero por qué, si Dios existe, se niega a mostrarse ante sus propias criaturas que claman por él. Eso es indigno de un dios.

Sin volverse a mirarlo, mirando el libro que sostenía entre las manos, Sidney le preguntó quién era Marco Denevi.

—Un escritor que fue mi amigo, hace tiempo. Como Paganini y Sors en sus últimos años, cuando los dos enmudecidos por el cáncer se reunían a solas, a altas horas de la noche, e improvisaban el uno en el violín y el otro en la guitarra una música que se perdió para siempre, Denevi y yo nos juntábamos para tocar a dúo la música de nuestros temas favoritos. No nos corroía el cáncer sino la soledad. Pero éramos felices y a menudo amanecíamos, un poco borrachos de alcohol y de conversación. Murió del infarto que él mismo se preparó, porque lo aterraban las largas agonías, fumando sesenta cigarrillos diarios. Poco antes de morir tuvo la ocurrencia de publicar esos diálogos y yo no supe o no quise oponerme. No se vendió ningún ejemplar y la única crítica que apareció, por suerte después de su fallecimiento, fue incendiaria. Y para colmo decía que Ramón Civedé era un personaje imaginario, un altar ego de Denevi. Quizá, cuando salga «Manuel de

Historia», todo el mundo creerá que Sidney Gallagher-Ramón Civedé es el doble seudónimo de Marco Denevi, quien en un libro póstumo, hallado entre sus papeles, recurrió a esa estratagema.

—Sería divertido —dijo Sidney mientras hojeaba las páginas de los «Diálogos» donde, cosa increíble, dos argentinos, en una remota ciudad de América del Sur, platicaban sobre fray Salimbeno, sobre la orden de los acemetas y sobre Propercio y Joachim du Bellay. La Argentina era un país absurdo. Tiempo después, cuando ya había leído el relato de Sebastián Hondio, Sidney llegó a la conclusión de que Marco Denevi nunca había existido, se trataba de un seudónimo de Ramón Civedé.

—Señor Gallagher. Se me ocurrió una idea, no sé, a ver a usted que le parece. Introduzcamos la biografía de Manuel dentro de otra narración que la contenga al modo de las muñecas rusas. Y que esa otra narración transcurra en el futuro, en una República Argentina bajo el mando de las Naciones Unidas.

Sidney levantó los ojos, pero no miró al viejo.

—¿Y para qué?

—Para advertirles a los argentinos que lo que están poniendo en peligro ya no es tal o cual ideología política sino la existencia misma de la nación.

—No me gusta the science-fiction.

—Tampoco a mí, con la sola excepción de Wells. Pero Sydney, no le propongo acumular chatarra tecnológica al estilo de Bradbury. Todavía menos los lúgubres mitos de Lovecraft. Bastará que la acción transcurra dentro de diez años o doce años, cuando no habrá, a lo menos en este país, muchas diferencias con el presente. Recuerde cómo se equivocó Orwell en «1984», escrita sin embargo con treinta y cinco años de anticipación. Conformémonos con una República Argentina casi idéntica a la de ahora pero internacionalizada. Al contrario, trataremos de que se parezcan, para insinuar que somos una sociedad estancada.

—¿Y qué ganará «Manuel de Historia» con ese injerto?

—Ya se lo dije: llamar la atención de los argentinos sobre esta especie de locura autodestructiva que nos ha atacado. Además, tengo miedo de que la biografía de Manuel no les interese. Debemos ponerle alguna carnada.

—Está bien.

—No parece muy convencido, Sidney.

—Pero sí.

Dejó el libro en su sitio y volvió a sentarse junto a la mesa. Instantáneamente la araña del techo y la lámpara del escritorio se apagaron.

—Sidney, abra el cajón del medio. Sidney obedeció.

—¿Ve un sobre blanco? Tómelo.

Sidney tomó el sobre, grande y abultado.

—Puede abrirlo.

Lo abrió, contenía diez mil dólares.

Se los había preparado como pago por adelantado de la suma total que convinimos ayer. Ahora son un adelanto a cuenta de los doce mil dólares.

—Gracias —dijo Sidney, y se guardó el dinero en un bolsillo.

—Si usted fuese mi compatriota, esta sería la mejor manera de tentarlo para no volver. Un argentino se embolsaría los dólares y ya no le vería más el pelo. Con usted es una especie de chantaje, lo sé, la forma de obligarlo a seguir viniendo hasta que «Manuel de Historia» esté terminado. Le doy los dólares para mi tranquilidad no para la suya. La suya no necesita de garantías, usted es un joven criado en el estricto cumplimiento de los compromisos. Pero yo soy argentino, Sidney, no lo olvide.

Sidney sonrió:

—Alguna vez pensé que en Argentina no se practicaba el fair play. Deberé cambiar de opinión.

Como si hubiese estado acechándolo desde el corredor, entró la mujer con una gran bandeja, botellas y vasos, que depositó sobre la mesa junto a Sidney. Vestía una ropa más provocativa que el día anterior, se había maquillado hasta el vértigo. Los pechos pugnaban por salirse del escote. Todo el tiempo sonrió a Sidney con una sonrisa involuntaria, sumisa.

—¿Qué toma, Sidney? —Le preguntó el viejo desde el fondo de la biblioteca.

—Scotch. Con un poco de agua. Whisky —aclaró, porque la muchacha lo miraba desconcertada.

—Para mí un jerez, Selene.

—Sí, señor.

No se llamaría Selene. Seguro que Selene era su nom de guerre.

—Por Manuel, Sidney.

—Por Manuel.

Brindaron a distancia, sentados. Selene, de pie, les sonrió a los dos, dijo:

—Buen provecho.

Pero no se sirvió nada ni el marido la invitó a que lo hiciese.

—Gracias, querida.

Con una última sonrisa para Sidney, la mujer se eclipsó. Tanmpoco sería la esposa del monstruo sino su concubina, quizá una ex-criada promovida a un rango ligeramente superior que no la exoneraba de los quehaceres domésticos ni de aquel trato de «sí señor» que le daba a su antiguo patrón.

—Sidney, digamé. ¿No tiene miedo de haberse asociado con un chapucero?

Parecía de buen humor.

—¿Lo tiene usted?

—No, yo no. En absoluto. Confío ciegamente en su talento.

—También yo en el suyo.

—Gracias, Sidney.

—¿Qué había escrito, antes?

—¿Relacionado con la literatura? Nada. Se supone que mi profesión es la abogacía, que nunca ejercí. Le confieso que estoy entusiasmado, no veo la hora de que empecemos a trabajar juntos.

—Empezaremos el martes.

—Faltan tres días. Me parecerán una eternidad. ¿Puedo hacerle una confidencia, Sidney? Había perdido todo interés en seguir viviendo. Thomas de Quincey creía dominar su cuerpo hasta el punto de decidir la hora de su muerte. Un día resolvió impartirle al cuerpo la orden de morir, pero el cuerpo lo desobedeció, Quincey fracasó miserablemente. Yo, cuando decida morirme no fracasaré. He descubierto una forma de suicidarse sin recurrir a ninguna de las violencias conocidas. Se trata de pasar la frontera, un límite de la conciencia: del otro lado hay oscuridad y, después de un tiempo, la vida se esfuma sin que uno se dé cuenta. Ya hice algunos ensayos, algunas tentativas que interrumpí a mitad de camino, no por cobardía sino porque no quería desaparecer sin haber escrito «Manuel de Historia». Ahora sé que estaba esperándolo, Sidney.

Lo aborrecía, sentía por ese hombre monstruoso una fobia vesánica. En una novela había leído esta frase cursi: «su amor crecía como la marejada». Su odio crecía como la marejada. Odiaba a ese sudamericano deforme, adulón, rastrero, que pretendía enredarlo en un negocio turbio, que probablemente esperaba que él, Sidney, le escribiese una novela absurda y descabellada, nada menos que la biografía de un hombre cuya vida debía resumir la historia de todo un país o de toda una ciudad a través de los siglos, un desatino que ese viejo chiflado no sabría escribir y ahora esperaba que lo hiciese Sidney en seis meses, para después que él volviera a los Estados Unidos publicar el libro como si fuese suyo. Todos los argentinos eran embrollones, falaces y dolosos, pero este viejo quería timarlo en lo que más amaba: la literatura.

Se puso de pie.

—Debo irme. Tengo un compromiso. El viejo no intentó retenerlo.

—Hasta el martes, Sidney.

—Adiós.

¿Adivinó, en ese seco adiós, una despedida definitiva? Durante los segundos que tardó Sidney en caminar desde la mesa hasta la puerta ¿el viejo pensó que se había equivocado, que Sidney escapaba con los diez mil dólares y quiso obligarlo a volver mediante un nuevo señuelo?

—Señor Gallagher.

Sidney, que ya salía, se detuvo, pero no se volvió a mirarlo. Mal hecho. Así, con esa actitud de invitado que se va llevándose una joya en el bolsillo, se delató.

—Quiero que sepa una cosa. Selene no es mi mujer. Es una mujer con la que me casé para que me heredase, nada más que para eso. El honor conyugal no anda de por medio.

Por si los dólares no bastaban, también la mujer. Sidney sintió que quedaba libre de cualquier compromiso moral con ese latino monstruoso, envilecido por la obsesión maníaca de publicar una novela imposible. Manteniéndose de espaldas, saliendo de la biblioteca sin pronunciar una palabra le expresó su desprecio.

En la parte media del corredor se abrió un hueco iluminado, una puerta disimulada entre las estanterías, y apareció Selene con la sonrisa.

—¿Ya se va?

La mano en el picaporte, mantenía la puerta entreabierta. Sidney vio que la habitación era un dormitorio. Se acercó a la muchacha y le dijo en un tono baboso que les había oído a los argentinos:

—¿Quiere que me vaya?

Selene lanzó una risita.

—Yo qué sé. Usted es muy dueño.

Sidney experimentó una excitación que no era sólo sexual: se mezclaban el deseo, la rabia, la crueldad y la omnipotencia, un impulso tan violento que cualquier rodeo quedaba eliminado. Abrazó a Selene y la besó. Selene era regordeta y de pequeña estatura, le llegaba a Sidney al esternón. Casi desapareció entre los brazos que la trituraban, entre las largas piernas que le hacían sentir la dureza del miembro erecto de las ganas de poseerla y de las ganas de castigar al monstruo que quizá estaba espiándolos desde la sombra de la biblioteca.

Ella gemía, de placer o porque Sidney la asfixiaba, pero se dejó estar. Entonces él entró en el dormitorio llevándola incrustada en su propio cuerpo. La arrojó sobre la cama y empezó a quitarle la ropa a los manotazos, como si la despojara de lo que no le pertenecía, de lo que le había robado. En cambio se desnudó lentamente, una dádiva que le hacía y de la que, si ella no se portaba bien, él podía arrepentirse.

Después se vistió a toda prisa y salió sin decir una palabra. Sólo faltó que le dejase sobre la mesita de luz un billete. En la calle respiró hondo, caminó a grandes pasos. Se sentía satisfecho por partida doble y ningún remordimiento le empañaba esa felicidad.

Durante quince días se dedicó a sus investigaciones de becario, a hacerle el amor a la joven que vivía en un departamento de la calle Reconquista y a divertirse juntos gracias a los diez mil dólares, una indemnización por la pérdida de tiempo. Ninguna de esas actividades se relaciona con «Manuel de Historia», de modo que pueden ser pasadas por alto. Pero en el par de semanas algunos pequeños episodios le ocurrieron, algunas experiencias tuvo, algo le sucedió que lo obligaría a volver a la casa de la calle French.

Presenció, por casualidad, dos mitines políticos. Aunque de distintos partidos, los dos lo impresionaron de la misma manera. Oyó arengas exultantes de petulancia, de infatuación y de una retórica ampulosa y hueca. La multitud invocaba los nombres de líderes muertos hacía muchos años o coreaba estribillos monótonos, repetitivos como ideas fijas, que siempre amenazaban a alguien. Grupos de muchachos percutían tamtames tribales, otros grupos pintaban en las paredes, con alquitrán, sentencias de muerte. ¿Qué había detrás de esas ceremonias al mismo tiempo belicosas y fúnebres? ¿Odio o terror? ¿Los argentinos se odiaban entre sí o estaban aterrados? ¿Desahogaban el odio o querían exorcizar el terror que los dominaba?

Frente a un teatro, dos bandos de jóvenes se habían trezado en una batalla furiosa. Preguntó por qué peleaban y alguien le informó que el motivo de la discordia era la representación de la obra de un autor marxista. A pocos metros de esa gresca, una manifestación de mujeres enarbolaba pancartas que decían: «Viva el clítoris, muera el falo», «Sí al placer, no a la maternidad». Todo era grotesco, anacrónico y ridículo.

En bancarrota, endeudada hasta los ojos, Argentina no tenía ni la humildad ni la dignidad de su pobreza. Fanfarroneaba, se dedicaba a los negocios sucios, a las tramoyas y a las ilusiones del azar y, en cuanto podía, tiraba la casa por la ventana. Leyendo los periódicos o gracias a la televisión, Sidney aprendió que los gobernantes y en general todos los políticos se entretenían en fórmulas recitadas como conjuros mágicos, redoblaban pases magnéticos de una pasmosa puerilidad y mientras tanto el país seguía empeorando día a día, pero ellos persistían, sin desarmar el falso rostro de reyes magos, en sus alquimias medievales.

Pero quizá todo eso no era más que una fachada y detrás se ocultaba una realidad ya no caricaturesca sino atroz: el maridaje de maldad y de estupidez que decía Ramón Civedé. Los argentinos, no importaba lo que fuesen en su vida privada, para hacer la historia se habían vuelto malvados y estúpidos, y habían conseguido transformar un país rico en un país inmovilizado, idiotizado, acosado por los acreedores, entregado a la desesperación de la razón y a la parálisis de la inteligencia en tanto confiaba en el rezo diario de oraciones supersticiosas, triviales o sanguinarias.

En un artículo periodístico firmado con las iniciales D. M. Leyó: «Según Richard Holfstadter, la inteligencia consiste en la capacidad intelectual para captar un problema y resolverlo. Me gusta esa definición. En otras palabras, la inteligencia es el don de encontrar soluciones, de encontrar salidas. Salida, en latín, se dice exitus, exit en inglés. La medida de la inteligencia la da el éxito, Robinson Crusoe era inteligente. Lo contrario de la inteligencia es la estupidez, que nunca acierta con la solución adecuada, con la salida correcta. La estupidez fracasa. Podrá aparentar que se mueve mucho, pero su agitación es la de una mariposa encandilada por una luz muy fuerte a cuyo alrededor bate las alas sin poder librarse del encandilamiento».

La historia argentina en los últimos cincuenta años parecía haberse estupidizado. Pero Sidney se preguntó si era porque los argentinos se habían vuelto estúpidos o porque la maldad les roía la inteligencia. Le recrudecieron los deseos de investigar ese fenómeno. Fuera del país se sentía muy capaz de ese tipo de curiosidades. Y otra vez pensó que Ramón Civedé poseía las claves del enigma, de golpe lo entusiasmó la idea de escribir «Manuel de Historia». De golpe lo abrumó la idea de que se había portado como un canalla.

Durante una breve entrevista obtenida con increíble facilidad, consultó con Borges sobre el manuelismo. Borges le dijo que el neologismo le parecía abominable pero que la teoría que postulaba no lo era. Sidney se ruborizó y en ese mismo momento decidió volver al departamento de la calle French. De los diez mil dólares le quedaban ocho mil.

Se colocó con la nariz pegada a la puerta porque adivinó que Selene le impediría entrar. Después de un largo rato oyó el ruido de cerrojos y de fallebas que en «1996» relacionará con las novelas góticas. Cuando la puerta se entreabrió, apenas una hendedura, una línea de débil luz, le propinó un empujón y se introdujo en el almacén de antigüedades como doce años después lo haría el imaginario adviser: como un policía en busca de un criminal. Se dirigió resueltamente hacia el corredor. A sus espaldas la mujer quiso gritar sin levantar la voz:

—Pero señor ¿a dónde va?

La biblioteca estaba a oscuras. Sidney dio media vuelta. En el pasillo Selene le cerraba el paso, lo miraba con odio o con espanto.

—¿Dónde está? —preguntó Sidney en un tono mandón. Conteste. ¿Dónde está?

La muchacha vaciló como ante la exigencia de un loco. Después señaló la puerta entre las estanterías, la puerta del dormitorio. Sidney la abrió. También esa habitación estaba a oscuras. Tanteó la pared y encontró la llave de la luz. Dos veladores se encendieron, uno a cada lado de la cama. Tendido boca arriba, semicubierto por una sábana arrugada, Ramón Civedé dormía o estaba muerto.

Sidney se aproximó. El monstruo vivía aún: tenía los párpados ligeramente despegados y por esa rendija legañososa se le veían los ojos. Disueltos en un líquido turbio, esos ojos de perro viejo y ciego se movían. Podridos, acuosos, los ojos se movían como si persiguiesen por el cielo raso una lenta imagen errática. El rostro había perdido algo de su deformidad patológica, se había dulcificado. La nariz estaba afilada, rectificada. Los labios, sumidos hacia adentro, como en un gesto de perplejidad meditabunda. El pelo ocultaba las orejas desproporcionadas, se derramaba sobre la almohada como la pelambre de un animal despellejado. La sábana dejaba a la vista los brazos gordos y fofos, el vasto tórax blanco y sin vello, un torso de niño gigante que se dilataba y se contraía a un ritmo casi imperceptible, tan lento que parecía un engaño de los sentidos, parecía que el hombre había dejado de respirar. Sidney se estremeció: la catalepsia.

Enseguida recordó a Thomas de Quincey. «Un día Thomas de Quincey resolvió impartirle al cuerpo la orden de morir, pero el cuerpo lo desobedeció, Quincey fracasó miserablemente. Yo, cuando decida morirme, no fracasaré». Este era el método de suicidarse sin ninguna violencia: un estado cataléptico conseguido mediante el cruce de una última linde de la psiquis. Más allá, el dark continent, el silencio total, la oscuridad total y, por fin, la muerte de la conciencia. Después la muerte del cuerpo sería una añadidura ignorada.

Selene había entrado en el dormitorio, se había ubicado a los pies del lecho. Sidney la interrogó con los ojos.

—Está así desde antiyer —los brazos cruzados a la altura del vientre, miraba la gran testa de engendro mitológico caída sobre la almohada. Con el delantal blanco

parecía una enfermera. Como una enfermera, no mostraba ninguna emoción, sólo rendía cuentas al médico sobre el estado del enfermo. A lo sumo estaba preocupada, quizá preocupada por ella misma. ¿No la culparían de haber descuidado al paciente?

Sidney se inclinó sobre el ogro aletargado.

—Ya lo hizo otras veces —continuaba informando la enfermera. Le duraba unas horas y después volvía. Pero esta vez no quiere volver.

—¿Volver de dónde?

—Me dijo que volvía de estar con los muertos.

—No diga disparates.

—Yo repito lo que él me dijo. Me dijo que cuando lo viese así que no me asustara, que no hiciera nada y que esperase.

—¿Llamó al médico?

—No.

—¿Por qué?

—Me lo prohibió.

—¿Cuándo se lo prohibió?

—Un día. Me dijo que le pasara lo que le pasara, yo no tenía que llamar a ningún médico. "Tuve que jurárselo.

—¿Quiere que se muera?

¿Quiere cobrar pronto la herencia? estuvo a punto de añadir.

—Si esa es su voluntad, yo no soy quién para impedirselo.

—¿Sabe que podría ir presa?

—¿Yo?

Lo miraba de ningún modo intimidada, más bien desafiante.

—Usted es el que tendría que ir preso.

Y de golpe empezó a gritar. Con los puños cerrados, gritaba: —No tiene derecho a meterse. ¿Quién se cree que es? Primero lo ilusionó, después se fue con los dólares, no apareció por quince días, y ahora viene aquí tan campante, a dar órdenes. Váyase y déjenos tranquilos.

Sidney se inclinó sobre la gran máscara alabeada.

—Si sigue así puede morir. ¿No vamos a hacer nada por salvarlo? —dijo en un tono humilde.

—Si se muere la culpa la va a tener usted —ya no gritaba, pero la voz cantarina se había endurecido de rencor.

Sidney pensó: todo es una farsa, una nueva manera de extorsionarme.

—Señor Civedé, soy yo, Sidney Gallagher.

Los ojos pútridos seguían persiguiendo en el techo una señal errante. No, nadie podía fingir esos ojos agusanados. Le tomó la mano izquierda, caída sobre las sábanas.

—Soy Sidney Gallagher —repitió. Si me oye, apriéteme la mano.

Plagiaba, sin saberlo, a Víctor Hugo en su visita a Balzac moribundo.

—Estoy aquí, junto a usted.

La mano, como la de Balzac, permaneció inerte, pero los ojos licuados en agua sucia se deslizaron hacia un costado, se detuvieron en la comisura de los párpados. Parecía que espiaba de soslayo esa mano que sostenía a la suya. Los labios chasquearon como degustando el último rastro de un sabor.

Sidney creyó que su voz había llegado hasta el continente negro e insistió:

—Soy Sidney Gallagher. Vamos a escribir el libro. Escribiremos entre los dos «Manuel de Historia».

—Grítele.

Sidney la miró y ella, la vista fija en el hombre fugado a la región de los muertos, dijo todavía con una aspereza rencorosa:

—Hay que gritarle, prender todas las luces y hacer ruido.

Si lo sabía ¿por qué no lo había dicho antes? Ella misma encendió la araña, les quitó a los veladores las pantallas. El dormitorio se inundó de una luz cegadora.

—¿Si abriéramos la ventana? —preguntó Sidney tímidamente.

—No, da a un pozo de aire. Espere, voy a buscar el tocadiscos. ¿Había una técnica para traerlo de regreso a la conciencia? Una técnica que Selene hasta ese momento se había abstenido de aplicar.

Volvió con el tocadiscos y varios discos. Sidney no sabía nada de música clásica: eligió un disco al azar y acertó. La música era marcial, rítmica, por ratos estridentes. La hizo sonar a todo volumen.

La boca se entreabrió, desdentada, con las encías empalidecidas. Pareció que quería hablar. Sidney imaginó que, si hablaba, la voz sonaría como la inconcebible voz de Mr. Waldemar en el cuento de Poe. No habló. ¿Empezaba a despertar? Pero los ojos habían vuelto a perseguir por el cielo raso la imagen errante y después los párpados se cerraron.

Después la cabeza titánica se movió de un lado a otro, lentamente. Decía que no, sin ganas, con una gran fatiga, o quizá decía que no de una manera débil porque quería hacerse rogar, quería que Sidney siguiera suplicando, siguiera humillándose. Simulaba negarse a volver para que Sidney se convenciera de que su suicidio no era una farsa o para que Sidney lo convenciera de que se sentía arrepentido y que no reincidiría nunca más en la traición. Tres días duró ese duelo entre los dos. Sidney casi no salía del dormitorio. Por las noches se recostaba en un sofá traído del salón y, a intervalos irregulares, día y noche, aullaba en las orejas del ogro. Dormía mal, porque las luces permanecían siempre encendidas y, en el tocadiscos, alguna música estridulaba.

Ramón Civedé se resistía, trataba de resistir, se negaba a abandonar su

encapullamiento. Pero los ojos iban limpiándose, iban solidificándose, el agua turbia se evaporaba. La mano derecha, con los dedos agarrotados por la parálisis, frotaba los nudillos contra el pecho. La otra mano alisaba las sábanas. A menudo suspiraba, hacía muecas de disgusto o de perplejidad. La respiración ya era profunda y acompasada, la respiración de los dormidos.

Selena se encargaba de asearlo. Le decía a Sidney:

—Espere afuera. Hay cosas que usted no debe ver.

Le decía:

—Usted no sabe. De rodillas me pidió que no llamara a ningún médico, que no dejara que lo revisaran o que lo llevaran a un hospital. De rodillas me lo pidió.

Había recuperado el carácter vivaracho, la sonrisa pizpireta. Gorgojeaba:

—¿Ve? Anda mucho mejor. Dentro de poco volverá.

Una noche, desde el dormitorio, Sidney la oyó hablar con alguien. La voz era de un hombre joven, un amante, un pariente. No era asunto suyo. Él estaba dedicado a salvar a Ramón Civedé, a salvarlo sin auxilio de la ciencia, nada más que con su devoción, con su abnegación, esa forma de lavar las culpas, de quitarse los remordimientos, la idea intolerable de que un hombre podría morir porque él era un tipo ruin, un norteamericano sob.

Y también, también para disipar la sospecha de que todo podía ser una tramoya urdida por el viejo en complicidad con Selene. Quería poner a prueba al ogro, como el ogro lo ponía a prueba a él. ¿Cuál de los dos sería el primero en rendirse?

Sidney había salido, había ido al Hotel Mallory y después paso por el departamento de la calle Reconquista. Perturbada por los tres días de ausencia de Sidney, la empleada del consulado lo consideró un desertor y la sorprendió en la cama con otro hombre. Decidieron poner punto final a la liaison. Sidney se asombró de sentirse feliz o, a lo menos, aliviado, y retornó a la casa de la calle French con una especie de prisa jubilosa.

Al abrirle la puerta Selene le anunció, gran sonrisa y voz triunfante:

—¿Qué le dije? Volvió. Lo está esperando en la biblioteca.

Sidney había ganado la batalla.

Desde el corredor vio la iluminación que festejaba la resurrección del monstruo. Entró en la biblioteca sin saber qué iba a decir, qué ocurriría. Sentado al escritorio, arrebuñado en sus hábitos negros de monje, le dio la misma bienvenida de la primera vez.

—Adelante, señor Gallagher.

Pero ya no se ocultaba en la sombra; todas las luces estaban encendidas. Y ya no le señalaba la silla junto a la mesa sino un sillón frente al escritorio. Te guste o no te guste tendrás que aguantarme, le decía. No pienso pedirte perdón por mi monstruosidad. Te la fregaré en las narices.

Sidney no apartó los ojos. Quería convencerlo de que no recaería en ninguno de sus antiguos pecados, ni siquiera en ese de rehuirle la mirada.

—Señor Gallagher, estuve pensando que dos sesiones de trabajo por semana, de dos horas cada una no alcanzarán. Ninguna mención de lo sucedido. Sidney recuperaba la tranquilidad.

—Usted se vuelve a su país dentro de seis meses. Nos faltará tiempo. Así que deberá venir todos los días. Sin horario fijo, ya que sabe que de aquí no me muevo.

Había optado por el tono y la mímica de quien fue objeto de una injusta humillación y, después de recibir y de aceptar todas las disculpas, pone bien en claro que su buena fe estafada no está dispuesta a tolerar nuevos fraudes, y que el trato recíproco quedará replanteado según los términos que él mismo dicte.

Sidney tragó saliva. Los diez mil dólares estaban a salvo.

—También he resuelto que el nombre del difunto Marco Denevi aparezca como el del único y verdadero autor de «Manuel de Historia». Al fin y al cabo la idea de escribir un libro así fue suya, y son también suyos muchos de los conceptos que contendrá. En cuanto a las muñecas rusas, usted se encargará de la que transcurre en el futuro, con mi asesoramiento, por supuesto, si es que lo necesita. Yo me ocuparé de la biografía de Manuel.

Sidney seguía tragando saliva.

—Sí, señor. Sí, señor —salmodiaba como un acólito obediente. Cosa increíble: ya no odiaba a Ramón Civedé, le había cobrado respeto y hasta algún afecto. Un suicida que sobrevive al suicidio contra su voluntad suele adquirir, ante sí mismo y ante los demás, cierto prestigio. Sidney nunca dejó de barajar la hipótesis de una maquinación en el suicidio de Civedé y, sin embargo, esa malicia no le impidió sentir por él el apego reverente de un discípulo por su amado maestro. Es posible que se le haya mixturado un impulso expiatorio. Por lo demás, era un joven que no desconocía ni la bondad ni la misericordia. El hombre desdichado que se había rebajado a cualquier matufia con tal de escribir un libro que atribuiría a otro, a un amigo muerto o imaginario, así como antes le había inspirado aborrecimiento y repulsión ahora le despertaba sentimientos filiales.

Civedé, en su nuevo papel de padre o de magister severo, le dijo:

—Señor Gallagher, alguna vez le confesé que nunca había escrito nada que se relacionase con la literatura.

Había escrito los «Diálogos» con el supuesto Marco Denevi.

—Eso es verdad hasta cierto punto. Hace unos años, cuando todavía conservaba el uso de la mano derecha, garabateé un cuento o como usted prefiera catalogarlo. Léalo, si quiere. Le dará la medida de mis pocas o de mis muchas condiciones de escritor.

Le entregó un grueso fajo de páginas manuscritas con una caligrafía despareja y

agigantada cuyos renglones, al llegar al margen, se precipitaban hacia abajo. Por la noche Sidney leyó ese texto en su cuarto del Hotel Mallory. Es una historia narrada en primera persona por un tal Sebastián Hondio, quien empieza por declarar que no se llama así. Declaración superflua: es evidente que se trata de un relato autobiográfico de quien en «1996» toma el nombre de Ramón Civedé.

Al día siguiente Sidney le devolvió el cuento, del que había hecho hacer una fotocopia.

—¿Y? ¿Qué le pareció?

—Excelente.

—¿Ahora está más tranquilo? ¿Ya no piensa que va a colaborar con un chapucero?

—Nunca lo pensé.

—Me alegro. Por ser mi primer intento literario no está del todo mal ¿no cree?

—Para mi gusto es muy bueno.

—Gracias señor Gallagher.

De golpe se quitó las vendas que le cubrían las heridas de la dignidad y volvió a tratar a Sidney con la simpatía obsequiosa y hasta un poco servil de la primera vez. La devoción del joven ya le había disipado el rencor y lo que acababa de opinar sobre el relato de Sebastián Hondio terminó de dismantelarlo cualquier propósito de hacerse el ofendido. Cuando un rato después dialoguen frente al grabador, lo llamará «mi querido muchacho».

—Se me ocurrió —dijo Sidney con cautela y con humildad— que los personajes de su cuento podrían ser también los de la novela del futuro. Me parecen fascinantes.

—¿Por qué no? —no consiguió disimular una sonrisa de satisfacción. Se los cedo. Al fin y al cabo son personajes ficticios. Los nombres serían ficticios, no los personajes. En 1984 algunos de ellos, o quizá todos salvo el que decidió llamarse Sebastián Hondio, habían muerto. Reaparecen o resucitan en «1996», donde conservan aquellos nombres apócrifos con la sola excepción de Hondio, rebautizado Ramón Civedé para fingir que éste es su verdadero nombre, bajo el cual ha publicado un libro. El viejo dio su beneplácito a toda esta tramoya, presumo, porque así quiso volver a reunirse siquiera en la ficción con seres a los que amó y, quiero creer, que lo amaron. En «1996» todos se han reconciliado, se han perdonado las culpas, las traiciones, las defecciones. Y de algún modo repiten los papeles desempeñados tiempo atrás.

Sidney saqueó el relato de Sebastián Hondio, le sustrajo algo más que los personajes. No se lo echo en cara, como que yo hago otro tanto: en este "1984" robo a mansalva aquella misma narración y, por si fuera poco, también me aprovecho de «la novela del futuro». Me permito algunas innovaciones: el adviser de «1996» se metamorfosea en el becario de la universidad de East Lansing, el nombre de José

Sorbello en el anagrama de José Brelloso. Pero el frustrado suicidio de Ramón Civedé copia casi al pie de la letra la larga agonía de Deledda Condestáble.

Después de todo, siempre se ha propagado la especie de que los argentinos no sabemos hacer otra cosa que calcos e imitaciones. Yo soy argentino y estoy disculpado, y Sidney Gallagher, lo haya sabido o no, se argentinizó. Como toda sociedad coloidal, la República Argentina tiene la característica de disolver los caracteres individuales dentro de una misma masa en permanente estado de maleabilidad.

—En uno de sus libros Borges cuenta que una inglesa, cautiva de los indios pampas, se quedó a vivir con ellos en el desierto y se negó a volver a la civilización cristiana. Lo cuenta como una inversión simétrica de otra historia, la de Droctulft, el bárbaro que se alió con los habitantes de Ravenna para defender la ciudad bizantina contra los bárbaros. Borges dice que Droctulft y la cautiva inglesa fueron arrebatados por un ímpetu secreto, más hondo que la razón, que los dos acataron sin saber quizá justificarlo. No trate de justificar el suyo, Sidney. El hecho casi misterioso de que usted se ponga de mi lado no necesita ninguna justificación. Pero yo se lo agradezco.

—¿Lo dice por mi condición de nortamericano?

—Lo digo por su condición de joven.

Sidney sonreía:

—¿Y con quién me compara? ¿Con la cautiva inglesa o con Droctulft?

—Con los dos, mi querido muchacho, con los dos.

Era una manera delicada de quitarles importancia a los dólares y al pago suplementario que le había hecho Selene.

Cuando, terminada la grabación del primer casete, Sidney salió a la biblioteca, Selene lo esperaba en el corredor. Lo condujo hasta un gabinete con las paredes empapeladas de dorado y ahí le dio de comer.

—Estará muerto de hambre, pobre, tantas horas sin probar bocado.

Durante los tres días en que Civedé estuvo reunido con los muertos, la muchacha pareció haber olvidado la escena de violento amor con Sidney. Pero ahora recuperaba la memoria, la coquetería, los mohines traviosos y pudibundos.

—Coma tranquilo —le advirtió con intenciones oblicuas—, que el señor nunca sale de su biblioteca.

—¿Y a él no le sirve?

—Come muy tarde, a las once. Y después se va a dormir. Sidney trató de sonsacarle cómo había conocido a Ramón Civedé. Quería saber si el relato de Sebastián Hondio se ajustaba a hechos reales ocurridos años atrás. Pero la muchacha no soltó prenda. Era una mujer sencilla, candorosa y sensual que, entendiendo la fidelidad conyugal a su manera, no quiso revelar intimidades que debían mantenerse secretas. Ignoraba que Civedé las había contado por escrito y que Sidney las había

leído. Esta Selene es la última de las Verenas.

Cuando Sidney le propuso ir juntos a la cama, primero se rió como descubierta en una travesura hecha a escondidas, después se puso muy seria, muy mortificada y a continuación le dijo:

—Ya sabía que me iba a pedir eso. Está bien. Pero conste que lo hago para demostrarle que no soy ninguna desagradecida.

Lo tomó de la mano y lo llevó hasta un dormitorio que, pensó Sidney, había sido de Guillermo.

A las diez y media Sidney abandonó el departamento. La noche era cálida y transparente. Cruzó la calle y en la esquina opuesta, sin saber por qué, se detuvo, miró la torre ruinosa donde se refugiaba el Asteríade. Desde una de las ventanas del quinto piso, Ramón Civedé lo saludó con la mano. Le devolvió el saludo.

Ninguno de los dos sabía, ninguno de los dos podía saber que estaban despidiéndose para siempre.

Esa misma noche, entre las once y las cuatro de la madrugada, espoleado por un inexplicable frenesí, Sidney Gallagher, en su habitación del Hotel Mallory, escribió la narración titulada o fechada «1996». A la mañana siguiente le hizo abundantes correcciones manuscritas. Almorzó a las doce en un bar de la calle Maipú y después fue hasta el departamento de French, entregó a Selene los originales de «1996», le dijo que Civedé los leyera y que él regresaría a las cuatro de la tarde.

Se sentía cansado, satisfecho de sí mismo y feliz. Caminaba por Florida hacia el norte. Al llegar a Tucumán oyó los alaridos.

1968-1980

«Pongamos que me llamo Gantenbein», novela (tediosa) de Max Frisch. «Moby-Dick» comienza: «Llámenme Ishmael». Los cardenales ascendidos a Papa cambian de nombre. Los príncipes ascendidos a reyes cambian de nombre. Ascendido a personaje literario, debo cambiar de nombre.

Acabo de leer, en Diodoro Sículo: Hondio, monstruo de los bosques de Tracia que servía de diversión a los dioses. Estoy escuchando los derrames de los paganos en honor de Nuestra Señora de la Flacura*.

* Se supone que alude a «Le martyre de Saint-Sébastien». Los dos paganos serían Gabriel d'Annunzio y Debussy. Nuestra Señora de la Flacura debe de ser Ida Rubinstein, «flaca como las más bellas serpientes», escribió el artificioso Gabriel.

Me presento: Sebastián Hondio.

Retrato del mártir-monstruo: montaje fotográfico de Cecil Beaton para hacer reír a sus amiguitas. Corpachón de hombre alto y corpulento, patas cortas y torcidas de toro, falo de toro (pero menos quebradizo), cabeza de Minotauro, rostro trucado (las facciones del toro y de Pasifae, mezcladas).

Padres: desconocidos (el toro fue degollado y Pasifae se hizo la distraída). Hubo un par de viejos que se atribuían el honor de haberme engendrado. Rechazo esa pretensión. Me compraron (eran muy ricos, había que ser muy rico para comprarme) y me criaron. A los veintidós años (los míos), cumplida su ambición, murieron, y yo me libré del peso de mostrarme agradecido, de ser obediente, amable, burgués.

Los héroes deben ignorar quiénes son sus progenitores y crecen al cuidado de una pareja de padres putativos. Cristo no quiso ser menos. Yo tampoco.

El héroe se distingue desde su infancia por tres atributos: belleza, fuerza e inteligencia. ¿Qué pasó conmigo? Se olvidaron de la belleza y de la fuerza. Soy grande y débil y soy horrible. En compensación, inteligencia por partida triple. Con un obsequio adicional: la memoria del perro Argos. Estoy hecho para comprenderlo todo y para recordarlo todo.

Profesión: sufrir.*

* Plagiado de «El cónsul», de Gian-Carlo Menotti.

Aquiles se disfrazó de mujer, Hércules se disfrazó de hilandera, yo me disfracé de abogado. Quería salvar de la horca al muchachito inocente que le clavó la azada a un hijo de puta.*

* Alusión a un episodio de la vida de Abraham Lincoln cuando era candidato a senador y perdió.

A los minotauros nos atraen los laberintos. Buscamos un laberinto y cuando lo encontramos nos quedamos a vivir en él. Lo recorreremos lentamente, con la esperanza de que en algún recodo nos transformemos en otro, en Teseo. Cuando el Minotauro de Creta vio a Teseo lo confundió con ese sueño, dobló las patas, inclinó la cerviz y mugió con dulzura. Teseo pudo matarlo como a un buey. Después se daba ínfulas, pobre idiota.

Yo encontré mi laberinto en la calle Viamonte, cerca del Palacio de justicia. Es vasto como un palacio apostólico y enredado como el barrio de la judería en Toledo. Tiene escaleras regias, una infinita red de pasillos entrelazados por patios. A cada lado de los corredores, puertas con un número en el dintel. Elegí la puerta que tiene el número 666, la cifra de la Bestia.

El laberinto debería estar vacío, sin otro habitante que yo. Pero durante el día lo invade una horda de abogados, de procuradores y de clientes que litigan por dinero. Sus pleitos son mezquinos, disputas de comadres y de mercachifles. Durante el día me encierro en la celda 666. Espero al muchachito que salvaré de la horca. No viene. Leo novelas.

A la noche, cuando el laberinto se despuebla, lo recorro galería por galería, patio por patio, escalera por escalera, pasillo por pasillo, recoveco por recoveco. Luces brumosas, mortecinas antorchas de llama inmóvil me guían a través de la oscuridad y de la incesante bifurcación.

Por un momento soy feliz. Por un momento soy el único morador del laberinto, le restituyo su locura, su belleza. Me siento poderoso y terrible como el hijo de Pasifae y del toro. Soy una reencarnación del monstruo, cuyo nombre, Asterios, es también mi nombre secreto. Pertenezco a la raza de los Asteríades.

Habrán otros. No los conozco, no sé donde están. Los he buscado a altas horas de la noche por sitios infames. Nos reconoceremos en seguida, pensaba. Una mirada nos bastará. No los encontré. Deben de ocultarse, cada uno en su dédalo. O habrá uno por vez, por cada generación. Uno en cada país, en cada ciudad. No nos es permitido juntarnos, debemos vivir separados y escondidos. Yo había quebrado mi clausura y sería castigado.

Mientras soy joven, mi monstruosidad ya me ha moldeado el falo y las patas. Las prostitutas caen de rodillas como delante de un ídolo. Los sastres, al tomarme las medidas, hacen un gesto de azoramiento que deben reprimir porque dispongo de mucho dinero, soy un buen cliente. Sin embargo mis compañeros de la Facultad algo intuyen en mí: mi presencia los hiela. Me hablan, pero ninguno es mi amigo. Los profesores me toman examen con la expresión de asistir, contra su voluntad, a un espectáculo indigno de ellos. Me pondrán a regañadientes las calificaciones más altas.

Me resisto a creer que el mundo me rechaza. Cuando se es joven, eso parece imposible, uno lo atribuye a un momentánea malentendido que pronto se disipará. Yo, joven, todavía estoy en paz con el mundo. Mi soledad es todavía un noviciado, una espera. No me quejo y soy relativamente dichoso.

Después la espera me parece demasiado prolongada, me abruma, descubro que el dinero puede disipar el malentendido. Por un tiempo me rodeo de prostitutas y de bufones a sueldo. Mis correrías nocturnas son canallescadas. Prefiero no recordar esa época de mi vida, esa desesperada depravación artificial a la que me sometí nada más que por eso, por desesperación.

La monstruosidad de los Asteríades empieza a trepar hasta mi rostro, retoca la forma de mis rasgos hasta entonces provisorios. Las amiguitas aristocráticas de Cecil Beaton miran la foto trucada y no se ríen, hacen un mohín de disgusto. El falo de toro, visible en mi entrepierna, las irrita como una broma soez agregada a un insulto. Cuando se topan conmigo en la calle bajan los ojos, apuran el paso, las más tímidas se detienen a curiosear el escaparate de un comercio de herramientas, de artículos ortopédicos, vigilan por el cristal de la vidriera y después que yo me he alejado siguen caminando a toda prisa, huyen del peligro.

Durante el día me encierro en mi madriguera del laberinto de Viamonte. Ya sé que no salvaré de la horca al muchachito. Leo con voracidad omnívora. Por la noche voy a los lugares infames donde busco a mis congéneres. Sentado a una mesa solitaria, en la penumbra, me embriago y espío. Ningún Asteríade se me acerca. Estarán lejos, ocultos. Sólo me queda la felicidad de los sueños.

Y sin embargo, una noche, todo cambia. Una noche, en una de mis diarias recorridas por el laberinto, encuentro a Ariadna extraviada. Ariadna buscaba a Teseo y me halló a mí. Increíblemente, por no sé qué giro fantástico, me confundió con Teseo. La llamaré Deledda, en homenaje a su novelista preferida.

Leo supongamos, la biografía de un personaje histórico cuyo trágico fin conozco. Desde las primeras páginas, cuando el personaje es todavía un niño feliz y no sabe lo que yo sé, se me encoge el corazón. Todos los episodios de su vida están dañados por el triste desenlace. Si yo fuese un dios, me negaría a conocer de antemano el destino de los hombres.

Siempre veré a Deledda con el rostro, abofeteado, con las mejillas inflamadas por los golpes que yo le propino ocho años después, ella sentada en un sofá, yo de pie, hace cuatro años, la mañana del día en que ella comenzó a morir una muerte de noventa días.

Pero no, debo olvidar ese momento atroz, debo evocarla tal como la vi aquella primera vez en el palacio apostólico. Viene de los roaring twenties, de la posguerra del 14, de las novelas de Paul Morand y de Francis Scott Fitzgerald. Usa la echarpe de Isadora Duncan, la pamelita de Victoria Sackville–West, se peina con los bandós de

Virginia Woolf. Huele a violetas de Parma. Es una veraneante del Negresco de Niza, del Excelsior de Venecia, es amiga de Jean Cocteau, de Diaghilev y de Katherine Mansfield. Pudo asistir al escándalo del estreno de *Le sacre du Printemps*, sentarse a la mesa del rey desterrado Carol de Rumania y de madame Lupescu. La preceden y la siguen la música de Fauré y de Chausson, las canciones de Reynaldo Hahn, las *gymnopédies* de Erik Satie.

No está asustada por haberse extraviado en el laberinto sino asombrada y divertida como si no atinase a descifrar un acertijo. Viene hacia mí, resuelta, para hacerme partícipe de la broma.

—Perdone. Soy una tonta, me perdí. Hace mil horas que estoy dando vueltas sin dar con los ascensores.

Tono de mujer mundana que ya ha agotado el conocimiento de la gente y nadie puede amedrentarla. Tampoco yo. Me mira y no recula. Será porque a la luz de las antorchas no me ve bien, todavía no se ha dado cuenta de que no soy Teseo, de que soy el Minotauro. Aprovechemos. Me ofrezco a guiarla, pero no hacia el patio de los ascensores. ¿Se anima a bajar por la escalera?

Es un sólo piso. Se anima. Pensará que sufro de claustrofobia.

—¿Usted trabaja aquí? ¿Es abogado?

—Soy abogado, tengo aquí mi estudio, pero no trabajo. ¿Otra adivinanza? Deledda se desentiende de la solución.

—Pensé que también usted se había perdido.

—Habría sido para mí una hermosa manera de perderme. Tampoco se da por aludida. Les atribuye a mis palabras un significado a su gusto:

—Sí, es un edificio hermoso.

¿El columbario le parece hermoso? Deledda, he empezado a amarte.

—Esta escalera, por ejemplo. Me siento una marquesa con peluca y miriñaque. Pero usted se ha olvidado de ofrecerme el brazo.

—Perdón.

Le doy el brazo para que los tacones no la hagan rodar por los peldaños demasiados gastados. Trato de mostrarle siempre el perfil. Mi perfil es todavía pasable.

—Por casualidad ¿conoce al doctor Billetdoux?

—¿Santiago Billetdoux? Fuimos compañeros en la Facultad.

—Ah, son amigos.

Típico razonamiento de Deledda.

—Me citó en su estudio a las ocho, pero no encontré a nadie. Por favor ¿me dice la hora?

—Las nueve y diez.

—¿Ya las nueve y diez? Nunca voy a corregirme. Me citan a una hora, llego una

hora antes o una hora después. Seguro que Jacques, que es la puntualidad en persona, a las ocho y un minuto creyó que yo no vendría y se fue. Si no era por usted, seguía dando vueltas como Genoveva en el bosque.

¿Genoveva de Brabante? ¿Alusiones literarias? A mi juego me llamaron.

—Hemos invertido los papeles —le digo.

—¿Sí? ¿Cómo es eso?

—He sido yo quien le dio el hilo a Ariadna.

—¿Y usted quién es? ¿Es Teseo?

—Soy el Minotauro.

Se ríe, sé que me mira. No puede verme las piernas.

—Le fils de Minos et Pasiphaé —recito, ligeramente modificado, el verso de Racine.

Me retruca, rápido, al vuelo:

—J'entends. De vos douleurs la cause m'est connue.

Ni en ese momento ni nunca sabrá que lo que acaba de decir ha dejado de ser un endecasílabo de Phédre.

Vaya, un abogado que cita a Racine.

—Le envidio a Billetdoux una clienta que también cita a Racine.

—Si es por eso, abandono a Jacques y me paso con armas y bagajes al doctor...

—Hondio. Sabastián Hondio.

—Jacques me habló de usted.

Imposible. De todos modos me alarmo.

—Lo quiere mucho.

¿Quién me quiere mucho? ¿Santiago Billetdoux, que en la Facultad jamás me dirigió la palabra y que ahora, cuando por casualidad nos encontramos frente a frente, me saluda con la expresión de una solterona delante de una prostituta?

Pero Deledda, lo sabré pronto, inventa fábulas rosas como otros inventan chismes malévolos. Aquella noche, en el palacio apostólico, me contagió por primera vez su mitomanía.

Digo:

—Yo también lo aprecio mucho.

Después el contagio va a ser frecuente. No, es otra cosa, una especie de delicadeza, el temor de herirla, la vergüenza de que sus fabulaciones queden en descubierto. Entonces me apresuraré a solidarizarme con ella, a secundarla. Si la realidad la pone en ridículo no estará sola. Me tendrá a mí siempre a su lado, cómplice suyo, compinche suyo incondicional y fiel en las duras y en las maduras.

Ya estamos caminando hacia la puerta de calle. Unos segundos más y todo habrá terminado.

—Lamentaría defraudarlo, doctor Hondio. Pero no es un pleito lo que le traigo.

—¿Ninguna testamentaria multimillonaria? ¿Ninguna quiebra de una empresa multinacional? Respiro. De eso no sé nada.

—Apenas una consulta sobre alquileres.

—Mi especialidad —miento.

Sí, con tal de que no se vaya soy capaz de algo más que mentir. Pero hemos llegado a la calle. Los automovilistas, de golpe mis verdugos, me iluminan la cara con los faros de sus coches. No puedo seguir dándole el perfil, la miro de frente. Pondrá la misma expresión de Billetdoux, me saludará fríamente y se marchará casi a la carrera, todavía con un estremecimiento. ¡Dios mío, pensar que estuve hablando con ese tipo, los dos solos en aquel horrible caserón!

Debo de divertir a un dios caprichoso que se aburre, que se complace en cambiar de juego aunque no cambie de juguete. Deledda me mira a los ojos, apoya su mano en mi antebrazo, dice:

—Si no está apurado invíteme a tomar un café.

Todo ha dado un violento giro de ciento ochenta grados. Soy un hombre encantador, gusto a las mujeres, si alguna que otra se ríe de mí es porque se trata de una mujer estúpida y vulgar, no debo hacerme mala sangre, las mujeres cultas e inteligentes me ven como soy, un hombre que las fascina con su personalidad enigmática. Por lo demás, el mundo es un lugar delicioso y la gente es buena.

Vamos al café. Está crudamente iluminado y lleno de gente. Nos sentamos y sin embargo Deledda no se sobresalta, no desvía la vista. Sigue mirándome a los ojos con sus ojos color turquesa, nítidos en el rostro de cerámica rosada. Alrededor se reanuda la ceremonia del culto contra el Minotauro. Lo sé sin necesidad de mirar. Hombres y mujeres se ponen misteriosamente de acuerdo para martirizarme y, puesto que no pueden matarme, para que huya y me esconda.

(Aquí hay un largo párrafo tachado).

Pero Deledda no advierte esa liturgia que yo sigo de reajo, incapaz de sustraerme al dolor. Deledda no mira a nadie más que a mí. Somos Dea y Gwynplaine. *

* Personajes de «El hombre que ríe». Dea es ciega y Gwynplaine, un monstruo.

Los demás no pueden tolerarlo. Dos mujeres se levantan y se van, furiosas. Alguien se ríe a carcajadas y el mozo, cuando nos sirve el café, me arroja una mirada despreciativa. No me importa. Deledda me dice:

—Me gustaría que cualquier noche viniera a comer en casa.

Una semana después somos amantes. Me dirá:

—Lo supe desde el primer momento.

—¿Supiste qué?

—Que si seámos viéndonos me enamoraría de ti.

—Y sin embargo quisiste seguir viéndome.

—¿Qué es eso de sin embargo?

—¿No tuviste miedo?

—¿De quererte?

—De arrepentirte.

—Tonto. ¿No serás tú el arrepentido?

Somos Dea y Gwynplainer, la Bella y la Bestia. Está ciega, nunca advertirá los avances de mi monstruosidad, la cabeza de toro que se me va agrandando lentamente, los rasgos trucados de Pasifae y del toro que se separan como minúsculas galaxias, las patas cada vez más cortas y más torcidas. Algún día Castelbruno, me llamará Toulouse Lautrec. Deledda lo oye, le pregunta, enarcando las cejas:

—¿Por qué lo llamas Toulouse Lautrec?

Castelbruno, borracho, se ríe y no responde, enseguida duerme como un tronco, ronca.

No tengo nada que envidiarle a Protesilao. *

* Héroe de la guerra de Troya, menos famoso por sus hazañas guerreras que por el tamaño de su miembro viril.

Una compensación. Gracias, dioses, dios.

En una noche de amor mató de placer a su esposa Laodamia.

Deledda no sucumbe de voluptuosidad pero, en el momento culminante, balbucea un idioma ininteligible, un lenguaje místico. En la carpa somos Europa y el Toro. Dato adicional y acaso casual: nací bajo el signo de Tauro.

Alquila un departamento enorme, laberíntico, construido para mí. La primera vez tuve la sensación de que Deledda acababa de instalarse, sin tiempo todavía para acomodar las cosas, o que había empezado a mudarse a otro sitio. Quiero decir, una sensación de desorden precario, de transitoriedad. Después voy a saber que alrededor de Deledda siempre flota ese ambiente de preparativos de viaje. Ignoro cuáles son sus medios de vida. Ni ella me lo dice ni yo se lo pregunto. Pronto debo sacarla de apuros con gruesas sumas de dinero.

¿No debería mencionarlo? Sería estúpido. Por lo demás, no la rebaja ante mis ojos. Lo hice porque quise y porque me gustaba hacerlo. Para mí nada tenía valor en comparación con esa generosidad suya: amarme, permitirme que la amara. La felicidad de ir todas las noches a su casa, ser recibido como el invitado de honor, el hombre al que había estado esperando desde niña. Eso me decía y yo le creía. Yo, la Bestia que durante el día se guarnecía en la madriguera señalada con el número 666.

Es hija y nieta de diplomáticos. Vivió de país en país, de ciudad en ciudad. Chapurrea con acento impecable varios idiomas. Ha leído todos los libros, unas pocas

páginas de cada uno. Ama la ópera y el tango. Se casó con un attaché español del que se divorció un año después del nacimiento de Guillermo. Nunca me habla de su ex-marido. No me habla de ningún hombre que haya sido su amante. ¿Debo creer que soy el primero? Entonces creo que soy el primero.

Llego al departamento a eso de las nueve de la noche. Me recibe una Verena de la serie de las Verenas. Deledda las llama a todas así, un nombre que leyó en «El arpa de pasto». Dice que es el nombre más hermoso del mundo. De «El arpa de pasto» sólo recuerda ese nombre y la frase que pronunciaba una negra, Cathy: je suis fatiguée. Y que, cuando lo leyó, lloraba como una Magdalena.

Bien, a menudo dice que ha llorado por esto y por lo otro, la muerte de seres que amó, eso no es ninguna originalidad, pero también lloró la primera vez que fue a la ópera, La Fenice, la primera vez que subió a un transatlántico, la primera vez que vio el mar, el día que conoció a Victoria Ocampo, cuando se enteró en Cannes del suicidio de Alfonsina Storni, cuando recibió una carta de Enrique Larreta, cuando asistió a un concierto de Alfred Cortot, a un recital de Edith Piaf. Pélleas et Mélisande la hace llorar durante toda la función, La Traviata la hace llorar durante todo el último acto, la lectura de «Estafa de cielo» la hizo llorar hasta el sollozo.

—A veces lloro de emoción estética —dice—, como cuando vi el Campidoglio en Roma. No podía contenerme, era más fuerte que yo.

No sé si todas las Verenas merecen llamarse Verena, pero está bien que todas tengan el mismo nombre. Están todas cortadas por la misma tijera: un poco más altas o un poco más delgadas, tienen una figura que se repite bajo el uniforme negro, el delantalillo, la cofia blanca, los guantes blancos.

Todas representan el mismo personaje: la mucama pizpireta, confianzuda, la confianza se la da Deledda o el hecho de que no se le pague con puntualidad. Al ex-embajador Maluganis le dicen señor Memé. A José Sorbello, don Pepe. A mí, señor Sebastián. Entre las instrucciones que les imparte Deledda debe de figurar una: tratarme como si yo fuese el hombre más guapo, más inteligente y más bueno del mundo.

Verena, cualquier Verena de la colección, sale a recibirme alborozada como Penélope delante de Odiseo vuelto de sus aventuras.

—Ay, qué buen mozo que se ha venido, señor Sebastián.

No han leído «El Apollon de Bellac» pero aplican su método. *

* Decirles a los hombres que son hermosos, a todos, no importa que sean feos, viejos, gordos. Lo creerán.

En cambio las botellas de vino, los postres o los helados destinados a la mesa no le arrancan ningún aspaviento. Me los quita de las manos como me tomaría el

sombrero. Pensará que las efusiones de gratitud le corresponden a Deledda, no a ella. Tiene razón.

Oigo las voces de Deledda y de Guillermo que discuten en algún remoto cuarto. Ya habituada a esas escenas o quizá para paliar el mal efecto que, según imagina, me produce una pelea tan poco oportuna, Verena se dedica a distraerme con su charla.

—¿Sabe, señor Sebastián? —mientras yo me apresto a sentarme para no dar el espectáculo de mis piernas. Hoy va a venir una vieja que no me gusta nada. Hace el mal de ojo. La señora Deledda se ríe, pero yo sé reconocer a la gente que hace el mal de ojo. Usted hágame caso: cuando la vieja lo mire, con las dos manos haga los cuernos sin que ella se dé cuenta. A mí esa bruja puede mirarme todo lo que quiere. ¿Ve, señor Sebastián? Tengo un pedacito de coral en el bolsillo.

Los gritos de Deledda han terminado y ahora hace su aparición sin ninguna señal de su cólera de hace apenas unos segundos. Viste una túnica hasta los pies, casco de estrás, largos collares de perlas, más perlas en las muñecas, en los dedos. Viene hacia mí tendiéndome los brazos, ofreciéndome para que se lo bese el rostro bellissimo, iluminado por un vitral que se enciende sólo para ella, el rostro crispado en la expresión que reserva para mí y para mi beso, expresión de arrobato escatológico, una santa que se apresta a recibir la Sagrada Forma. En seguida, de golpe jovial, le dice a Verena:

—Por favor, sírvenos un jerez.

Y se sienta en el sillón que todos sabemos que le está destinado y que no comparte con nadie.

Con mis provisiones en la mano, Verena fragua un semblante desolado.

—Lo siento, señora, pero ayer monseñor Carasatorre se lo tomó todo. No dejó ni una gota.

Deledda suspira.

—Paciencia. Si monseñor oficiase misa más seguido, no se engolosinaría con mi jerez. Entonces sírvenos un whisky. Verena trueca la desolación por el bochorno.

—Ay, señora. Hace un rato la botella de whisky se me cayó al suelo y se rompió.

Deledda pone los ojos en blanco.

—Dios mío. Y ahora qué le damos de beber al señor Sebastián.

Verena tiene una súbita inspiración.

—El señor Sebastián trajo vino. ¿Les sirvo vino, señora? Deledda, pasando por alto el origen de esas botellas providenciales como si fuese un asunto que no debe ventilarse delante de la servidumbre (pero después, a solas, me dice: Tú siempre tan atento, aunque no debiste molestarte, en esta casa podrá faltar el pan, nunca el vino), despacha a Verena con un aleteo de mano.

—Ve, ve. Y no te demores hablando por teléfono con tu novio. Comemos a las diez en punto. Avísale al niño Guillermo que ya llegó el señor Sebastián.

Comeremos a las once o a las doce. La farsa con el jerez liquidado por monseñor Carasatorre y con el whisky derramado no pretende engañarme, como que se repite demasiado a menudo con ligeras variantes. Es un homenaje que me tributa Deledda: delante de mí ciertas miserias no deben dejarse ver a cara limpia, tienen que adornarse con un poco de teatro. Por lo demás, a ambos nos seducen las convenciones artísticas.

Si Deledda se ha vestido así es porque hoy habrá invitados Y cenaremos en el comedor grande, la cámara de Nefertitis lo llama Letizia del Piombo. Misteriosamente alertados de que esa noche Deledda «recibe», aparecerán dos o tres comensales motu proprio, cuya llegada provoca bienvenidas alborozadas y ominosas demoras en sentarse a la mesa, porque cada añadidura de cubiertos significa el agregado de un trozo de carne y de una papa que dehen cocinarse cuando el resto de la comida ya estaba a punto.

Mientras tanto, en el salón, cada uno empuña un vaso cuyo contenido no será renovado, de modo que hay que beberlo con parsimonia, y damos comienzo a la sorboneada.

Según Deledda, los que todavía no me conocían estaban locos por conocerme. A ellos les habrá hecho la misma historia: yo me moría de ganas de conocerlos. Y acaso una recomendación: Sebastián, a primera vista, te parecerá un hombre un poco extraño, pero por favor, sé amable con él. Ya verás, después de tratarlo un rato, que es inteligente, encantador. Cumplían, eran amables conmigo.

Les costaba. Si usaban anteojos se los quitaban para poder mirarme sin estremecerse. O imitaban a las buenas señoras de «La piedra lunar»: miraban varios centímetros a mi derecha, varios centímetros a mi izquierda, como buscándome en la sombra sin atinar a encontrarme. Cuando yo hablaba, fingían escucharme con tanta atención que los ojos se les perdían en el vacío. Pero otros se negaban rotundamente a soportar mi presencia: no volverían nunca más, no sé si por propia voluntad o porque Deledda les hacía saber que tenían la entrada prohibida.

Cinco de ellos no sólo son amables conmigo. Además, intiman conmigo y no apartan los ojos. Son monseñor Carasatorre, abate mundano proveniente del siglo XVIII; el ex-embajador Maluganis, alias Memé, soltero y retirado del servicio; Letizia del Piombo, viuda de un dudoso marqués italiano; José Sorbello, soltero, infatigable compilador de argentinismos, y el doctor Castelbruno, soltero, médico, que ha inventado una terapéutica universal a base de emplastos de barro.

Los cinco sufren (o simularán que sufren, tal vez; son bondadosos) la misma alucinación que Deledda: soy para ellos el hombre más simpático y más encantador del mundo. Y, por añadidura, el más inteligente, el más culto. Bien, en esto no necesitan alucinarse. Los hombres se abstienen de añadir que soy buen mozo. Pero Letizia, cuando Deledda no la oye, me dice:

—Lástima no haberte conocido antes de que te pescara Deledda. No te habría dejado escapar.

Me lo dice a mí, el Minotauro de quien las mujeres huyen en la calle.

Quizá los cinco, con Deledda los seis, escondan alguna monstruosidad que no se manifiesta como la mía en un físico anómalo, pero que simpatiza con la mía y la encuentra atrayente. De todos modos sé que no son de la raza de los Asteríades sino de otra, aliada nuestra.

Los amo. No importa lo que sucederá después, ahora los amo. Si me lo pidiesen, los sumiría en el mismo éxtasis que a Deledda la hace prorrumpir en el lenguaje angélico. Pero Deledda, increíblemente, me cela. Me cela con Letizia del Piombo y con cualquier mujer, aún con las que se niegan a mirarme. No exagero. Yo mismo estoy asombrado.

Los siete vivimos en un mundo que nos pertenece, hasta donde no llega ningún eco de afuera, quiero decir, del país de opereta donde los tirios y los troyanos de arrabal tienen todos los días alguna escaramuza. Deledda no quiere que se hable de política.

(Sigue una colección de retratos de los cinco integrantes del basso ostinato, que Sidney Gallagher en «1996» copiará impunemente, sin saber que yo me adueñaré de su «novela del futuro» y la publicaré. Así y todo, prefiero sus copias, menos detallistas que los originales y con algunas pinceladas satíricas que éstos no tienen. Por eso aquí elimino los retratos pintados por el supuesto Sebastián Hondio, i.e., Ramón Civedé).

Imaginemos, para dar una idea: esta noche, además del elenco estable de nosotros siete (a los cinco Deledda los apoda el passo ostinato) ha venido a comer una adauca, una señorita con aires tajantes de aristocracia. A mí me mira una vez y no me mira más espantada de lo que vio, rechaza la copa de vino que le ofrece Verena y pide, en un tono ofendido, un vaso de agua para reponerse del susto. Debe creer que ha entrado aquí por equivocación. Entonces nos lanzamos a una de esas sorboneadas que ahuyentan a los adaucos. (Lo reconozco: ahora admito que éramos estúpidamente crueles).

—Maluganis, con su cara más candorosa: Los chinos jamás beben agua.

—Monseñor Carasatorre, voz untuosa que surge de un confesionario: Hubo en Calabria una secta de herejes que negaban el bautismo con agua. Interpretando tortua via una frase de Joaquín de Flora, su coterráneo, se bautizaban con vino a la espera del Paráclito, que los bautizaría con aceite.

—Yo, para provocarlo, pero mis irreverencias no lo escandalizan, creo que se complace en azuzármelas: ¿Y después se bebían el vino del bautizo, como ustedes el de la consagración?

—Letizia de Piombo: Tratándose de calabreses no me extrañaría nada. Una vez,

en la iglesia de Santa Eufemia, en Longobucco, vimos con mi marido a una campesina que se tomaba toda el agua bendita de la pila bautismal.

—Yo: No me negará, monseñor, que es preferible el vino antes que el agua y, por supuesto, que el aceite.

—Maluganis, los ojos en blanco: Bello es el pasaje donde el abad de Flora, en su «Concordia novi et veteris Testamenti», evangelio de los joaquinistas que escribió después que un ángel se le apareció en el convento y le dio de beber el cáliz de la sabiduría...

—Yo, lo interrumpo sin miramientos: No quiso beberlo todo y el ángel le dijo que si hubiese apurado toda la copa ninguna ciencia se le escaparía.

—Monseñor Carasatorre, su mansedumbre encubre mal el regocijo de devolverme el alfilerazo: Alcanzó a beber suficiente licor místico como para convertirse en un iluminado.

—Maluganis, un poco irritado porque no lo dejamos lucirse: Bello es el pasaje en el que profetiza la última edad religiosa de los hombres, presidida por el Espíritu Santo.

—Yo: La de la libertad, el amor y la contemplación, la era de los amigos, el verano que dará el trigo y los lirios. El gusto literario por las progresiones le dictó ese poema en prosa. Pero, como profecía, no vale mucho más que las predicciones apocalípticas de los teólogos gibelinos contemporáneos suyos, que por todas partes veían las señales del Anticristo.

La aducta bebe el vaso de agua pero no consigue reponerse del susto. Monseñor Carasatorre, desde el interior del confesionario, la amonesta:

—Un himno goliárdico, atribuido a cierto canónigo Primat, hace alabanza del vino. Recuerdo dos versos: «Vinum sit oppositum morietis ori, Deus sit propitius tanto potatori».

Y uniendo a la catequesis la praxis, se embucha un buen trago del chablis que traje yo.

—Pepe Sorbello, nadie diría que este nombre aparentemente frágil y tímido es capaz de bromas homéricas que, eso sí, sólo perpetra en sus libros que nadie lee: El adjetivo goliárdico deriva del nombre de un obispo Golis o Goliat.

—Yo: me hace reír, monseñor, con eso de cierto canónigo Primat. Pero Hugo Primat de Orléans fue un personaje famosísimo durante la baja Edad Media en todo el Occidente cristiano.

—Monseñor, sonriente: Famosísimo por sus desórdenes. Inauguró una raza de clérigos vagabundos, lujuriosos, jugadores, pendencieros y simoníacos que se decían juglares de Dios pero que no cantaron más que indecencias.

—Yo: Les dieron un poco de alegría a una iglesia demasiado melancólica y a un mundo sombrío.

—Maluganis, pérfido: Ese es un prejuicio suyo, mi querido Sebastián. La baja Edad Media se parece más a un cuadro de Brueghel que a una pintura de Giotto.

—Yo, con el despecho de verme contrariado: No lo dudo. Pero aún así está atravesada por la mugre, por las pestes, por las supersticiones y por los señores feudales. Incluso sus gaudentes y sus vagantes son siniestros. Por lo menos Primat hacía reír hasta a los severos monjes de Cluny, según cuenta Ricardo de Poitiers. *

* Esta cháchara parece inverosímil, extraída de algún tratado de Gebliart o de Renan. Consúltese, sin embargo, el libro «Diálogos de Marco Denevi con Ramón Civedé» (Buenos Aires, s/i). Ahí se verá cómo dos argentinos, en el último tercio del siglo XX, podían sostener este género de pláticas.

La adauca, convencida de que la hacemos objeto de una burla injuriosa, mira a Deledda pidiéndole explicaciones.

La aparición del doctor Castelbruno suspende las sorboneada y sume a la intrusa en nuevos sobresaltos, en nuevas sospechas de que le estarnos tomando el pelo. Castelbruno la abraza como para estrangularla, le propina besos que parecen mordiscos, le hace sentir sus zarpazos. Son modales de Castelbruno, de los que nadie se salva.

Le dice a Pepe Sorbello:

—Te traje un argentinismo.

Pepe bate palmas:

—¿Sí? ¿Cuál?

—Acabo de oírsele a un paciente. Lurpia.

—Qué hermosa palabra. Lurpia. ¿Y qué significa?

—Mala mujer, hija de puta, bruja.

La adauca ya no mira a Deledda para pedirle explicaciones. Ha cortado todo trato hasta con la dueña de casa que con toda mala intención la invitó a este aquelarre. Encapsulada en su disgusto, se dedica a contemplar las paredes.

Deledda sonrío. Está más hermosa que nunca con su peplo griego y una vincha de terciopelo que le atraviesa la frente y le sostiene los bandós. No tengo la menor idea de cómo era Ana de Noailles, pero se me ocurre que Deledda se parece a Ana de Noailles. Maluganis le dice «ma belle Cleó», por Cleo de Mérode. Deledda, halagada. Es tan hermosa que es imposible que no piensen: cómo pudo enamorarse de Quasimodo.

Como el Trigorin de Chejov, Sorbello siempre lleva consigo una libretita donde anota el argentinismo que acaba de regalarle Castelbruno.

—Voy a averiguar el origen de lurpia —dice.

Ya lo averigüé yo. Busqué en el diccionario y estaba. Es un localismo de Orense.

—¿Y significa mala mujer?

—No. Significa vulva.

Pero Castelbruno no ha dicho vulva sino la espantosa palabrota que, para colmo con su vozarrón, golpea en los oídos de la señorita distraída en mirar las paredes. La señorita pide un segundo vaso de agua.

A las once Verena anuncia que podemos pasar al comedor grande. Es un refectorio de doce metros de largo por seis de ancho, con las paredes forradas de madera oscura, una araña de cristal de Venecia y muebles estilo Primer Imperio tirando más a Egipto que a Pompeya. La cena transcurre al resplandor de dos grandes candelabros. La cámara de Nefertitis yace en una penumbra en cuyo centro flota, suspendida del vacío, iluminada por los dos candelabros, la gran balsa resplandeciente de platería, de cristalería, de porcelanas y de encajes. Jamás una flor. Las flores, dice Deledda, son para los muertos, sólo deben ser cortadas para los muertos. Los vivos no tienen derecho de arrancarlas de las plantas y de encerrarlas en un florero. Si algún despistado le trae un ramo de flores, el ramo desaparece en manos de Verena y al día siguiente Deledda lo depositará en la bóveda de la familia, en la Recoleta.

Una vez un botarate le trae una caja de celofán con una orquídea dentro. Deledda, contra su costumbre, no se controla, le dice:

—Se equivocó de fecha. Mi entierro es mañana.

El botarate se ofende, da media vuelta y se va. Deledda arrepentida, gime:

—Dios mío, ese hombre no tiene sentido del humor.

—Yo, en su lugar, mañana te enviaría otra caja de celofán con otra orquídea, una cinta violeta y una tarjetita: sentido pésame.

Sonríe, aliviada:

—¿Ves? Eso estaría bien: me lo tendría merecido. Nos reconciliaríamos.

Pero el botarate no le perdona el exabrupto y la amistad fenece para siempre.

Los platos, por lo general chinos, las copas y los cubiertos provienen de distintos juegos. Cada comensal tendrá delante de sí un servicio de mesa combinado exclusivamente para él, una distinción conferida a su rango. Después de alguna práctica se puede reconocer, en esas combinaciones fortuitas en apariencia, un orden jerárquico. Digamos: si un precioso y solitario vaso de Murano ha sido colocado frente a un comensal es porque ese comensal necesita consuelo, debe ser tratado con especiales miramientos por todos nosotros. Si el infeliz, en babilonia, bebe el vino de la confortación sin una palabra de gratitud, no groseramente directa sino camuflada de elogios hacia el ópalo en el que se lo han servido, Deledda sufre. Ha sido ella la que, un rato antes de que lleguemos, dirigió la combinación de platos, copas y cubiertos. Los aductos deben conformarse con lo que Verena les elija por su cuenta, habitualmente un plato color lacre y copas azules. Desde la cabecera, Deledda le señala a cada uno su sitio. A mí no hay necesidad de señalármelo: el primero a su

derecha, no importa que haya algún invitado de honor, relegado a la primera silla de la izquierda. Si alguien todavía no está enterado, ahora ya lo sabe: soy el amante de la anfitriona. Es increíble pero es así. El amante, no el marido: la otra cabecera permanece vacante. La intrusa descubre, pues, que Deledda además de excéntrica es una viciosa: se acuesta conmigo. Sentada a mi derecha, trata de que yo no la roce ni con el codo y mira hacia su derecha o hacia adelante, nunca hacia la izquierda ni aún cuando Deledda le dirige la palabra. Es una vestal obligada a sentarse junto a un sátiro desnudo, feo y maloliente. En el curso de la noche sacaré a relucir mi erudición mitológica: el falo de los satiros era bífido. Letizia del piombo ríe a carcajadas. ¿Se imaginan las ventajas? Dice. La señorita tose: un trozo de carne se le ha quedado atravesado en al garganta.

Verena y una Verena suplementaria, contratada para la ocasión, entran sonrientes como actrices llamadas al escenario para ser aplaudidas. Deledda les consentirá cualquier desliz menos que no sepan servir la mesa. Las someterá, me imagino, a aprendizajes feroces. Ahora pasan las fuentes y las salseras con lo movimientos impecables de sacerdotisas instruidas desde pequeñas en todos los secretos de la liturgia. Conmigo se permiten algunos ritos especiales, al margen de los ordinarios: soplarne al oído que la salsa de hongos está deliciosa, aconsejarme que me abstenga de las arvejas, duras como municiones. Quieren hacerles ver, a los demás, que yo no soy un invitado como ellos. A sus ojos, mi papel de amante de Deledda me da mucho prestigio. Deledda nunca las regaña por estos excesos de confianza: la ayudan a «imponerme».

Cuando hemos empezado a comer aparece Guillermo. Ahora es todavía un adolescente. Los adolescentes varones suelen ser desgarrados, granujientos y estúpidos. Teoría de Castelbruno: a esa edad los testículos segregan, junto con las hormonas sexuales, el jugo del cretinismo, necesario para que el pobre chico no se dé cuenta de que está transformándose en el sirviente de la mujer. Pero cada tanto, dice, la naturaleza hace una excepción y entonces el adolescente es hermoso y no es cretino, adivina lo que la sexualidad le tiene preparada: la servidumbre en beneficio de la mujer. De modo que, en las vísperas de la esclavitud, aprovecha estos fugaces años de libertad y se dedica a despreciar a las mujeres y a dominar a los hombres. Es el efebo: Ganimedes, Hylas, Jacinto, Antinoo. Introduce el escándalo en las convenciones sexuales. Las mujeres lo miran con una especie de pánico, los hombres se hacen los distraídos, por las dudas.

Pero un hombre no desvía la vista. Un hombre de mirada verdosa, áspero y velludo, de piel más amarga que la piel de los demás hombres. Ese hombre sucumbe ante el efebo. Entre nosotros hay uno, se llama Castelbruno. Como el marqués de Bradomín, detesta a Wagner. Pero, al revés del marqués de Bradomin ama a los efebos. Recuerdo, un día.

—Castelhruno, un poco borracho: Sí, para la Historia el hombre es el protagonista. Para la naturaleza es una simple añadidura sometida a los designios encarnados por la mujer: multiplicaos, hijos míos, multiplicaos aunque nadie sepa para qué. Si el hombre sirve a esos fines, todo le será perdonado. Pero si no sirve nada le será perdonado.

—Yo: ¿Será por eso que se hizo protagonista de la Historia? ¿Para reservarse un ámbito de libertad?

—Castelhruno: Un ámbito de dominio. La Historia es el desquite del hombre contra la naturaleza. En la naturaleza es el servidor de la mujer. En la Historia quiso ser el dueño. Ahora ni eso, carajo. Ahora las mujeres también quieren mandar en la Historia, malditas sean.

—Yo: Las odiás.

—Castelhruno: No las odiaría si no fuesen tan crueles, tan despiadadas. Vos lo sabés.

—Yo, con un candor exagerado: ¿Por qué tengo que saberlo?

Castelhruno: Está bien. Yo sí lo sé. Consiguieron que un hombre, si no les sirve, sea considerado un amoral aunque sea un santo. Hijas de puta.

—Yo: Los griegos y los pieles rojas...

—Castelhruno: Dejate de joder, nosotros no somos griegos ni pieles rojas. Vivimos en una sociedad judeo-cristiana que le dice al homosexual: por el sólo hecho de existir ya estás en falta. Te toleraremos con una condición: no hacer escándalo. Hacer escándalo significa amar.

—Yo: Esos prejuicios ya no los tiene...

—Castelbruno, a los gritos: ¿Quién no los tiene? No los tendrás vos, ni Deledda, ni Letizia, ni Maluganis, ni siquiera monseñor Carasatorre. Pero los tiene la sociedad.

—Yo: Está llena de homosexuales que no son perseguidos.

—Castelbruno: ¿Ah, sí? ¿No me digas? No son perseguidos pero son despreciados. A un homosexual no se le puede dar poder porque se tiene miedo de que lo chantajeen. Y si se tiene miedo de que lo chantajeen es porque la homosexualidad es una vergüenza, un vicio, una enfermedad en el mejor de los casos. Además, fijate la diferencia entre el homosexual y la lesbiana. La lesbiana es una mujer que se pasó de la raya. Arriesga la chismografía pero no se expone a la extorsión. En cambio el homosexual es menos que un hombre porque no les sirve a las mujeres y es menos que una mujer porque tampoco es mujer. Está por debajo del nivel humano. Esto es lo que consiguieron las mujeres.

—Yo: No exagerés.

—Castelhruno: Andá y decíselo a ese ministro que fue obligado a renunciar porque descubrieron que no le gustaban las mujeres.

Esta conversación la mantuvimos dentro de un taxi. Conmigo todas las

confidencias están permitidas: se da por descontado que no estoy en condiciones de condenar a nadie.

Después que Castelhruno descendió del taxi el chofer me dice:

—¿Su amigo es trolo? ¿Con esa pinta de macho? Pero por qué no se pega un tiro.

Años después Castelbruno seguirá ese consejo. Ahora la aparición de Guillermo en el comedor grande le enciende en la mirada ese verde malsano, ese verde mosca.

Guillermo da vuelta alrededor de la mesa saludando uno por uno a los comensales. Su aparición fue saludada por un coro de exclamaciones, de grititos. Reparte apretones de manos, besos, abrazos. Como empezó por el invitado ubicado a la izquierda de Deledda yo soy el último y entonces parece ya tan harto de carantoñas que me dedica un saludo distraído. Después va a ocupar la otra cabecera, el sitio que le está reservado, la silla de Adonis. Se produce un momentáneo silencio. Todos lo miran como para cerciorarse de que es verdad, el joven dios, el efebo heráldico (misterioso título que una vez le dio monseñor Carasatorre) está ahí, sentado a la mesa. Ha consentido en venir y a lo menos por una hora no los abandonará. Los hombres que lo ven por primera vez parecen incómodos. Las mujeres que lo ven por primera vez lo miran, pensativas, como si sospechasen que se les ha tendido una trampa.

Después todos, el bajo continuo, los invitados ocasionales, los aductos, todos quieren lucirse delante de él. Su presencia no paraliza la lengua de nadie, se las enardece. Rivalizarán entre ellos como fieras para demostrarle que son simpáticos, que son encantadores, que son inteligentes, cultos, desprejuiciados, que no todas las ventajas están del lado de la juventud, que los muchos años tienen sus compensaciones, lo han vivido todo, lo han conocido todo, disponen de experiencias y de recuerdos que a él le faltan todavía, sacan a relucir sus viajes, sus aventuras, sus anécdotas siempre frescas, siempre renovadas, y si alguien toca un tema cualquiera los demás caen sobre el tema y se lo disputan a dentelladas. Los asuntos más escabrosos son desnudados y paseados delante de él sin ningún remilgo, sin el menor tapujo, al contrario, con la perversa fruición corruptora que los puros estimulan en los nostálgicos de una inocencia perdida demasiado pronto y demasiado abruptamente.

Pasan de un análisis malévolo de las razones que le permitieron a Ana de Foligno ayunar durante doce años sin que se le perjudique la salud, a una polémica sin pelos en la lengua sobre los ritos iniciáticos de los Templarios, de ahí a una interpretación pornográfica de la glosolalia de las hermanas Fox, y de ahí a la refutación ardorosa de una teoría cismática de Castelbruno, según la cual la Iglesia que fundó Cristo era la comunidad de los esenios del Mar Muerto y no la de los cristianos acaudillados por el impostor Pablo de Tarso.

Yo entremeto en esas sorhoneadas mi voz pedante, insufrible, mis ironías, mis pullas, echo más leña al fuego con mis irreverencias; con paradojas y

argumentaciones que tienen la virtud de no permitir que la conversación languidezca.
Recuerdo:

—Deledda: ¿San Aducto? Nunca oí hablar de San Aducto. Monseñor Carasatorre: Significa añadido. Como no se sabe su nombre, fue añadido al martirologio de San Félix.

—Yo: La Iglesia es tan codiciosa de santos que no quiere perder ni a los anónimos y les inventa un nombre sin temor al ridículo.

—Deledda: ¿Figura en el santoral?

—Monseñor: Por supuesto. Su memoria se celebra el 30 de agosto.

—Castelbruno: El día de mi nacimiento. Me salvé de llamarme Aducto.

—Monseñor: Y de llamarse Rosa. El 30 de agosto de también la fiesta de Santa Rosa de Lima.

—Sorbello: En el campo el nombre de Rosa es aplicado indistintamente a varones y mujeres.

—Letizia: En el campo, mi querido, el santoral hace estragos. Cuando yo era chica teníamos en la estancia un peón que se llamaba Siete Fundadores.

—Monseñor: Habría nacido un 12 de febrero.

—Yo: En cambio defenestraron a San Jorge. Lo siento por él, no por el dragón.

—Deledda: Cómo. ¿San Jorge ya no es santo?

—Yo: Inglaterra y Abisinia se quedaron sin su patrono. Pero el dragón puede dormir tranquilo, pobre animal.

—Letizia: Primero los hacen subir a los altares, después los desalojan. No es serio.

—Yo: Ya la habían hecho bajar a Santa Filomena de Mugnano.

—Monseñor: Nunca había subido. Tampoco Julián el Hospitalario. Son santos de leyenda.

—Castelbruno: ¿A los católicos no se les va la mano con tantas vírgenes y tantos santos?

—Monseñor: Eso debe regocijarnos. Prueba la abundancia de la virginidad y de la santidad.

—Letizia: Arduino, no comprendiste. Castelbruno te pregunta si no exageran el culto por la virgen tal o por la virgen cual, por San Fulano y San Mengano. Casi casi ha desplazado al culto por el sencillo Dios.

—Yo: Les matan el punto al paganismo y a los mil dioses de la India.

—Monseñor: Hijos míos, Dios es tan infinitamente grande que los hombres necesitamos llegar hasta Él a través de gradaciones, de peldaños. Los santos, humanos como nosotros, son la escala que nos conduce, que nos eleva hacia el Todopoderoso.

—Yo: ¡El Todopoderoso! Es una palabra que da escalofríos.

—Castelbruno: ¿No tienen miedo de que la fe de la gente se atasque a mitad de camino, engolosinada con esos intermediarios más reconocibles?

—Yo: O con la mera estatuaria.

—Monseñor: Mi querido Sebastián, le daré la misma respuesta que Gregorio II le dio al emperador León el Isáurico.

—Yo: La conozco, monseñor.

—Deledda: Dios mío, Sebastián, qué no habrás leído, tú.

—Pepe Sorbello: Isáurico significa semi bárbaro.

Desde entonces llamamos adauctos a los comensales añadidos a última hora, isáuricos a los que nos miran con ojos catatónicos sin participar de las sorboneadas. La señorita sentada a mi derecha es una adaucta isáurica.

Letizia es capaz de preguntarles:

—Perdón. ¿Usted no será adaucto, por casualidad?

El otro la mira azorado:

—¿Si soy qué cosa?

—Ah, no. Me habrá parecido.

Cada tanto vienen unos caballeros escuálidos, envejecidos, que comen en silencio, que beben en silencio la copa de la confortación, pero que ni siquiera nos miran con los ojos atarantados de los isáuricos. Aparecen de a uno, por turno. Después no volverán nunca más. Nadie, incluida Deledda, los recordará, los mencionará nunca más. Una noche, una comida, el vaso de Murano, y después el olvido. No sé por qué, pero se me ocurre que son antiguos amantes de Deledda a quien le hacen una visita ad limina antes de morir.

Guillermo come sin ganas, si es que no rechaza plato tras plato. Nunca prueba lo que yo he traído. Pero está atento a la conversación salvo cuando hablo yo, porque entonces mira fijo a Deledda (a Deledda pendiente de mis labios) como pidiéndole explicaciones. Sé que repito esta frase. Porque la escena se repite: más de una vez alguien mira fijo a Deledda como pidiéndole explicaciones, explicaciones sobre mi presencia, alguna justificación de por qué yo estoy ahí en lugar de estar escondido donde nadie me vea. Entonces Deledda me toma una mano, me hace algún mimo. Está ahí porque lo amo, les dice. Y después los despedirá de modo que no vuelvan. A la adaucta isáurica sentada a mi derecha la acompañará hasta la puerta, le dirá:

—Adiós, mi querida. Nos volveremos a ver. Con una condición: que no le coquetees a Sebastián, soy terriblemente celosa.

Y la sonrisa de Medea. La adaucta isáurica, al borde de la asfixia, corre a la calle a respirar aire puro.

Letizia, para desagraviarme:

—¿De dónde salió esa mujer? Deledda, cuando la invites a ella no me invites a mí. ¿O no te diste cuenta? Tiene el halo negro.

Guillermo, en la mesa, sigue con atención los delirios de la sorboneada y si hay que reír ríe, excepto cuando hablo yo. Pero a mí no me engaña, tiene el aire mitad socarrón y mitad divertido de quien asiste a una junta de chiflados inofensivos a los que se les celebra las locas ocurrencias sin tomárselas en serio. Aprovecha el momento en que nos levantamos de la mesa para escabullirse sin saludar a nadie. Volveremos al salón, donde su ausencia abre una tregua en nuestras rivalidades. Empiezan a oírse los timbrazos. Son los amigos que según Deledda vienen a estudiar con él, muchachos de su edad a los que vemos desfilar rumbo al inaccesible cuarto donde se reúnen casi todas las noches. Trato de que no me descubran. Guillermo les habrá dicho: ¿vieron al engendro? O algún otro apodo más insultante. Yo estaba sentado en un retrete, en los baños de la Facultad. Entraron varios compañeros de mi promoción, no sabían que yo estaba ahí, escuchándolos, y me nombraron. Tardé una hora en salir del retrete, no podía dejar de llorar.

Después, en el salón, reanudamos nuestras polémicas, ya sin el entusiasmo frenético que Guillermo nos inspira. Castelbruno ha salido del comedor grande medio borracho y ahora se emborrachará del todo. Se duerme y ronca. A la madrugada hay que despertarlo, se pone del mal humor y se va sin despedirse. Los demás invitados también se van. Desde el dormitorio oímos las voces de los Beatles que cantan a todo lo que da en el cuarto donde se supone que Guillermo y sus amigotes se han reunido para estudiar. ¿Qué dice Deledda, ahora? Deledda no dice nada. Hacemos el amor, una vez por noche. Pero, modestia aparte, qué vez. En la cama y en la oscuridad soy el más bello de todos los hombres. Si Guillermo se ha propuesto boicotearme con su música se equivoca, su proximidad me excita, su despecho porque soy el amante de su madre contribuye a mi placer. Deledda, en la culminación, balbucea su esperanto de la voluptuosidad, la glosolalia que haría enmudecer de envidia a las hermanas Fox.

*

* «Les nouvelles chansons de Bilitis», traduites du volapouk par M. Sébastien Hondio.

¿Su despecho porque soy el amante de su madre o porque soy (aparentemente) insensible a su seducción, a su belleza? Monseñor Carasatorre lo llama efebo heráldico. Maluganis lo llama hieródulo. ¿Sabrá lo que significa hieródulo? Sonríe halagado. Debe de adivinar que Castelbruno se emborracha por él, habrá visto su mirada verdosa encendida de un amor terrible, acaso el más terrible de todos. Sus amigos, según Deledda, lo adoran. A lo menos vienen todas las noches, no precisamente a estudiar. Yo soy el único que no se pone de hinojos delante de él. Y encima me atrevo a ser el amante de Deledda. Me odia por eso no pierde oportunidad de demostrarme que me desprecia y que no me soporta.

Hay noches en que no vienen invitados. Cenaremos en el comedor chico, que yo

llamo el gabinete de la princesa Bibesco, la parienta rumana de Ana de Noailles, pequeño, decoración art nouveau, paredes forradas de papel dorado, lámparas en forma de hongo, pantallas de seda con flecos. Deledda se disfraza de flapper, falda muy corta, collares hasta la cintura. Sólo le falta la boquilla de Theda Bara. Cenaremos a las diez en punto.

Son las noches en que casi no hablo, habla todo el tiempo ella. La noche de los recuerdos, de repasar el álbum de fotografías de su memoria, el diario íntimo que jamás escribirá pero que crece en sus palabras, le va agregando personajes, episodios, descripciones. La memoria de Deledda lo embellece todo. Es su vocación artística, su vena poética. No seré yo quien se la malogre. Por lo contrario, le doy cuerda. Evoca un mundo que amo, encima embellecido por su fantasía. El abuelo embajador, el padre embajador, los tíos ministros, los primos dandies, las primas casadas con aristócratas de Passy, las tías de Florencia, las amigas de la nobleza negra, para todos tiene una misma expresión: eran o son un sol. Bailó con Umberto di Savoia, un sol. Alcanzó a visitar a Colette, un sol, en su departamento del Palais Royal. Gilda dalla Rizza, Ninon Vallin, Foujita, el conde Grandi, Serge Lifar, Leonor Fini: soles, soles, soles.

Mezclará sus propios recuerdos con lo que oyó, con lo que le contaron. ¿Qué importa? Es mitómana, debo decir ¿no es cierto? Mitómana, fabuladora. Y bien, no, no lo digo: no falta a la verdad sino que la retoca, la va despojando de sus fealdades, de sus imperfecciones y la reduce a lo que tenga de bueno y hermoso. Novelaba con el desparpajo de los niños y de los literatos y a menudo, olvidada hoy de lo que había creado ayer, pintaba dos imágenes distintas de un mismo rostro, las dos igualmente bellísimas. Un filtro: la torpe vida pasaba a través de ese filtro y quedaba expurgada de sus torpezas. En el fondo había bondad y agradecimiento en sus fabulaciones, el deseo de que la realidad, siquiera en su Versión, no se rebajase a ser menos que sus ideales. También a mí me retocaba, también a Letizia del Piombo, a Maluganis, a todos los amigos que amaba. Qué no habré hecho para no desmentir siquiera la fábula de que yo era el hombre más culto y más inteligente del mundo.

Ahora soy yo quien recuerda. En comparación con los suyos mis recuerdos son pocos y giran siempre alrededor de las mismas personas. Si escribo este relato es para defenderlos, para proporcionarles una memoria aún más obsesa que la mía. Sé que voy a releer una y mil veces lo que ahora escribo. Sé que lo que ahora escribo me parecerá demasiado esquemático, demasiado pobre. Me detengo en los recuerdos más felices. A los otros los atravesaré a la carrera. Pero mi memoria no fabula, creo. He podido escribir que Deledda me sacaba grandes sumas de dinero, que la he mantenido, que los he mantenido, a ella y a Guillermo, durante años. También he escrito que todo el dinero que haya podido darle no alcanza a pagar la felicidad que le debo. Ayer, por televisión, un crítico con barba y lentes dijo que cuando un autor

describe el color de los ojos o el timbre de voz de un personaje cierra el libro, porque no admite que prescindan de su imaginación. Yo no escribo para estimular la imaginación de nadie sino para consuelo de mi corazón. Por eso este relato es minucioso: por mucho que recuerde, siempre a mi corazón le parecerá que olvido como olvidan los desagradecidos y los desamorados.

Cuando Deledda me habla de sus parientes, de su vasta familia, me pregunto: ¿dónde están ahora? ¿Por qué no la visitan? ¿Han muerto todos? Pero algunos la llaman por teléfono, me dice que habló por teléfono con una prima, con una tía, con un primo. Los cita por sus sobrenombres, se refiere a ellos con sobrentendidos, como si yo los conociese, nunca termino de identificarlos, nunca sabré quiénes son esa Finita, ese Bebe, esa Vicky. Pero ¿por qué nunca aparecen? Deledda no va al teatro, jamás me pide ir a comer en un restaurante. Su única diversión: invitar a sus amigos en su casa. Más de una vez sospecho que soy yo quien la condena a esta vida, casi recoleta a pesar de las frecuentes comidas con invitados. ¿Qué hará durante el día? Lo ignoro, no quiero saberlo.

Guillermo se demora en venir a sentarse a la mesa. Verena debe llevarle los mensajes cada vez más perentorios de Deledda, quien excusa conmigo:

—Es que hoy no anda muy bien de salud. Volvió del colegio con retortijones de estómago.

Sonrío:

—Los retortijones se los provooco yo.

Deledda hace aspavientos:

—Pero no. ¿Por qué? Si Guillermo te adora. Pasa que es un muchacho, así, un poco neurótico. Tiene a quién salir.

Alude al attaché español, expulsado del álbum de fotografías.

—En el fondo es un sentimental como yo, pero está en una edad en que no sabe qué hacer con sus sentimientos. Le pasa hasta conmigo. Pero te garanto que te quiere mucho, te admira. Está deseoso de ser tu amigo. Si fuera por él, yo nunca tendría que invitar a nadie porque eso le impide la intimidad que necesita para soltar la lengua. Siempre me dice: Sebastián creerá que soy un infradotado, dile, dile que si no hablo es porque me sacan de las casillas todos esos locos que mi madre recolecta por ahí. Ya verás, esta noche, cómo te acosa con preguntas. Y tú, por favor, sé amable con él, toma la iniciativa. Se las da de arrogante pero es tímido, es vergonzoso.

Guillermo no parece muy apurado por gozar de la intimidad que según su madre necesita para ser simpático. Deledda, sin reparar en esa desmentida, insiste con Verena:

—Avísale al niño Guillermo que si no viene ahora mismo esta noche no come.

Yo ironizo:

—¿No estará de veras enfermo?

Deledda finge alarmarse:

—Dios mío, tienes razón. Verena, pregúntale si quiere que llamemos al doctor Castelbruno.

Justamente a Castelbruno, en cuyas cataplasmas de barro no confía y de quien alguna vez me ha dicho:

—Es un sol, pero a veces tengo miedo de que esté loco.

Una de dos: o Guillermo manda decir por Verena que prefiere acostarse porque no se siente bien (y sin embargo los servicios de Castelbruno no son requeridos) o finalmente hace su aparición en el comedor chico sin el menor síntoma de retortijones de estómago o de cualquier otro desarreglo de salud, pero tan fastidiado que me extiende la mano sin mirarme, mirando a Deledda:

—Mamá, te dije que esta noche no comería.

Ella simula que no estaba enterada y que la salida la desconcierta:

—Pero Guglielmo ¿en qué quedamos? ¿No me pediste que comiéramos los tres solos para poder hablar a tus anchas con Sebastián?

La educación le veda a Guillermo desmentir en mi presencia ese flagrante embuste, pero no le impide tomar su plato, sus cubiertos y su servilleta e ir a ubicarse en el otro extremo de la mesa. Deledda simula no darse cuenta del desaire, distraída por la reanudación de sus recuerdos del pasado. Él parece no oírla, pero devora la comida como para poner bien en claro que si le había dicho que esa noche no iba a comer con nosotros no sería por falta de apetito. Cuando Verena sirve el postre adquirido por mí, suspira que ya no puede pasar un bocado más y en seguida se va, llamado por el primer timbrazo de sus amigos mientras Deledda protesta:

—Guglielmo ¿qué modales son éstos? ¿Te levantas de la mesa sin pedirme permiso, sin disculparte con Sebastián?

Es inútil: se va con el pretexto de que mañana tendrá exámenes y debe estudiar. En estas noches sin invitados Deledda y yo tenemos en el salón nuestra soirée musical. Dice que de niña aprendió a tocar el piano, que tuvo profesores famosos, pero perdió la práctica y ahora el piano de cola permanece cerrado. Hacemos girar mis discos en un pequeño tocadiscos que le regalé. Música clásica, Edith Piaf, tangos.

Los Kindertotenlieder le arrancan lágrimas. Me dice:

—Dios mío, es una música demasiado hermosa para llorar la muerte de un niño. Mahler no tenía derecho.

Y sin embargo todas las veces quiere escucharla. La escucha tomándome de la mano y sollozando. También llora cuando la piaf canta «Mea culpa». A medianoche nos vamos a hacer el amor. A medianoche, en el cuarto de Guillermo salmodian los Beatles.

Pequeño rufián. Pequeño y odioso rufián. Alguna vez he oído una discusión entre ellos.

No saben que he llegado, que oigo sus gritos.

—¿Estás loco? Es mucho dinero.

—Tengo que pagar la matrícula mañana mismo.

—Imposible.

—¿Y entonces qué pretendés? ¿Que deje de estudiar?

—Hablaré con el rector.

—Estás chiflada, completamente chiflada.

—¿Pero de dónde quieres que saque tanto dinero?

—Es asunto tuyo, no mío.

—Guglielmo, eres cruel. Sales a tu padre.

—Ya me lo dijiste miles de veces.

—Te lo diré una vez más, eres igualito a tu padre. ¿Sabes quién era tu padre? Un chulo disfrazado de attaché. Habría sido mejor que hubieses ido a vivir con él. Habrías estado en tu elemento.

—No lo dudes.

—Te has propuesto matarme a disgustos. Pero te prevengo una cosa, no lo conseguirás.

—Todavía está por verse quién matará a quién.

—Eres de un cinismo que tu padre te envidiaría.

—Basta, mamá, por favor.

—Eso es, basta. Yo debo callarme. Tú no, tú sigue faltándome al respeto.

—¿Vas a darme o no vas a darme la plata para la matrícula?

—Está bien. Hablaré con Sebastián.

Hablará conmigo. Yo doblo las patas, inclino la cerviz y mujo dulcemente. Deledda podría clavarme un estoque entre los ojos y yo no me defendería. Le doy el dinero para que el pequeño rufián pueda seguir estudiando en un colegio religioso, carísimo, al que concurren muchachos de la alta sociedad, de doble apellido. Lo detesto. Y él se da el lujo de despreciarme. La felicidad siempre tiene algún precio. Para mí el precio es muy alto, pero lo pago sin protestar. Una débil protesta, y corro el riesgo de perder mi única felicidad. Los seres desdichados somos los más manejables.

Aunque debió de ocurrir de un modo gradual, en mi memoria el efebo heráldico queda reemplazado de golpe por el dios olímpico. No recuerdo transiciones, es curioso. El dios olímpico aparece para anonadarme con su sola presencia. El rostro de Apolo, con los rasgos increíblemente simétricos, sujetos por un resorte que se los mantiene firmes. La mirada soberbia, impasible. Cuando sonrío, es porque los pobres mortales le causan gracia. A mí me observa desde muy arriba, desde la cumbre del Olimpo, todas las veces reprime la misma expresión, siempre la misma, la sorpresa, en seguida el disgusto de verme, de comprobar que me atrevo a estar ahí, delante de

él, que no he cambiado, que persisto en mi monstruosidad. Me tiende la mano, sin una palabra, y después se negará a volver a mirarme hasta la próxima vez, cuando se sorprenda de que entretanto no cambié, de que no he renunciado a disgustarlo.

Ahora estudia abogacía en una universidad privada. No averiguar de dónde salen los fondos para los aranceles y los libros. Se salva de la conscripción ¿cómo un dios va a vestir uniforme? gracias a no sé qué gestiones de monseñor Carasatorre y ex aequo, del ex-embajador Maluganis.

—Deledda: ¿Has visto qué cambiado está Guglielmo? Ya no discute más conmigo. Se ha vuelto tan sereno, tan maduro. Y tan señor. Sale a papá. Papá era como él, se le notaba el señorío hasta cuando estaba borracho.

Muy de tanto en tanto accede a comer con nosotros, siempre que haya invitados, porque si no los hay se rehúsa a compartir la mesa del gabinete de la princesa Bibesco. Muchachas y muchachos vienen todas las noches a buscarlo, se van no sé a dónde.

Durante las cenas en el comedor grande, a cada rato entra Verena con el estribillo:

—Niño Guillermo, lo llaman por teléfono.

Deledda, pura teatralería:

—Por Dios, Guglielmo, no te dejan comer. Que te llamen más tarde.

Pero, a solas conmigo, está orgullosa:

—Las mujeres lo tienen loco. Es que es tan guapo. Un sol.

Ya archivó la cantinela de que Guillermo quería ser mi amigo. Finge no advertir la tirria que me tiene, el menosprecio con que me trata. Finge no advertir que lo detesto. No sé si le pide que sea amable conmigo. A mí ya no me pide que sea amable con él, que tome la iniciativa. Se ha resignado y ahora apela a la técnica del avestruz. Pobre Deledda, madre de Apolo y amante de Marsias.

Durante todos estos años ha estado prohibido hablar de política en su presencia. Nuestras sorboneadas ignoran los tumultos de afuera, las huelgas, los cuartelazos, el tétrico vaudeville de peronistas y antiperonistas. Pero una noche, entre los invitados, hay un aducto traído por Castelbruno, un señor de aspecto eclesiástico, un protonotario apostólico que difunde a su alrededor el perfume del incienso. Sentado en uno de los sillones del salón, una copa de vino en la mano, nos mira muy serio y con cara reprobatoria. Es que hemos iniciado uno de nuestros coloquios herméticos.

—Monseñor Carasatorre, oleaginoso: Fue Dioclesiano quien inventó la Tetrarquía, una Trinidad de hecho, puesto que el Júpiter capitolino o solar y el Hércules boyero asumían el papel del doble bajo el nombre de «los dos Césares». Como sabemos, la Escuela de Alejandría fechaba la Era de los Mártires en el reinado de ese emperador. Y su calendario se utilizó hasta el siglo V.

—Maluganis, insidioso: Pero persecuciones contra los cristianos las hubo antes, bajo Septimio Severo.

—Yo: También bajo Caracalla y Aurelio.

—Monseñor Carasatorre, con su santa paciencia: Los sacerdotes, por ese mismo tiempo, dejan de estudiar las costumbres de los peces, que desaparecen de los mosaicos, de los himnos cristianos y de la propia Cena. *

* Esta cháchara procede directamente y casi al pie de la letra de la delirante «Histoire des mythes», de J. Ch. Pichon. Se supone que los contertulios de Deledda se sirvieron de ese libro para mofarse del aducto.

Pero de golpe estalla el escándalo. El protonotario apostólico habrá renunciado a comprender pero no renuncia a hablar. Dice:

—Usted mencionó la Tetrarquía. ¿Y quién inventó la sinarquía? Nadie responde, no porque no sepa qué es la sinarquía sino porque no sabemos a dónde quiere ir a parar el aducto.

—La sinarquía internacional, que es la que en 1955 lo derrocó a Perón.

Todos miramos a Deledda. Ha palidecido: alguien se atrevió a pronunciar, bajo su propio techo, el nombre tabú. Ajeno a nuestros sobresaltos, el protonotario apostólico prosigue:

—Pero pronto Perón volverá al país. No hay sinarquía que pueda impedir que Perón vuelva.

Entonces ocurre un fenómeno curioso: como si la violación del tabú hubiese levantado las demás prohibiciones, se lanzan a un frenético debate sobre política. El tiempo transcurrido desde entonces no ha conseguido borrar la impresión que tuve en aquel momento: que me descubren un rostro desconocido. Pepe Sorbello se revela peronista. Castelhruno, izquierdista. Maluganis, militarista. Letizia del Piombo, fascista. Monseñor Carasatorre, medieval: todavía cree que el Poder viene de Dios, cree que los gobernantes lo son por la gracia de Dios. Deledda no abre la boca, como si su condición de anfitriona le vedase intervenir en esa polémica entre sus invitados. Pero la conozco: está ofendida y espantada.

No es para menos. Así, la realidad más amarga, la de la política, ha entrado en su casa y descompone las palabras, las imágenes. Un viento sofocante, un mal olor, una horrible borrachera, y los invitados se transforman en energúmenos arrebatados por pasiones vulgares, por un repentino odio. Striptease de Pepe: sólo Perón puede arreglar al país. Striptease de Castelhruno: mientras el país esté dominado por la oligarquía, nos comerán los piojos. Striptease de Maluganis: necesitamos por lo menos veinte años de régimen militar. Striptease de Letizia del Piombo: pero por favor, qué democracia, la democracia es puro comunismo. Y ese introductor de la discordia, el protonotario apostólico, que dice: Pierda cuidado, señora, ya Perón se encargará de poner al comunismo en vereda, y Castelbruno, las vociferaciones de

Castelbruno: Dejate de joder, Mario, con Perón, Perón ya no pone en vereda a nadie.

Es posible que la discusión no haya sido tan violenta pero yo la recuerdo violenta, quizá porque la asocio con Deledda, con la expresión de Deledda mirándome, diciéndome con la mirada: ¿Qué les pasa? ¿Éstos son mis amigos? Seré siempre su aliado, su cómplice: mantengo el mismo silencio que ella, debo de haber sido capaz de copiarle su expresión ofendida, escandalizada. Íntimamente no estoy de acuerdo con nadie. Soy un descreído de la política. Todo hombre que dispone de Poder se convierte en verdugo de los hombres. Las únicas revoluciones, las verdaderas, las auténticas, son las que prescinden del Poder. Digamos: la invención de la escritura, la cibernética. Pero la revoluciones que se sirven del Poder o que se cumplen desde el Poder no modifican la estructura del Poder y, a la corta o a la larga, ese Poder intacto recompone el mismo statu quo contra el cual se hizo la supuesta revolución. Si Cristo hubiese querido ser el sucesor de Caifás o de Herodes desconfiaría de él. *

* Pero el cristianismo se impuso en el mundo gracias al Poder. ¿Dónde se impuso? .En el corazón de los hombres, que es su único reino? Ahí el poder lo hizo pedazos. Ya el cuarto Papa, Clemente I, introduce en la Iglesia un espíritu autoritario que Cristo habría condenado.

La polémica, prohibida en casa de Deledda durante tantos años, se desborda, invade el comedor grande, la cámara de Nefertitis, corrompe la comida, la bebida, deja a Deledda muda en la cabecera. Hasta las llamas de los candelabros parpadean estupefactas. Sólo las Verenas sonríen como siempre, como si el manejo de las fuentes les impidiese oír.

Todavía aguarda a Deledda la última revelación de la noche: Guillermo permanece unos minutos callado, escuchando, ya no con la habitual semisonrisa de suficiencia, de tolerancia por los disparates de nosotros, los chiflados, sino con un rostro ceñudo, reconcentrado, como si estuviese atendiendo la propuesta de algún arduo negocio. Pero de golpe se dirige a Maluganis:

—Usted dice que Perón fue un falso redentor de la clase obrera. ¿Por qué?

El ex-embajador, convencido de que el dios lo invita a lucirse, carraspea, se pasa la servilleta por los labios, pone los ojos en blanco. Los demás esperan en silencio, dispuestos, si tarda un poco, a robarle la oportunidad de lucimiento.

—Un redentor, lo admito, porque les hizo conocer la experiencia de que el gobierno no era, para ellos, res inter alios acta, si me explico.

—Perfectamente.

—Pero falso porque esa experiencia no pasó de una ilusión. En verdad Perón gobernó para sí mismo.

—Una ilusión es también valiosa, embajador. Impulsa, al que la tiene, a convertirla en realidad.

Un minuto de sorpresa universal. Deledda está mirando a su hijo como si sospechase que se lo han cambiado por otro. Después los demás exultan.

—Muy bien, Guillermo, muy bien —se babea Pepe Sorbello.

—Pero una ilusión que se frustra durante muchos años termina en un gran resentimiento —ruge Castelbruno, a quien la presencia de Guillermo siempre le produce un estado de exaltación.

—Reconozco que esa fue la astucia de Perón. Se las arregló, para que la ilusión pareciese una realidad. Y los que vinieron después se encargaron prolijamente de hacerles creer a los trabajadores que sin Perón debían perder todas las ilusiones. Ahora llegó el momento, incluso para Perón, de hacer coincidir la ilusión con la realidad.

Todos lo contemplan, admirados, un poco aturdidos, como si el dios hasta entonces silencioso hubiese comenzado a pronunciar oráculos. Yo también, lo confieso. Deledda se emociona, le brillan los ojos: de golpe comprende que, sin ella saberlo, Guillermo se ha transformado en una lumbrera.

—Le diré, joven —el protonotario apostólico se infla como un merengue, pero el dios alza la mano y lo hace callar. De golpe es el único que parece tener autoridad para hablar de política.

—Permítame.

Y de nuevo se dirige a Castelbruno:

—Si Perón no lo hace, será el fin del peronismo.

Castelbruno estruja la servilleta, gruñe:

—No lo hará. El zorro pierde el pelo pero no las mañas.

—Lo hará, Félix, lo tiene que hacer. Es una cuestión de vida o muerte.

Anoto: Guillermo es el único que llama a Castelbruno por su nombre de pila.

—Tendrían que obligarlo —masculla Castelbruno, cada vez más sombrío, como si el hecho de que Guillermo se dirija siempre a él lo apabullase. Pero quién puede obligarlo.

—La juventud. La juventud de ahora, empezando por la peronista, no es la de 1945. El destino del país está en manos de los jóvenes. Y a los jóvenes ya ni Perón podrá engañarlos.

Todos callan. Las pasiones se han dormido, medidas por esa voz que desciende desde lo alto para mitigar todas nuestras zozobras. Lo aborrezco.

Comentarios de Deledda en el dormitorio:

—¿Qué me dices de Guglielmo? ¿No estuvo maravilloso? Te soy sincera: no lo creía capaz de expresarse así, con ese aplomo, con esa sensatez. Se me ponía la piel de gallina, oyéndolo. ¿Y qué me cuentas de Pepe? Peronista. ¿Y Castelbruno? Socialista o algo así.

No, no pienso echarles en cara sus ideas políticas. Los dos son un sol y los quiero

a rabiarse. Pero francamente nunca lo hubiera imaginado.

Otro fenómeno curioso: desde entonces Deledda, cuando estamos a solas, habla de política (los demás, por las dudas, no vuelven a las andadas).

—Tengo miedo de que los peronistas ganen las elecciones.

—Las ganarán.

—¿Tú crees? Perón, con la edad y enfermo, se ha vuelto casi místico. Pero los peronistas siguen llenos de prepotencia, de mala educación y de resentimiento. Si ganan, se vengarán de nosotros por tantos años de tenerlos al trote.

Ganan. Unos días antes o, no recuerdo, unos días después Guillermo obtiene su diploma. El terrorismo de izquierda se ha adueñado del país. Las sorboneadas ralean. Todos tienen miedo de salir de noche a la calle.

—Estamos en África, con las tribus en guerra —dice Letizia del Piombo, y no viene más.

—Dios nos castiga por tantos pecados cometidos —dice Monseñor Carasatorre, y tampoco viene más.

—Estoy avergonzado de ser peronista —dice Pepe Sorbello, y no viene más.

Castelbruno rezonga:

—Perón ya está viejo y los jóvenes están locos. Pobre país. Pero sigue viniendo. Maluganis ha desaparecido sin despedirse. Guillermo no está nunca en su casa. Deledda le alquiló y le amuebló (¿Deledda?) una oficina en el laberinto de la calle Viamonte, en el mismo piso donde yo tengo mi bufete. Un patio nos separa. Es innoble, lo sé. Pero a veces apago la luz, entreabro la puerta y espío. Sobre cada puerta hay una claraboya. La claraboya de la puerta de su estudio está casi siempre a oscuras. No hay nadie adentro.

—Deledda: Será un gran abogado, ya vas a ver. Y a lo mejor, cuando se vayan los peronistas, podrá ingresar en la diplomacia.

—Yo: ¿Y cuándo se irán los peronistas?

—Deledda: Algún día se irán. No es posible que esa banda de delincuentes siga gobernándonos.

Muere Juan Domingo Perón. Todos, peronistas y antiperonistas, sabemos que con esa muerte se va una República Argentina y viene otra, a la que presentimos terrible. Comentario de Deledda:

—Qué extraño. Odié toda mi vida a Perón y ahora que se murió lo echo de menos.

Un gobierno absurdo, una grotesca corte de milagros representa la farsa tenebrosa que pronto sume a todo el país en el caos, en la miseria y en el incendio de la subversión armada.

Una noche, en la avenida Figueroa Alcorta, el automóvil de alquiler que me conduce desde el palomar de Viamonte hasta la casa de Deledda empieza a ser

rodeado por una flotilla de coches, todos del mismo modelo y del mismo color, ocupado cada uno por cuatro hombres vestidos de civil. Advierto que las puertas traseras están entreabiertas y que asoman armas largas que apuntan hacia afuera.

—Déjelos pasar —le digo al chofer, un joven con barba espesa y toda la apariencia de un estudiante izquierdista.

—No se preocupe. Soy policía.

Hasta ese punto el país se ha convertido en un trágico baile de disfraces. Uno de los automóviles de la flotilla se nos viene encima, la culata de un arma larga golpea en el parabrisas y lo hace añicos, el chofer-policía clava los frenos. Tiene la cara cubierta de sangre y de trozos de vidrio. Maldice entre dientes.

Otra noche, en la explanada de la Recoleta, grupos de jóvenes colocan vallas para interrumpir el tránsito por la calle Junin. Han encendido hogueras. A los gritos, con ademanes prepotentes, ordenan a los automovilistas que no avancen, que se desvíen de contramano o que retrocedan. Uno de los jóvenes es Guillermo. Él no me ve, borrado como estoy por la oscuridad dentro del taxi, pero yo lo veo a él, veo el revólver que esgrime en su mano.

He despertado, por fin.

Aunque no le digo nada, Deledda insiste:

—No sabes disimular. Hasta Verena se dio cuenta. Algo te pasa. Dime qué.

—Te repito que nada.

Un llamado telefónico. Deledda vuelve, sacudida por los sollozos. Horas antes, en el momento en que entraba en su casa, han asesinado. El llanto no le permite hablar. ¿Han asesinado a quién? Al padre, un hombre que era un sol. ¿Al padre de quién? Del Bebe Arriola, uno de los amigos de Guillermo.

Tendida sobre el diván donde presidía, una eternidad atrás, las sorboneadas, llora sobre las ruinas de sus fábulas.

—Qué nos pasa, Sebastián. Qué nos está pasando a los argentinos. Yo no sé reconocer el país donde vivo.

Ya no sabes reconocer el país donde vives ya no reconocerías ni a tu propio hijo porque has estado viviendo, hemos estado viviendo no en la realidad sino en los sueños.

—Uno por uno nos matarán a todos los antiperonistas —gime. Ahora le gusta representar el papel de mártir, de víctima del peronismo.

—También a mí me matarán. Me fastidio.

—No digas disparates. ¿A vos por qué?

—Saben que soy la hija de Pablo Condestáble y que papá hizo la revolución del

55.

Esa es nueva.

—Por favor, mirá si van a acordarse de tu padre.

—Se acuerdan. Son rencorosos, son vengativos. Tengo miedo de que a Guillermo le pase algo. Ya viste, sale todas las noches.

—¿Te dice a dónde va?

—Está de novio con una chica que es un sol, Teresita Altube. Estamos casi siempre solos, sin otra compañía que la última de las Verenas. Hacemos el amor con una especie de desesperación, como en la retaguardia de una guerra. A menudo oímos lejos el latido de las itakas.

Cada tanto aparece Castelbruno, más sombrío que nunca. Cuando nos sentamos a la mesa ya está borracho. Una noche está tan borracho que debo acompañarlo en taxi hasta su casa. Se derrumba sobre la cama como una bolsa vacía. Lo oigo mascullar.

—Hijo de puta. Sabe que sufro.

Abre los ojos, me mira como si no me reconociera.

—Deledda te quiere, pero cuídate de él. Es un hijo de puta que me cagó la vida.

No quiero saber más. Lo dejo solo, lo abandono, me voy. Dos días después se dispara un balazo en la boca.

—Dios mío —solloza Deledda. Un hombre que era un sol. Pero por qué, por qué lo hizo.

—Estaría enfermo.

—O desesperado por todo lo que ocurre.

Trata de volver a sus recuerdos como a las únicas alhajas que le quedan. Me cuenta que Serge Lifar, cuando vino a Buenos Aires, bailó desnudo, en casa de no sé quién, L'après midi d'un faune. La interrumpe el remoto sonido de las sirenas policiales. Tiembla.

—Finita me llamó hace rato, dice que hay manifestaciones en el centro. ¡Y Guillermo que siempre vuelve tan tarde, a la madrugada!

—Él sabrá lo que hace.

—No lo divulgues, pero Finita me pasó el dato de que los militares los van a sacar a patadas.

Podría ocultar que lo dije. Pero no lo oculto, lo dije:

—Que sea pronto, antes de que sea demasiado tarde.

—Según Finita es cuestión de días. Así no se puede seguir ni un minuto más. Por lo menos los militares no son políticos, sabrán imponer el orden.

Deledda nunca cambiará. Su conversación es siempre una serie de volteretas, de giros.

—Guillermo está muy enamorado. ¿Sabes en qué lo noto? En que ya no le importa nada de mí. Oye, no me interpretes mal. Quiero decir que si yo fuese, no sé, una prostituta, no se le movería un pelo. Me querría lo mismo, porque me adora, pero no me haría ninguna escena.

Y enseguida otra pirueta:

—Cuando suban los militares estaré por fin tranquila. Ahora cada vez que suena el teléfono me persigno.

—Tus amigos te han abandonado.

—Pero me llaman todos los días. Qué quieres, tienen miedo. Letizia tiene miedo de que la secuestren. Imagínate, sabrán que es millonaria. Y hoy por hoy ser millonario es un peligro. Monseñor Carasatorre vive recluido en la casa de una hermana, en San Fernando.

—¿Maluganis?

—No sé nada de él. Debe de andar conspirando contra la banda de facinerosos. Tiene muchas relaciones entre los militares. Y el pobre Pepe está enfermo.

—¿De qué?

—Me dijo que de artritis.

—¿Desde cuándo tiene artritis?

—Dios mío, y Castelbruno muerto. Me cuesta creer que se haya suicidado. Tan vital que era, tan alegre.

Y bien, parecerá inverosímil, pero cruzo el patio. Golpeo con los nudillos en la puerta. Se ve luz por la claraboya. Sé que está ahí, solo. Lo he espiado desde mi bufete. Desde adentro pregunta quién es. Tarda en abrir. Oigo ruido de llaves. Extrañas precauciones para el estudio de un abogado.

Me mira y automáticamente desvía la vista con el pretexto de hacer un ademán invitándome a entrar. Nos sentamos a cada lado del escritorio. Descuelga el tubo del teléfono.

—Para que nadie nos moleste.

Para que yo no oiga las evasivas con que tendría que desembarazarse de llamados comprometedores.

No me mira, no me pregunta qué diablos quiero. Acomoda papeles sobre el escritorio, está diciéndome que tiene mucho que hacer, que mi visita, la primera y la última, deberá ser breve.

Voy derecho al grano. Es curioso: no estoy cohibido, siento un coraje, una serenidad que me sorprenden a mí mismo. Es como si estuviese ejerciendo poderes que me han delegado Castelbruno Deledda, los secuestros, los asesinatos.

—Sé, y no me preguntes cómo lo sé, que andás metido en la subversión.

No se le mueve un músculo de la cara. Sigue ordenando los papeles. No intenta negarlo. ¿Debo agradecerérselo o es una forma más de su desprecio?

—Todos andamos metidos en la subversión —dice, con una indiferencia que me da escalofríos.

—Todos no.

—Los peronistas, los antiperonistas, los militares, los civiles, los empresarios, los sindicalistas, los obreros. Todos.

—¿Pero qué entendés por subversión?

—Muy fácil. Lo que dice el diccionario.

Se levanta, toma un libro (sabrás quién lo pagó), lo hojea, lee en voz alta:

—Subversión: acción y efecto de subvertir. Subvertir: trastornar, revolver, destruir. Úsase —recalca con un énfasis hiriente— más en sentido moral.

Vuelve a sentarse, cruza las manos detrás de la nuca, mira el techo.

—Ahora dígame quién no es subversivo en este país.

—Hablaba del terrorismo.

—¿De cuál? Porque hay muchos.

—Está bien, todos seremos subversivos en el sentido moral de la palabra. Pero no todos somos terroristas, creo yo.

—El que en estos momentos no es terrorista es el idiota útil de algún terrorismo. O peor: uno de sus prostitutas. Perdona, pero ninguna de las dos profesiones me gusta.

—¿Y a cuál de los terrorismos te afiliaste?

—No pienso decírselo.

—¿Por miedo de que te delate?

—Con una picana en los testículos, por qué no. Usted no es ningún héroe, que yo sepa.

—¿Y vos sí?

—Tampoco.

—Y entonces ¿por qué te la das de héroe?

De golpe desarma la postura indolente, apoya los puños sobre el escritorio, se inclina hacia adelante y por primera vez, juro que por primera vez, me mira fijo durante varios segundos. Los ojos son despiadados. La voz suena afónica de iracundia, de odio.

—A los jóvenes nos obligan a ser héroes o a prostituirnos, sin otra alternativa. Yo no soy héroe ni quiero prostituirme, pero me dieron a elegir y elegí el papel de héroe. Lo hago muy mal, ya lo sé. Y es posible que el papel de prostituido lo hubiera desempeñado mejor. Pero elegí el de héroe. No le pido que me aplauda. Lo único que le pido es que no venga a darme sermones, tan luego usted.

Me sonrío, trato de sonreír con mi sonrisa más aborrecible.

—Yo sólo puedo darte dinero. ¿No es así?

Vuelve a cruzar las manos en la nuca, a mirar el cielo raso. Recupera la voz desdeñosa.

—No me lo regala. Es el precio para ser el macho de mamá. Tranquilamente me incorporo y le propino un bofetón. No se inmuta. Me devuelve la sonrisa con otra todavía más pérfida.

—Tratándose de usted, le salgo barato.

Grito en voz baja:

—Castelbruno tenía razón. Sos un hijo de mil putas.

Se pone de pie de un salto.

—¿Sabe por qué se mató Castelbruno? ¿Quiere saber por qué se mató?

Pero ya estoy saliendo sin cerrar la puerta. A mis espaldas oigo el portazo. Esa misma noche, cuando abandono el laberinto, varios automóviles arden a un costado de la plaza. Corren patrulleros policiales haciendo sonar sus sirenas.

Juegan con fuego. Pero es el fuego el que juega con nosotros. Sus primeros juguetes son una casa quemada, un hombre carbonizado. Los últimos, toda una ciudad en llamas, todo un país convertido en cenizas. Sodoma y Gomorra. ¿No merecieron arder, Sodoma y Gomorra? Para quienes creen en Dios, las incendió Dios. Los que incendian la República Argentina ¿se sentirán dioses? A lo menos se sienten los vengadores de los ángeles ultrajados, los defensores de la inocencia traicionada y de la pureza violada. El brazo de Dios, el instrumento de la justicia divina, no importa que en las llamas perezcan justos y pecadores, ancianos, mujeres y niños. Cantan, como Mila de Codra, que el fuego es hermoso.

Al día siguiente se produce el golpe de Estado. Deledda quiere brindar con champán.

—Por el fin de la pesadilla —grita eufórica.

Ya está organizando la reapertura del comedor grande, la reanudación de las antiguas tertulias felices, como si nada hubiera pasado. Llama por teléfono a todo el mundo. Tiene proyectos fantásticos.

—Conozco varios militares. Voy a pedirles que nombren a Guillermo en algún cargo diplomático. Me gustaría que fuese secretario de la embajada en París, habla muy bien el francés. Maluganis podría darle una mano.

Yo espío. Desde mi madriguera a oscuras, por la puerta entreabierta un centímetro, espío. Espío durante horas. La claraboya está iluminada. Han entrado un muchacho y una muchacha. Después, otros dos muchachos. Los cinco están reunidos y yo espío.

El patio empieza a despoblarse. No alcanzo a ver, en mi reloj, qué hora es. Deben de ser las siete. El palacio apostólico va sumiéndose en el silencio. El ruido de alguna remota máquina de escribir, el ruido lejano de una campanilla de teléfono, el zumbido de los ascensores, pasos, voces. Y después nada, el silencio, ese silencio de los edificios desiertos. La claraboya sigue iluminada.

El vestíbulo se oscurece. En la oscuridad, el rectángulo de la claraboya destaca, nítido. Pasan las horas y yo espío. Tengo hambre, tengo ganas de orinar, pero espío. Suena el teléfono, no atiende, debe de ser Deledda, alarmada por mi tardanza. Cuando deja de sonar, en la oscuridad, a tientas, descuelgo el tubo. Sigo espionando, me parece que la claraboya está muy distante, en el fondo de una caverna.

Pasan dos horas, creo, tres horas, veinte horas. No sé si algo va a ocurrir pero al mismo tiempo sé que algo va a ocurrir. Por fin un roce, un ruidito, una serie de ruiditos. Están ahí. Han llegado. El corazón me late con fuerza. Tengo miedo y, lentamente, cuidadosamente, cierro la puerta. Pero no me muevo, permanezco junto a la puerta, apoyo un oído sobre la juntura, trato de escuchar. Nada, silencio.

Y de golpe el tableteo, ese sonido que hasta entonces había estado lejos, ahora estalla a pocos metros de donde estoy yo, es una presencia aterradora, gigantesca, un animal colosal, rabioso que ruge, que patalea y que devora. No lo esperaba, no resisto su proximidad y me orino encima. Debo decirlo todo, confesarlo todo: me orino encima mientras afuera la bestia sigue vomitando su fuego, su furia. Los pantalones, mojados, me pesan. Toda la ropa me pesa como si estuviese embreada, me falta la respiración. Voy a desmayarme.

Otra vez el silencio. Horas de silencio. Después oigo varias voces, voces tranquilas que parecen conversar. Quizá todo haya sido una alucinación. Se me figura que todo ha sido una alucinación, las itakas, las armas, y que ahora acabo de volver en mí, de despertar. Entreabro lentamente la puerta, espío.

La puerta de su oficina está abierta, hay una luz turbia, amarilla que humea y que arroja sobre el vestíbulo pantallazos cinematográficos. Varias siluetas se mueven en esa luz. Tardo unos segundos en descifrar esas imágenes casi oníricas: están sacando cadáveres del interior del estudio de Guillermo. Los arrastran por el suelo, tomándolos de los pies, fardos, bolsas demasiado pesadas para cargarlas al hombro, teñidas de sangre. El último es él. Lo reconozco por el traje azul. Los brazos tendidos hacia atrás con las palmas hacia arriba. La cabeza se bambolea sobre el piso de baldosas y, antes de desaparecer, un brusco sacudón, la cabeza se ha volteado, distingo un solo cuajarón sanguinolento.

Ahora estoy en el minúsculo lavabo. Lavabo y retrete. He encendido la luz: son las doce y quince. Me lavo la cara, me peino, me miro al espejo. Mi cara me gusta. Sí, tontas, mi cara me gusta. Es una cara original, rica, compleja, intrincada como un cuadro del Bosco o como una vieja ciudad barroca. Pero en materia de caras ustedes son imbéciles. Si una cara no les recuerda a otra cara la rechazan, si no la reconocen al primer golpe de vista se niegan a conocerla. Prefieren las réplicas repetidas hasta el cansancio, fabricadas por el taylorismo. Una cara inédita, artesanal como la mía las asusta. Aprendan a mirarme, tontas. Sométanse a un curso. Descubrirán la secreta belleza de mi cara, su hermosura polifónica.

Voy a buscar un libro y me siento en el inodoro. Paso la vista por las líneas impresas, doy vueltas las páginas, pero no leo. Tengo la mente en blanco, una capa de talco, un nácar. Ya ni siquiera recuerdo lo que sucedió afuera. Momentáneamente mi memoria se ha calcinado. Estoy vacío. Ni feliz ni infeliz. No estoy angustiado, ni aterrado, ni satisfecho. Estoy en el nirvana, reducido a una blancura indiferente.

Debo irme. Son las seis y pronto vendrán a hacer la limpieza. Qué bien, en el patio ya no quedan rastros de sangre. En la portería el portero habla en voz baja, haciendo ademanes de marioneta, con dos hombres. Al verme dejan de hablar, me miran como pidiéndome cuentas. Los saludo ceremoniosamente. Ahora vayan y denúncienme, cretinos. Debo de ser el terrorista que se salvó de la redada. He esperado, escondido en mi cubil, que llegue el día para escapar.

Camino hasta las siete. A las siete encuentro un café abierto en Córdoba y Callao. Mi psiquis es tan anómala como mi físico: desayuno con apetito. Me siento tan sereno que me reiría para quebrar mi serenidad.

Las ocho. Deledda es capaz de ir a mi casa, de ir al palacio apostólico para averiguar por qué anoche no aparecí, por qué Guillermo no fue a dormir. Entonces, poco a poco, me invade lo que no sé explicar. Es como una cosa blanda, esponjosa, color tabaco, con olor a paja seca, que va rellenándose como un aserrín mortífero. Debo levantarme, moverme, echar a caminar para que gradualmente esa estopa repugnante desaparezca. Pero me he quedado asustado, abatido. Tengo el alma, el alma como gangrenada.

La última de las Verenas abre la puerta. La zozobra le hace olvidar los buenos modales.

—¿Qué hace aquí, tan temprano? ¿Y por qué no vino anoche? El niño Guillermo tampoco apareció. La señora está desesperada. Ya llamó a las comisarías, a los hospitales. Hasta a la morgue llamó, mire cómo estará. Pensó que a ustedes dos les había pasado algo.

—¿Dónde está ahora? —me faltan las fuerzas para hablar.

—En el dormitorio, vistiéndose. Iba a ir a la oficina del niño Guillermo, o a la de usted, qué sé yo. No hace más que llorar. En el recibidor, con la luz artificial, Verena no se da cuenta. Pero el sol entra por las ventanas del salón y ahí empieza a gritar.

—¿Qué tiene, señor Sebastián? ¿Está enfermo?

—Baje la voz.

—Pero qué le pasó. Le pasó algo al niño Guillermo, seguro. ¿Tuvo un accidente?

—Sí, un accidente, pero no grite.

Demasiado tarde. Deledda ha oído el Verena, y ya está aquí, a medio vestir.

—¿Guillermo tuvo un accidente? —pregunta.

Recuerdo que está sentada en el sofá, cruzada de piernas, y que me mira.

—Dime Sebastián. Lo que sea, dímelo.

Serena, nada alarmada, como si ya lo supiese, como si hubiese estado esperándolo desde hace mucho tiempo hasta finalmente resignarse. Reparo en detalles frívolos: tiene vainillada una media, la falta de maquillaje la envejece. A la luz del día el salón es un depósito de cachivaches. Y bien, hay que hablar.

Hay que castigarte, Deledda. Hay que darte una feroz paliza. Ahora vas a pagar

caras todas tus fábulas, tus transfiguraciones. Éramos soles, ahora somos luces cadavéricas. Vas a tener que abandonar el Negresco de Niza, el Excelsior de Venecia, decirles adiós a todos tus recuerdos, a todas tus mitologías, volver a Buenos Aires y trotar como una prostituta por sus calles de crímenes y de robos. Yo soy el encargado de cerrar el museo de tu memoria poética y de traerte a los golpes hasta el prostíbulo. Yo, tu macró, tu monstruoso apache. Error imperdonable el tuyo, querida, haberte enamorado de mí.

Pero Deledda se rehúsa. Con las mejillas inflamadas por mis puñetazos, se rehúsa. Ninguna palabra, ningún ademán de protesta, ni una sola lágrima. Simplemente, apoya la nuca en el filo del respaldar del diván y cierra los ojos. Simplemente, se ha dormido. Pasan unos minutos y sigue dormida. Verena la sacude. Es inútil, no despierta. Yo he cumplido mi faena, no tengo nada que hacer aquí, adiós.

Salgo a la calle y no torno un taxi para esconderme de la gente. Camino. Las estúpidas bajan la vista, apuran el paso y huyen del Minotauro suelto por la ciudad. Los hombres me escrutan intrigados, molestos, quizás alguno tenga ganas de cazarme. Los noviecitos se refugian el uno en el otro y después que sortearon el peligro se ríen, los oigo reír. No rehuyo esos encuentros, los provoco. Para volver a la vida necesito del dolor.

Rápido, rápido. Por los pasajes sombríos hay que andar rápido. Tres meses. ¿Qué son esos tres meses? Nada. Son noventa días de ir todos los días al sanatorio, sentarme en un sillón de la pequeña antesala y esperar. Los médicos y las enfermeras van y vienen, siempre apurados, pasan por delante de mí sin mirarme, miraron al monstruo una primera vez y les bastó.

Durante el día no pruebo bocado. A veces tengo sed, pero no me atrevo a pedir un vaso de agua a esas mujeronas de blanco que pasan sin mirarme, como enojadas. Tampoco quiero apartarme de la proximidad de Deledda. Quizá despierte, de golpe, y entonces no sabrá dónde está, qué es esa horrible sala de terapia intensiva con sus aparatos, sus biombos, hombres y mujeres tendidos como muertos en la morgue.

A las seis de la tarde aparece Verena, se sienta en otro sillón y trata de distraerme con su cháchara, yo simulo que lo consigue. A las siete podemos entrar, primero ella, después yo, no más de cinco minutos cada uno. Deledda duerme, desnuda bajo la sábana. Los animales de la tecnología la rodean, la muerden, le clavan sus picos, sus agujas. Yo le tomo la mano, le hablo al oído. El pelo se le va emblanqueciendo en las raíces. Los bandós se han deshecho, se derraman sobre la almohada. Cada tanto los labios sumidos chasquean como degustando el último rastro de un sabor. A veces tiene entreabiertos los párpados, por esa fisura le veo los ojos erráticos, disueltos en un líquido turbio, que parecen buscar a través de la ceguera una imagen que se desliza por el cielo raso.

A las diez, a las once de la noche Verena y yo salimos del sanatorio. Dentro y

fuera no hay sino la indiferencia del mundo. Nada me parece más atroz que ese contraste entre mis sufrimientos y la frialdad de los demás. Olvido mi propia frialdad cuando otros sufrían. Verena me toma del brazo, como a un viejo a quien hay que guiar para que no se extravíe, y nada más que ese contacto, nada más que esa mínima solidaridad me basta para sentirme vivo. Ahora duermo en el departamento de Deledda.

Nadie viene, nadie llama por teléfono. Debe de haberse corrido la voz: es una apestada, la madre de un subversivo muerto por las fuerzas del orden. Sin embargo ninguna noticia apareció en los diarios, estas noticias no aparecen en los diarios ni en la televisión. Tampoco he hecho ninguna gestión ante los militares. No me devolverían el cadáver de Guillermo, no me importa qué hicieron con el cadáver de Guillermo. Encima tengo miedo de que me manden a hacerle compañía en alguna fosa común.

Los hospitales son siniestros, pero todavía son más siniestros esos sanatorios de lujo que han adoptado la organización gélida y aparatosa de una empresa comercial norteamericana. Adaptado sólo en apariencia: los cromados, los uniformes vistosos, las empleadas salidas de la peluquería, los médicos atildados como ejecutivos de la City. Debajo, la chapucería porteña y una codicia de mercachifles sin escrúpulos. ¿A qué voy? A sentarme y a esperar, para no dejar sola a Deledda como si también yo la hubiese abandonado, para estar cerca de ella, a pocos metros de la lúgubre sala donde los demás enfermos se renuevan, curados o muertos, mientras ella sigue allí, dormida, insensible al dolor, salvada del suyo, fugada a una sombra o a una luz donde es menos desdichada que yo. Debo agotar todas las estaciones de la expiación. Noventa días y noventa noches de expiación.

Los médicos tecnológicos, las enfermeras inmaculadas y las empleadas del Vogue van y vienen, y yo sentado ahí, un montón de ropa y de pelambre que alguien olvidó. Hace frío. Y ese olor, ese aire a muerte, las camillas, la blancura de golpe horrible de las sábanas y de las vendas, el brillo helado de los cromos, un infierno frío.

Hasta que una madrugada suena la campanilla del teléfono. Sé quienes me llaman y qué van a decirme. Verena se empeña en acompañarme. Atravesamos una ciudad muerta, como las muertas ciudades del Mar Muerto. Nos conducen hasta un subsuelo, hasta un cuarto que parece una catacumba. Hay dos luces mortecinas, un gran crucifijo, una camilla. Sobre la camilla, un pequeño bulto, un maniquí frágil cubierto por una frazada. Verena aparta un extremo de la frazada, se inclina, besa la frente del maniquí. Después se pone de hinojos y reza.

Los hombres no lloran. Los monstruos lloramos. Yo lloro todos mis llantos, fundidos en esa agua ardiente que me brota de la carne, de los huesos, de todos mis órganos. Lloro por años, con una congoja tan desesperada que me promete el perdón.

Han transcurrido desde entonces cuatro años. Durante los primeros tiempos salía,

por la noche, a reptar sobre mis patas de toro derrengado. Iba en busca de alguien que me esperaba. No sabía quién era, dónde me esperaba, en qué recoveco del laberinto de calles oscuras y desiertas que elegía para caminar con mi paso de bestia cansada. Una luz, en una ventana, en un edificio, alguien se asoma y me llama por mi nombre.

Mi cabeza se dilata, mis piernas se encogen. La mitad de mi rostro se hipertrofia. Me encierro para siempre, Segismundo monstruoso, en esta torre solitaria. Debo seguir el consejo que Lueiana le dio a su marido. *

* Alusión a «Luciana y el carnicero», de Marcel Aymé. La protagonista le dice a su marido: «Cuando se tiene la desgracia de ser como eres, se tiene también por lo menos la discreción de pasar inadvertido, de vivir en la penumbra de la trastienda y de arreglar los relojes en silencio».

He traído todos mis libros, todos mis discos. Verena no me abandona. Dice no tener familia. Le digo:

—¿Tampoco novio?

—Qué voy a tener novio, yo. Quién va a quererme.

Me rodean el silencio, el olvido, la indiferencia del mundo. No soy feliz pero, a mi modo, convalezco de todos los dolores. Sueño que no soy el Minotauro sino Quirón, el maestro de una tropa de jóvenes héroes predestinados a la gloria. Sueño con la Castalia de Hermann Hesse, con Guillemos que escuchan arrobados mis lecciones. Mi monstruosidad es la monstruosidad de la sabiduría. De un sabiduría acaso estéril.

Las noticias de afuera me llegan a través de los diarios y de la televisión. Se diría que el país está aletargado, estupidizado. Se ríe de boberías. No sé por qué, pero tengo la impresión de que algo se incubaba en esta República Argentina gobernada por los militares, algo aún más espantoso que el caos de años atrás.

Todos los días, de vuelta de hacer las compras, Verena me dice:

—Ay, señor, si viera cómo está la gente. Furiosa. Ya no se callan, ahora todo el mundo protesta. También, no es para menos. Es un escándalo, ya no hay plata que alcance. Dicen que los militares nos van a mandar al tacho a todos.

No son quejas crónicas entre los argentinos bajo todos los gobiernos, esas las que me inducen a pensar en una subterránea acumulación de gases explosivos, de pólvora que algún día estallará. Es otra cosa, una especie de disimulo, de falsa indiferencia de todo un país enmascarado mientras los militares hacen y deshacen a su antojo. No es posible que la psicología argentina haya cambiado hasta el punto de que, a lo largo de cinco años, el pueblo se mantenga mudo y sólo haga oír su voz para protestar por el precio de la carne o de la verdura. Debajo de ese silencio, de ese aparente conformismo político causado por el miedo se está almacenando algo que no sé qué es pero que es temible. ¿A mí qué me importa? Soy un hombre al margen de todo.

Yo escucho a mi Vivaldi, a mi Mozart, leo los clásicos. Cada tanto, por la madrugada, me despierta la invasión del limo color tabaco, con olor a paja seca. Me arrojé de la cama, camino, hago flexiones. Presumo que es la anunciación de la muerte.

Obra del tiempo: ayer pude resistir, hasta el final, los Kindertotenlieder. Demasiado hermosos para llorar a un ser querido. Concluyo este relato con una cita del supuesto y acaso plural Fulcanelli: «La falsificación y la imitación fraudulenta son tan viejas como el hombre, y la Historia, que tiene horror al vacío, a menudo las llama en su socorro». Con otras palabras ya lo había dicho el viejo Heródoto.

1996

El sucesor de Wendell O'Flaherty se llamaba Zoy Bronowski y procedía de New Jersey. Era gordo, de mediana estatura, velludo como un chimpancé, con anteojos mal montados sobre la nariz ancha y carnosa. No se quitaba la pipa de la boca, por lo que hablaba apretando los dientes como si estuviera siempre al borde de perder la paciencia.

Entró en el salón donde los doce advisers lo aguardaban un poco asustados. La camisa a cuadros abierta hasta el ombligo, las bermudas deflecadas, las viejas sandalias por las que le asomaban los dedos con uñas corvas: en el palacete francés, Zoy Bronowski parecía un capataz que había entrado para iniciar las tareas de demolición del edificio.

Se sentó a la mesa Directorio con la gracia de un cowboy borracho. Extendió los brazos, negros de tan peludos, y miró uno por uno a los doce jóvenes elegantes que lo contemplaban como niños en el zoológico frente al hipopótamo que emerge del agua y abre las mandíbulas.

Sin dejar de apretar la pipa entre los dientes estiró los labios hacia los costados y por entre el matorral de pelos del bigote y de la barba le vieron lo que podía ser una sonrisa o una mueca de cólera.

—¿Dónde estamos? ¿En un baile de las Hijas de la Revolución Americana? Qué esperan para sentarse.

Los advisers obedecieron, tímidos y dóciles. Ah, los buenos tiempos del difunto Queen Wendy habían pasado. Símbolo de esa desdicha, en el centro de la mesa se echaba de menos el búcaro azul de Sévres con el ramillete de rosas que el finado arreglaba personalmente.

—Boys —dijo Bronowski semblanteando toda la rueda de rostros rasurados, algunos maquillados, cuyas miradas cautelosas o titubeantes convergían en él. Ahora vamos a culturizar en forma. El marica de O'Flaherty no sé a dónde demonios quería ir con sus bailes clásicos en las plazas y su Christopher Fry por televisión. Entre sus papeles encontré el proyecto de un festival del desnudo en el Luna Park, que creo que es un estadio de baseball. Estaba loco. A los bastardos args hay que darles de comer la basura que consumieron siempre, pero en inglés, por ahora en arginglés. Esta es la idea. Los malditos rojos no van a protestar porque tendrán su tajada: ya está decidido, dentro de poco la ONU internacionalizará a la India y ahí podrán imponer su maldito idioma. Pero Argentina es nuestra, los bastardos args son nuestros. Así que se acabaron las fantasías de O'Flaherty. ¿Qué buscaba, el maldito marica? Internacionalizamos este maldito país por la materia prima y la mano de obra barata, no para que los args sean maricones egresados del Vassar. Si alguno tiene cerebro lo mandamos a América, pero a los demás les daremos la misma basura que comieron

siempre, sí señor, primero en arginglés y después en inglés. Los vamos a culturizar en forma. Esta es la idea.

Se echó hacia atrás, miró la araña de caireles y, como si se sintiese estupefacto por lo que veía, se mantuvo unos minutos en silencio. Misteriosamente, los advisers temblaron. Ronnie Fields, sentado al lado de Bronowski, percibió, junto con el aroma del tabaco de Virginia, el olor acre de las axilas.

—¿Quién de ustedes es Sidney Gallagher?

Sidney levantó un dedo:

—Yo.

No dijo «yo, señor» sino ese lacónico «yo» porque, sin explicarse por qué, supo que Bronowski le tenía preparada una maldad. El Secretario seguía contemplando la araña. De golpe, como tomando una decisión, se quitó la pipa de los labios porque necesitaría la boca libre para pronunciar las palabras que en seguida dijo en un tono que no admitía réplica.

—No va a trabajar más aquí, Gallagher. ¿Qué demonios es eso de adviser para el área idiomática arg? El idioma arg desaparecerá como que hay Dios. Lo haremos desaparecer, sí señor. Todo el mundo hablará inglés en este condenado país. Búsquese otro empleo, Gallagher. O vuélvase a América. Han estado vigilandolo. Usted intima demasiado con los args, se ha pasado por el traste las Instructions del Alto Comisionado. Así que no encaja en mis planes de culturización. Sí señor, esta es la idea.

Pero Sidney no regresó a los Estados Unidos. Permaneció o se propuso permanecer un tiempo en Baires. Se fue a vivir con Crist en el sueño del aposento rojo de Reconquista St. y aceptó la oferta que la había hecho Ramón Civedé dos semanas antes.

Al despedirlo el día en que visitó por primera vez el departamento de French St. Deledda le había dicho:

—Véngase a comer con nosotros. Lo esperamos a las nueve. O más tarde, en fin, a la hora que usted quiera. Aquí se come cuando llega el último invitado. Pero el viernes no habrá otro invitado que usted.

Llegó a las nueve en punto, Verena lo recibió en uniforme de gala y con la cordialidad un poco confianzuda de la primera vez. No era el único invitado. En el salón ya había cinco personajes que lo miraban.

Deledda vino a su encuentro tendiéndole los brazos. Vestía una túnica blanca y flores en la cabeza.

—Sidney, por qué tan tarde. Ya estábamos pensando que no vendría.

Le ofreció la mejilla inflamada por los golpes y aprovechando el beso que él le daba le siseó al oído:

—Cayeron de sopetón, no podía echarlos. Espero que se sienta cómodo, Sidney.

Ya va a ver, es una gente maravillosa.

Lo tomó de una mano, lo condujo hasta una señora diminuta, flaquita, en paños menores, le pareció.

—Letizia Balzán, marquesa del Piomho.

Las piernas cruzadas, las pantorrillas soldadas en una sola, los cortos muslos apretados y el cuerpo en una curva de ánfora, daba la impresión de ser, toda ella, el cofre donde guardaba el tesoro del sexo y lo ponía a salvo de cualquier tentativa de manoseárselo. Permitted que Sidney le estrujara con su manaza la frágil mano de mimbre cuajada de anillos y de motas ocre, pero no abrió la boca. Lo estudiaba, sí, con la mirada de quien le recuerda a su interlocutor una promesa, algún compromiso previo. El rostro restaurado por la cirugía ya no conservaba ninguna expresión facial, pero debajo de los ojos unas bolsas que ningún bisturí conseguía extirpar dotaba a aquella mirada de una especie de cargazón neurótica.

—Monseñor Arduino Carasatorre.

En una enorme cara de luna llena, mofletuda y sanguínea, se incrustaban rasgos miniaturescos. La papada oscilaba como una sopa deinasiado espesa. Parecía un hombre bonachón sin otro pecado que la glotonería. Sus manos gordas y calientes como buñuelos se apoderaron de la mano de Sidney en un gesto paternal.

—Conque éste es el joven y brillante consiliarius del Mandato.

Se volvió hacia Deledda:

—Hija mía ¿me permite que sin ningún introito le someta a nuestro nuevo amigo una petitio a Caesare tribunatum? Espero que los consejos de mister Gallagher convenzan al Excelentísimo Alto Comisionado para que disponga la creación de una Secretaría de Asuntos Eclesiásticos. Dígale que puede contar con mi asesoramiento ad honorem.

La voz, cremosa y asmática, salía de un confesionario.

Deledda rescató a Sidney de la confesión y lo llevó hasta la extremaunción.

—El embajador Crisólogo Maluganis.

Éste no sería clérigo pero tenía un aire de dignatario pontificio. Alto, casi tan alto como Sidney, con el cuerpo un poco curvado hacia la derecha, vestido de unánime luto, se dobló en dos y mostró, en la coronilla del cráneo ovoide y barnizado de laca negra, la tonsura tradicional. Hablaba sin mover los labios, como un ventrílocuo. Los mantenía ligeramente despegados, y por esa delgada ranura se le escurría el murmullo con que administraba el santo viático.

—Y este es mi marido. Ramón, aquí lo tienes a Sidney, tú que te morías de ganas de conocerlo.

Sidney vio a un hombre de estatura mediana pero que parecía muy bajo. Después iba a descubrir por qué: el cuerpo, ancho, largoo y macizo de hombre alto, calzaba sobre piernas tan cortas que era imposible no pensar en Toulouse Lautrec. El rostro

era una fotografía de William Faulkner en la que, por un truco, las dos mitades de la cara estaban a distinta altura y una más cerca que la otra. El pelo negro y abundante lo hacía joven. La voz, melodiosa y pedante, era joven. Le extendió una mano vigorosa pero los ojos esquivos lo rehuyeron.

Verena presenciaba las presentaciones con el rostro risueño de asistir a una payasada. Cuando Sidney se sentó en el mismo sofá donde Letizia del Piombo se defendía del estupro le preguntó:

—¿Qué le sirvo, señor Sidney?

—Nada, gracias.

—Pero cómo. ¿No va a tomar nada? Deledda la alejó con un aleteo de mano.

—No lo cargoses al señor Gallagher. Ve, ve a ver si la comida está lista.

De reojo, Letizia del Piombo vigilaba las largas piernas de Sidney. Wendell O'Flaherty solía decirle: «Santo cielo, recoja esas piernas, son absolutamente inmorales».

Uno tras otro llegaron Pepe Sorbello y el doctor Castelbruno. Sorbello saludaba con el servilismo de un pordiosero en el momento de recibir la limosna. Sonrisa mojada, trémulos parpadeos sobre los ojos redondos de pájaro, la mano invertebrada que ofrecía con miedo de que no se la devolviesen, todo dejaba traslucir un carácter pusilánime, mojigato y quizás hipócrita.

—Pepe —le dijo Deledda— ¿Te acordaste de traerle el libro a Sidney?

Se había acordado y ya se lo ofrendaba con la unción de quien entrega su testamento. Sidney leyó una dedicatoria manuscrita, erizada de volutas y espirales: «Al señor Sidney Gallagher, con la ferviente amistad y el eterno reconocimiento del Autor». Debajo se deflagraba un terrible arabesco.

El doctor Castelbruno, hirsuto, todavía joven, bien parecido con grandes mostachos y la piel terrosa, ojos violentos, voz violenta, ademanes violentos, algo de napolitano y de gitano, o de musulmán. Cuando Deledda le presentó a Sidney, se le irisó en la mirada un verde mosca veteado de oro.

—Así que usted es Sidney Gallagher. Cuídese de nosotros, trataremos de pervertirlo.

Los demás se reían no para desmentir esas palabras sino para confirmarlas.

—Eso espero —dijo Sidney, y todos aplaudieron.

Comentario de Deledda a Sidney, en voz baja, un rato después:

—Se le da por querer curar todas las enfermedades con cataplasmas de barro, dice que la farmacología es puro veneno y que hay que volver al barro de Adán, pero ya verás, fuera de eso es un sol, un hombre fascinante, lo adoro.

Castelbruno apuntó a Sorbello con la mano que ya sostenía una copa de vino.

—Te traigo un argentinismo.

Sorbello palmeó como un niño ante un juguete.

—¿Sí? ¿Cuál?

—Lo encontré en una vieja novela de Sábato. Teleatro, por teleteatro.

—¿No será una errata?

—Y a vos qué te importa. Desde cuando tenés esos escrúpulos, farsante. ¿No metiste en tu repertorio el manuelisma?

—¿No es un argentinismo? —preguntó Sidney, asombrado.

—¿Manuelisma? Pero qué va a ser. Es un invento de Ramón.

—Pero tan hermoso que merece serlo —Pepe ahora exhibía, en su cara beata, una expresión ofendida.

Sidney miró al inventor del manuelisma: hacía tamborilear los dedos sobre el brazo del sillón y sonreía con suficiencia, los ojos fijos en el vacío.

—Ahora ando en otro proyecto —prosiguió Sorbello siempre mortificado. Un diccionario donde las palabras signifiquen lo que tendrían que significar según la fonética y no según la semántica.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo asclepiadeo.

—¿Qué va a querer decir, en tu diccionario?

—Onomatopeya del sonido de la castañuela. Heliogábalo: piedra preciosa de color amarillo jaspeado. Dingolondango: repique de campanas en los maitines. Astrágalo: sujeto muy voraz.

—Mejor que inventar significados, un diccionario paralelo, es inventar palabras, un nuevo diccionario, como hizo Fontecha —la voz de Ramón Civedé era profesoral, insufrible.

—Sí, pero las palabras que inventó Fontecha no me gustan. Asnee, atroos, amuridus, dalzum. Qué horror —Sorbello hacía muecas pudibundas de asco.

—Y todavía mejor que inventar palabras es recrear sus enlaces. Siempre soñé con escribir un libro donde los matrimonios de las palabras fuesen siempre novedosos. Digamos: se le recalcó el orgullo. Fulano andaba con todas las ilusiones en carena. Se me constiparon las ganas de hablar. Cosas así. Leer ese libro sería una fiesta, una luna de miel con el idioma.

—Borges lo supo hacer —dijo Sidney con alguna timidez, pero todos los otros miraban a Ramón Civedé, que parecía melancólico.

De golpe Sidney tuvo un sobresalto.

—Che Pepe, poné en tu diccionario que Letizia quiere decir hambre.

La frágil geisha en paños menores, cargada de rocalla, tenía una voz machorra y cavernosa como si hablase ahuecándose la mejilla con un dedo.

Todos se reían y en seguida pasaron al comedor. Era una habitación enorme, decorada y amueblada en estilo Primer Imperio tirando más a Egipto que a Pompeya. Por únicas luces, dos candelabros. En la penumbra la larga mesa resplandecía de

platería, de cristalería, de porcelanas y de encajes. Entre los candelabros, un anillo de orquídeas semejava una corona mortuoria.

Deledda, desde la cabecera, le señaló a cada invitado el sitio que le correspondía según un orden de precedencias que a Sidney le resulto misterioso: él debió sentarse a la izquierda de la dueña de casa. Ramón Civedé, a la derecha. Monseñor Carasatorre y el ex-embajador Maluganis fueron enviados lejos. La otra cabecera aún no tenía destinatario. Cuando Sidney vio una copa de cristal de Murano que le había sido reservada sólo a él, la alzó, la examinó al trasluz, dijo:

—Beautiful.

Deledda le oprimió el antebrazo:

—Sidney, eres uno de los nuestros.

Los demás, salvo Ramón Civedé, lo miraban, le sonreían. Autorizados por Deledda, lo tutearon.

—En este mismo momento te incorporamos a nuestra logia secreta.

—No te alarmes. No tenemos ritos de iniciación como los masones.

—Ni menos todavía como los Templarios.

—Tampoco deberás saltar un foso como los catecúmenos del dios Mitra.

—Un brindis es toda nuestra ceremonia.

Sidney improvisó un tono mitad jocoso, mitad intrigado:

—Pero algún requisito, alguna condición será necesaria.

Letizia del Piombo, sentada a su izquierda, le tomó una mano.

—No te preocupes. La condición la tienes de sobra.

—¿Y cuál es?

Ahora se miraban entre ellos y se sonreían entre ellos como para ponerse de acuerdo en alguna tramoya. ¿O se burlaban de él, de ese neófito tan ingenuo que hasta ignoraba, como Buda en su juventud, dónde escondía las virtudes?

La aparición de Guillermo, recibida con alborozo, lo relegó momentáneamente a un rincón y le impidió despejarse la incógnita.

Un coro de grititos idénticos a los que, en el Adonis, celebraban las rotaciones y las posturas homicidas de los bodybuilders había festejado la entrada de Guillermo y se prolongó durante los minutos en que el muchacho, inclinándose, intercambió con cada invitado un abrazo y un beso rituales. Sidney fue el único que se puso de pie. Se dieron la mano, se miraron en los ojos. El hijo de Deledda era muy guapo. No se le borraba de la boca la sonrisa que a Sidney se le antojó perversa. Fue a ocupar la otra cabecera y desde allí volvió a mirar al adviser y a sonreírle con aquella sonrisa que quería ser seductora y era malvada.

Entró Verena, seguida por otra Verena que parecía su doble. Sidney comió con apetito. No pudo negarse a beber, en el cáliz de cristal de Murano, el vino frío e incoloro con que brindaron en su honor.

—Por la incorporación de Sidney a la cofradía —dijo Deledda. Las copas en alto, todos repitieron en un unísono que debía de haber sido ensayado:

—Por la incorporación de Sidney.

También Guillermo. Pero después dijo:

—Te aclaro que yo no pertenezco a la logia.

Le respondió el coro, ahora de quejas zalameras.

—¿Cómo que no? Ingrato. Te guste o no te guste, eres nuestro efebo heráldico. Nuestro hieródulo.

Guillermo, sin perder la sonrisa, fingió escandalizarse.

—¿Hieródulo? ¿Qué es eso? Suena a oficio pecaminoso.

El ex-embajador Maluganis se pasó la servilleta por los labios, puso una expresión mediúmnica.

—Mi querido. Hay, en medio de la pululación y del ajetreo de la vida, algunas pocas criaturas que, a menudo sin ellas mismas saberlo, difunden mensajes propicios, conjuros benéficos. Son emisarios que llevan consigo la llave de San Tugen, que aparta a los perros rabiosos, a los lobos, al alacrán y a la víbora. Tú eres una de esas criaturas.

—Dios mío, Memé —gimió Deledda. Qué hermoso lo que has dicho.

Maluganis bajó los párpados con modestia, pero de reojo observaba los efectos que había causado en Guillermo. Sidney no entendió si el hieródulo lisonjeado o avergonzado o quizá para disimular la hilaridad, ahora comía sin levantar la vista del plato. Los demás, muertos de celos, masticaron en silencio.

Verena, cualquiera de las dos Verenas, volvía a llenar la copa de Murano y Sidney bebía con avidez, como si luego de tantos años de ser abstemio acabase de descubrir el placer de no serlo y quisiese recuperar el tiempo perdido. La consecuencia fue que le sobrevino una visión doble, desde adentro y desde afuera de sí mismo. Recordó un cuento de Wells: un muchacho, en un restaurante, tornaba una copa de kummel y veía al viejo, Mr. Elveshanl que lo había invitado a comer y se veía a sí mismo comiendo y hablando y gesticulando. Lo mas probable es que Sidney haya estado sentado frente a una pared donde había un espejo. Pero a él le pareció que tenía dos miradas, una la de sus propios ojos, y otra que desde afuera de sus ojos lo veía comer, beber, hablar, hacer ademanes, reírse, la calva sudorosa, alrededor la aureola de pelo rubio. El rostro de héroe de historieta de ciencia-ficción, el grueso pescuezo con la manzana de Adán en relieve, los hombros cuadrados, la chaqueta entreabierta, el pecho velludo, rubio, y junto a él Letizia del Piombo que lo acariciaba o que le pellizcaba el mentón, las bolsas debajo de los ojos rellenas de tinta azul.

Después iba a olvidar los temas de conversación, aquella noche en el comedor. Lo último que recordaría antes de despertar: habían vuelto al salón, él estaba sentado en una butaca muy baja, casi a ras del piso. Alcanzó a ver, entre las rodillas separadas y

levantadas a la altura de los ojos, a una Verena que le ofrecía un pocillo de café. Entonces se durmió.

Lo despertó el dolor de cabeza. En el salón no había nadie, pero se oían voces y risas en algún otro cuarto. Miró su reloj: quince para las dos. Se levantó y entonces descubrió a Ramón Civedé, sentado más lejos, que lo miraba con sus ojos desiguales.

—Oh, perdón. Me quedé dormido.

—Apenas unos minutos.

—Le presento mis excusas.

—No a mi, al doctor Castelbruno. Tiene el monopolio de echarse un sueñito después de comer.

Esa frase podía ser un rasgo de buen humor pero el tono de voz y la máscara corroída por la asimetría le contagiaban una mordacidad altanera.

Se puso de pie y le señaló un arco en la pared.

—Por favor, señor Gallagher. ¿Quiere venir conmigo? No lo entretendré mucho tiempo.

El brazo seguía extendido:

—Por aquí.

Pero él no se movía. Sidney comprendió: trataba de evitar que lo viese caminar sobre las piernas tan cortas, tan ridículas que le daban la apariencia de un hombre a medio hacer de la cintura para abajo. El adviser franqueó el arco en la pared, recorrió un largo pasillo abovedado, le pareció subterráneo y ligeramente descendente, con los muros tapizados de libros, y entró en una vasta biblioteca donde habría no menos de diez mil volúmenes. La biblioteca estaba a media luz.

Mediante una carrerita Civedé se ubicó tras el enorme escritorio e invitó a Sidney a sentarse. Pero los ojos del adviser se tendían, deslumbrados, hacia los anaqueles.

—¿Quiere echarles un ojeada, señor Gallagher? Encontrará algunas rarezas, algunas joyas bibliográficas de las que estoy orgulloso. Como Anatole France, no tengo el fetichismo de los libros, pero, como él, los amo.

Sidney inspeccionó las estanterías. Una gran araña había sido encendida, y esa luz lechosa le permitió deletrear, en lomos encuadernados, títulos que él desconocía. Tuvo la impresión de que la biblioteca de Ramón Civedé guardaba los restos de una cultura que el mundo, a las puertas del siglo XXI, había olvidado o despreciaba.

Pero el dolor de cabeza era tan intenso que no pudo seguir leyendo y se sentó. La araña se apagó. En el sillón giratorio, el Faulkner de la cara partida en dos mitades disidentes se puso de perfil como para absolver a su visitante de la tortura de mirarlo de frente.

—Me dijo mi mujer que está interesado en «Manuel de Historia».

—Eso es correcto.

—Tengo entendido que desea escribir un ensayo sobre la República Argentina.

¿Cree que mi novela podría prestarle alguna utilidad?

—Sí, señor. Pero no pude encontrar ningún ejemplar.

—Y supone que yo tengo por lo menos uno.

¿Por qué ese tono irónico? Y la voz, la voz que reducía todo a pontificaciones pedantes.

—Se equivoca, señor Gallagher. No tengo un ejemplar.

—Well.

—Salvo los que regalé, los tengo todos, guardados en los sótanos de este edificio.

La sorpresa (o la irritación) empurpuraba el rostro del adviser. Ahora enrojeció por ambos motivos: creyó que Civedé se mofaba de él.

—No se vendió un solo ejemplar y después de un tiempo los libreros me los devolvieron, porque además de autor soy el editor.

—Pero en la Central Library...

—¿No está registrado? Los ficheros de la Biblioteca Nacional arrastran un atraso de varios años.

Lo miró y en seguida, como avergonzado de que Sidney no desviase los ojos, desvió los suyos. Sería pedante, pero parecía no conocer la vanidad.

—Ya ve, tengo menos suerte que Enoch Soames: no voy a sobrevivir ni como personaje de un cuento, apenas como el autor de un libro citado en un repertorio de argentinismos que, salvo usted, nadie ha consultado jamás. El diccionario de Sorbello tampoco se vendió.

Ahora sonreía, trataba de disimular que se adelantaba a la broma que iba a decir.

—De todos modos, si quiere echarle un vistazo a mi novela...

—With pleasure.

Abrió un cajón del escritorio y extrajo un libro grueso, de tapas verdes.

—Todavía sin ninguna dedicatoria, señor Gallagher. Ahora una dedicatoria no tendría valor ni para usted ni para mí.

Le entregó el libro (que Sidney ya hojeaba, como si no pudiese postergar las ganas de leerlo) y pareció cavilar. Se restregaba las yemas de los dedos unas contra otras y parpadeaba de prisa.

—Si cree que la novela no merece el destino que le ha tocado, vuelva, Gallagher. Tengo un negocio para proponerle. Un negocio comercial que podría beneficiarnos a los dos.

—Perdón, no comprendo.

—Se lo diré ya mismo. Traducirla al inglés y publicarla en los Estados Unidos. Sería un éxito, estoy seguro. Por supuesto, la traduciría usted. Aparte de sus derechos de traductor por la venta del libro, le ofrezco diez mil dólares. No, no me conteste ahora. Antes lea la novela, piénselo, y si está conforme vuelva. No necesita anunciarme su visita, no salgo nunca de esta casa.

Se puso de pie y con un ademán lo invitó a salir de la biblioteca. Otra vez Sidney entendió que debía caminar delante del hombre con piernas de niño. En el salón seguían oyéndose las voces y las risas.

Juegan al bienosé —no aclaró en qué consistía el juego.

Sidney ya no aguantaba el dolor de cabeza ni los deseos de irse.

—Por favor, despídame de Deledda y de todos los demás. Salió del departamento con la idea de que no volvería.

Tomó un taxi. Estaba muerto de sed y un trépano le hendía el cráneo. En el lobby del Beverly Hotel lo esperaba, dormida, la muchacha de rojo, Crist. Después que en el fumadero bebió el carócamí, Sidney se dio cuenta de que había olvidado, en el taxi, el ejemplar de «Manuel de Historia» y el diccionario de Sorbello. Tanto le daba: no iba a leer una novela de la que no se había vendido un solo ejemplar. Traducirla al inglés, así fuese a cambio de diez mil dólares, publicarla en los Estados Unidos, suponer que allá sería un best seller: Ramón Civedé no era vanidoso pero estaba loco.

Días más tarde el Secretario par la Culturización, Wendell O'Flaherty, apareció desnudo, comido y muerto en unos pastizales junto a las vías del B. M. Railway. Una semana después Zoy Bronowski le dijo a Sidney con la pipa en la mano:

—Búsquese otro empleo o vuélvase a América.

Entonces él se mudó al sueño del aposento rojo y no volvió a la América de Bronowski sino a la casa de French St.

—Leí «Manuel de Historia» y me gustó mucho —le dijo a Ramón Civedé en la biblioteca. Voy a traducirlo al inglés.

Civedé quiso aparentar indiferencia pero el regocijo se la desbarataba.

—¿Cree que si se publica en su país tendrá éxito, Gallagher?

—Creo que sí.

—¿Cuánto tiempo le llevará traducirlo?

—No le sabría decir. Es un libro difícil.

—Sí, comprendo. Uso un léxico poco habitual —rebosaba de satisfacción.

—Además, el estilo.

—¿Qué le pareció?

—Muy bueno.

Sidney le trasvió el fastidio. Era susceptible como todos los escritores, fracasados o no. La mera decisión de Sidney de traducir la novela le había bastado para liquidar la humildad y pasarse a la infatuación y a la egolatría.

—Realmente muy bueno —dijo Sidney. Civedé esperaba que el adverbio mejorase la parvedad del elogio, quería más. Novelistas famosos se lo envidiarían.

Ahora sí sonrió, por fin, complacido.

—Castelbruno dice que soy una combinación de Marcel Schowb y de Villiers de L'Isle-Adam.

Sidney no tenía la menor noticia de quiénes eran esos dos, pero asintió con entusiasmo.

—Es verdad, se parece, pero conservando su originalidad.

No hay nada como la egolatría satisfecha para volvernos espléndidos.

—Señor Gallagher. Me imagino que usted, escarmentado con mis compatriotas, querrá alguna garantía. Le ofrecí diez mil dólares por su traducción. Aquí tiene un adelanto de cinco mil. No, no proteste. Acéptelos, se lo ruego. Es una condición sine qua non.

Sidney compuso un semblante contrariado y, con un suspiro, se resignó a tomar el dinero.

—Empezaré mañana mismo. Pero va a tener que facilitarme otro ejemplar de «Manuel de Historia». El que me regaló se lo presté a una amiga, mi amiga lo leyó y quedó tan fascinada con el libro que no quiere devolvérmelo.

—¿Su amiga es joven?

—De mi edad.

—Buena señal. Señal de que las nuevas generaciones sabrán apreciar mi obra. Cuando la publiqué, hace doce años, los argentinos leían trivialidades. Insignificancias de alcoba y de café, eso eran los best sellers de entonces y por eso no tuve lectores. Pero la juventud ha cambiado, quiere algo más que palabrotas. ¿Sabe lo que estoy pensando? Que podría volver a poner en venta la edición que felizmente guardo en la baulera. Me descubrirán, un poco tarde, es cierto, pero no tan tarde como los franceses a Stendhal. Esto, claro, sin perjuicio de la traducción al inglés que saldrá en los Estados Unidos.

Sidney ya no dudó: ese hombre no estaba en sus cabales. Pero después de todo la cosa no revestía mayor importancia: él ya tenía en su poder cinco mil dólares. No le costaría mucho, maniobrando con las dificultades de traducir a la vez a Marcel Schowb y a Villiers de L'Isle-Adam, arrancarle pronto el resto y después, quizás, alguna otra suma adicional.

—Ahora sí le pondré una dedicatoria.

La dedicatoria decía: «A Sidney Gallagher, que ama este libro y que lo traducirá sin traicionarlo». La firma era un rayo.

—Gracias. Pero ¿tanto confía en mis dotes de traductor?

—Raramente mis intuiciones me fallan. Una intuición me sopla al oído que he encontrado al traductor ideal. Se interesó por mi novela aún antes de leerla, domina a la perfección el castellano y, en cuanto al inglés, ni hablar tratándose de un egresado de Berkeley. Pero que encima, tan joven, sea consejero de la Secretaría para la Culturización...

Algo debió de advertir en el rostro de Sidney porque se quedó callado, mirándolo. Es que Sidney estaba dudando entre revelarle la verdad o posponer la noticia para

más adelante, y esa vacilación se le había subido a la cara.

—Ya no soy adviser. El nuevo Secretario acaba de despedirme.

—Cuándo.

Si le descubría que había sido ayer iba a sospechar que la traducción se alimentaba menos de amor que de dólares.

—Hace una semana.

—¿Y por qué lo despidió?

—Desinteligencias.

—Pero usted se quedará a vivir en Buenos Aires, me imagino.

—Pcr supuesto. Hasta que termine con la traducción.

—Gracias, Sidney. Y no se preocupe, todos sus gastos correrán por mi cuenta. Tampoco necesito decirle que estoy a su disposición para cualquier consulta que quiera hacerme. Incluso, si desea trabajar aquí, no tiene más que pedírmelo. ¿Come esta noche con nosotros?

—Oh, sí, gracias.

Comieron en una especie de gabinete con las paredes forradas de papel dorado, que parecía el reservado de un restaurante de la belle époque. Deledda tenía puesto un disfraz de vamp de los años veinte: falda muy corta, collares hasta la cintura, largos aros de marquesita, una vincha de lentejuelas que le atravesaba los bandós de Virginia Woolf. Sólo le faltaba la boquilla de ámbar de Pola Negri. El disfraz le sentaba, era la moda que le convenía a su belleza anacrónica.

Guillermo apareció, como la vez anterior, a último momento. Se había vestido como para concurrir a una ceremonia oficial. Miraba al único invitado de esa noche y le sonreía, se le figuró a Sidney, con la misma sonrisa cómplice de Aníbal Benítez cuando maliciaba que Sidney era homosexual.

Civedé los puso al tanto: el adviser había dejado de ser adviser. Entonces Deledda resolvió que el nuevo Secretario, para colmo de apellido Bronowski, estaba afiliado al comunismo.

—Seguro que si se llama Bronowski es comunista —declamaba, con un énfasis que tanto podía provenir de la indignación por el atropello y del afán de desagraviar a Sidney como de la necesidad de paliar la satisfacción con que Civedé les había dado la terrible noticia. Y cómo tú no eres comunista, porque no eres comunista ¿verdad Sidney? te tomó entre ojos. Ah, no, deberías hacer algo. Deberíamos hacer algo, Ramón. No es posible que al mejor funcionario del Mandato lo pongan de patitas en la calle. ¿El Alto Comisionado lo sabe? Es inglés y si es inglés no puede ser comunista. ¿Cómo permite que ese polaco te eche? Ramón, hablemos con Memé. Memé tiene muchos amigos en el gobierno internacional.

—Bronowski no es comunista —pudo decir Sidney. Me despidió porque yo era adviser para el área del idioma arg. Perdón, del idioma argentino. Se ha resuelto que

en Argentina se hable únicamente inglés.

Civedé hizo un brusco ademán de sorpresa, como si hubiese oído un ex abrupto insultante. Guillermo sonreía, sonreía siempre. En cambio Deledda desplegó una escena trágica.

—Dios mío. ¿Tendremos que hablar en inglés? ¿Misas en inglés? ¿El inglés en la televisión, en el teatro? ¿Los jujeños, los correntinos hablarán en inglés?

—Por ahora, en arginglés.

—Peor. Es un disparate. No podrán obligar a la gente, así, de un día para otro.

—La juventud ya habla toda en arginglés.

—No lo puedo creer. ¿Es verdad eso, Guillermo?

El hieródulo parecía sentirse en la gloria.

—Es verdad.

—Pero tú no, tú no lo hablas.

—Aquí. En la calle, si quiero que las chicas y los muchachos me entiendan, debo hacerlo.

—No sabía. ¿De modo que hablas ese espantoso patois? Pero tienes razón. Ayer Verena me preguntó tan suelta de cuerpo: señora ¿compro estrimbines? Yo no entendía nada hasta que me di cuenta. Es inaudito, el servicio doméstico empieza a hablar en arginglés.

—Mamá, en los comercios todas las mercaderías tienen nombres ingleses o argingleses.

—Estoy desolada. Ramón ¿tú qué dices?

Los ojos caídos en el plato, Civedé ralló unas ásperas limaduras:

—Es infame. No tienen derecho a despojarnos de nuestro idioma.

Sidney quiso recordarles que él era inocente o que, en todo caso, era la primera víctima de la infamia.

—Por eso me despidieron.

—¿Y ahora qué harás? —Deledda parecía inquieta por el porvenir de Sidney—
¿Te volverás a los Estados Unidos?

—No por ahora. Antes traduciré «Manuel de Historia». Deledda pasó de la desolación a la algazara.

—¿Aceptaste, Sidney? Cuánto me alegro. ¿Por qué no me habían dicho nada? ¿Lo leíste? ¿No te parece una obra maestra? Aquí no han sabido apreciarla porque los argentinos son analfabetos aunque hayan aprendido a leer y escribir. Pero en el extranjero...

—No.

El «no», rotundo como un eructo, había sido vomitado sobre la mesa por Ramón Civedé. Todos lo miraron.

—No, ya no lo traduciré. De mi novela no va a haber otra versión que la que

escribí en castellano. Aunque no la lea nadie. Rebajando el tono vehemente, agregó:

—Pero tengo la esperanza de que ahora sí la lean.

Sidney temió por sus cinco mil dólares. Como si le hubiese adivinado el pensamiento, Civedé le dijo:

—Lo que está dado está dado, Gallagher, y no debe ser devuelto. Pero no habrá traducción al inglés.

Deledda no sabía qué cara poner.

A medianoche Sidney se despidió de ambos en el salón. Guillermo había desaparecido.

—¿Volveremos a verte, Sidney? —le preguntó Deledda, compungida.

—Espero que sí.

—No te olvidaremos.

—Tampoco yo a ustedes.

Civedé, ceñudo pero no malhumorado sino más bien melancólico, le dijo:

—¿La literatura argentina irá desapareciendo?

—No creo.

—¿Permitirán que se publique en nuestro idioma, siquiera en ediciones privadas?

—No lo sé.

—Por lo visto están dispuestos a borrarlos hasta los últimos vestigios de identidad, que para colmo habían sido siempre débiles. Pero la literatura argentina sobrevivirá, aunque sea como el samizdat en la Rusia Soviética. Y usted, Gallagher, no abandone su proyecto de escribir un ensayo sobre el origen de todas las calamidades que nos han caído encima. Ojalá mi novela le resulte útil. Ya no la traduciré, pero espero que siga amándola y que no la traicione.

—Se lo prometo. Gracias, señor.

En la calle, desde el interior de un automóvil estacionado junto a la acera, Guillermo le sonreía.

—Subí. Te llevo.

¿Habría estado aguardándolo? Durante el viaje, el hieródulo cada tanto hacía girar la cabeza hacia Sidney y Sidney no podía menos que admirarle la perfección de esas facciones estatuarias que parecían un artificio.

—¿No querés venir a un party? Sidney, se puso a la defensiva.

—¿Qué clase de party?

—No hagas cuestiones. Un party de gente joven.

—Hay parties que no me gustan.

—Este sí.

—¿Cómo sabés?

—Me imagino. Trabajaste con Wendy, fuiste amigo de Wendy.

—¿De Wendell O'Flaherty? ¿Lo conocías?

—Digamos que sí.

—No fui amigo suyo. Y que haya trabajado con él no significa nada.

—Por supuesto.

Con esa discreción que no insiste y que recula ante el primer rechazo, propia de las personas bien educadas, Guillermo cambió de tema. Pero a Sidney le quedó la impresión de que Guillermo le había tendido una trampa. La ambigüedad equívoca de la sonrisa, aquellas rápidas miradas de soslayo que parecían tender y en seguida retirar una red de pescar ocultaban un propósito siniestro. ¿Habría conocido a Wendell O'Tlaherty? ¿O sería un ardid? El portador de la llave de San Tugen que ahuyentaba a los lobos era, él mismo, un lobo.

—¿Tenés alguna idea de quiénes lo mataron?

—¿A quién?

—A Queen Wendy.

Guillermo lo miró, regocijado:

—¿Creés que soy policía? Si no lo saben ustedes, cómo lo voy a saber yo.

Sidney descendió en Corrientes Ave. y Reconquista y caminó hasta el fumadero de Singapur. Palpaba, dentro del bolsillo, los cinco mil dólares. En la mano derecha sostenía el ejemplar de «Manuel de Historia» que nunca iba a leer. Imaginó los cientos de ejemplares guardados en un hipogeo, salvados como reliquias del pillaje. ¿Alguien, alguna vez, los desenterraría, o permanecerían ocultos hasta que la acumulación de los años los destruyese? No es mi negocio, pensó.

Al día siguiente había tomado una determinación: abandonar el sueño del aposento rojo, abandonar a Crist, Vivían como dos hermanos, pero no eran hermanos, y aún los hermanos a partir de cierta edad, no están hechos para vivir juntos sino para separarse, cada uno construirá su propia casa y fundará su propia familia. De lo contrario terminan detestándose. Detestaba a Crist. Una semana le había bastado para no soportar su compañía. ¿Qué otro pacto de convivencia bajo un mismo techo puede haber, entre una mujer y un hombre, que no sea el del amor sexual?

No le aguantaba nada. Quería ser útil y era cargosa. Quería cocinar ella y quemaba la comida o la dejaba medio cruda. Sus veleidades de ama de casa quedaron al descubierto: una muchacha venía a hacer la limpieza, pero como entre sus obligaciones no figuraba poner orden en el placard, el placard era un revoltijo. Pronto Crist recuperó los ojos de perro apaleado, la sonrisa sufrida, los intervalos de ensimismamiento. Después exhibió un carácter perturbado, rezongos en voz baja, la tozudez de una mula. Por fin, crisis de lágrimas. La idea de mudarse a una casita en los suburbios ahora la sumía en un estupor catatónico.

—Y el arginglés.

—¡Por lo que más quieras! ¡Basta de arginglés! —gritaba Sidney. La oía refunfuñar en un tono monocorde como si rezase:

—Qué fany. Primero nos internacionalizan y después no quieren que hablemos en arginglés.

—Yo no tengo la culpa de la internacionalización.

—No hablaba con vos.

—Y yo te digo que no tengo la culpa de la internacionalización.

—Pero a eso viniste, chau.

—Ya no pertenezco al Mandato.

—Pero seguís sintiéndote toso.

—¿Estás loca?

—Ya se van a arrepentir.

—¿Quiénes?

—Ustedes, los bosos del Mand. Se van a arrepentir de haber venido.

—¿Por qué nos vamos a arrepentir?

—No pienso decírtelo.

No era verdad que supiese varios idiomas. No sería verdad que fuese mormona. No era verdad que ya no buscaba hombres: salía de noche y volvía a la madrugada. Todo en ella parecía desquiciado, a la deriva, sin ningún propósito. El gran prostíbulo internacional de Baires la había sumergido en una especie de perplejidad desesperada.

—Me mudo —le dijo Sidney.

—¿A dónde?

—No sé. A algún hotel, supongo.

Tendida en el piso, boca abajo, leía una revista. No levantó la cabeza, no lo miró. Detrás del biombo, Sidney empezó a meter su ropa en las dos maletas de tergo. Habrá tardado un cuarto de hora, porque era prolijo hasta la exasperación y doblaba la ropa como si fuesen documentos secretos. No quiso preguntarse por qué del otro lado del biombo había tanto silencio.

La revista estaba abierta sobre la alfombra. La puerta estaba abierta. Con una valija en cada mano, sin pensar en nada, Sidney salió del fumadero de Singapur y se dirigió hacia el ascensor. Los dos minutos que debió esperar, a pocos metros de la puerta que no había cerrado, le parecieron una eternidad. Se sentía furioso, es decir, tenía miedo. En Corrientes Ave. tomó un taxi, le pidió al chofer que lo condujera hasta Once Sq., en cuyas inmediaciones había visto un hotel de nombre para él familiar: Berkeley.

El conductor se volvió a mirarlo, risueño y confiado:

—¿Qué anda haciendo, jefe?

Era Aníbal Benítez. También a él lo habían despedido de la Secretaría para la Culturización.

—Me rajaron por la alcahuetería de un yoni que se cabreó porque le parchaba a la

jermu.

—¿Por qué? No entendí.

—La mujer, que le ponía los cuernos conmigo. Una mina bárbara, más puta que las gallinas. Supe que un día antes le dieron el olivo, jefe. Qué cabrones. ¿Y a dónde va con los bagayos?

—Me mudo.

—¿Al Once?

—Al Hotel Berkeley.

—Lo conozco. Otra que hotel, jefe. Una pensión rasqueta. Que no se diga, Sidney. ¿Un tipo como usted va a vivir en esa roña? ¿Tan seco anda de guita?

—Recomiéndeme un hotel bueno y barato.

—Hay a patadas. ¿Se fijó? Hay hoteles por todas partes. También, con la cantidad de turistas que llegan. Y qué turistas, jefe. Fiesteros hasta más no poder. ¿Qué pasa afuera? ¿Se terminó la joda y vienen a buscarla aquí? Porque usted no se imagina los minos y minas que me levanto todos los días. Madre querida, me piden cada cosa. Si sigo así voy a parar pronto al hospital. Oiga ¿y usted no se vuelve a Norte América?

—Todavía no.

—Hace bien. Esta es la mejor ciudad del mundo. Aquí hay carne joven, linda, sana y barata.

—¿A dónde me lleva?

—No se preocupe. Paré el reloj.

—Pero quiero saber a dónde vamos.

—Le hago dar un paseo gratis mientras conversamos, jefe. Tenía ganas de hablar con usted.

El taxi corría en zigzag por Figueroa Alcorta Ave., después subió a General Paz Ave., descendió a la Panamerican Road, y Aníbal seguía contando sus aventuras con turistas.

—Volvamos, Aníbal.

—Espere. Quiero que conozca a mi familia.

—¿Dónde vive?

—Aquí cerca.

—¿Dónde?

—Así conoce a mis viejos. Tomamos una cervecita y lo traigo de vuelta a un hotel por Plaza Francia, le va a gustar.

Ahora iniciaba el minucioso relato de cómo una sueca se había empeñado en que él simulase violarla dentro de la bañera donde ella tomaba un baño de espuma.

—La loca no quiso que yo me desnudara y usted viera cómo me quedó la ropa, a la miseria.

Sidney se alarmó.

—¿Tan lejos vive, Aníbal?

—Qué le va a hacer, jefecito. No todos somos bacanes del Barrio Norte.

El taxi se había desviado, siempre a gran velocidad, por una road transversal, después por una calle arbolada y al fin por un camino de tierra paralelo a un inmenso baldío cubierto de maleza y de montículos de basura. Sidney vio el muro de una fábrica. Vio inscripciones borrosas como pinturas rupestres que decían «Somos la rabia de Perón», «Mueran los milicos», «Isabel es Eva». Vio casuchas miserables que desde cualquier lado que se mirase mostraban siempre el trasero, vio perros, un caballo, la osamenta calcinada de un automóvil. Vio a un grupo de mujeres desgredadas que extraían agua de una bomba de mano. Vio niños semidesnudos, viejos astrosos, hombres de facha torva que tomaban mate. La luz del sol reverberaba en charcos de agua pútrida.

El taxi se detuvo en el centro de una gran espacio abierto, de una especie de plaza en estado salvaje.

—¿Llegamos?

—No. Todavía falta.

—¿Y entonces por qué no seguimos?

—Porque soy un boludo: me quedé sin nafta. Espéreme aquí. No salga del checo, a ver si esos grones le afanan los bagayos. Yo voy a buscar nafta en una estación de servicio que hay cerca de la autopista. En seguida vuelvo.

Se fue llevándose las llaves, caminó hacia la fila de tugurios. Sidney se dio vuelta, lo veía a través de los cristales. Aníbal Benítez caminaba muy rápido, sin mirar a los costados, pero algo debía decirles a los hombres que tomaban mate, a los viejos, a las mujeres que extraían agua de la bomba, porque todos, a medida que él pasaba, levantaban la cabeza, la hacían girar hacia el taxi. De golpe Benítez torció en dirección del basural y desapareció. Los chiquilines, que habían estado jugando a la pelota, iniciaron un lento avance hacia el taxi, pero una orden los detuvo. Después siguieron jugando, pero con una especie de fingimiento, de un modo casi forzado, como por obligación.

El automóvil, a pleno sol, ardía. Transcurrió una hora y la luz empezó a declinar. Sidney no podía creerlo: Aníbal Benítez no volvería mientras él permaneciera dentro del taxi. Lo había hecho víctima de una venganza. «Por qué a mí». Pero con los args no valía nada preguntarse por qué.

Se le había horneado una idea. La idea podía ser absurda, podía no serlo. Guillermo había conocido a Wendell O'Flaherty y ahora Wendell O'Flaherty estaba muerto. Aníbal Benítez lo había dejado abandonado, a él, en una villa miseria con toda intención. Ambos datos ¿no se relacionaban entre sí? ¿No serían los primeros síntomas de una vasta rebelión contra el Mandato? Recordó las palabras de Crist: «ya van a arrepentirse de haber venido».

Quizás lo habían sentenciado a muerte, quizás Benítez lo había traído al lugar de la ejecución.

Debía escapar antes de que anocheciera. Cargó las valijas y descendió del taxi, empezó a caminar en la dirección que él creía correcta. Es decir, avanzó hacia las pandillas de chiquilines, hacia las casuchas y la bomba de agua. Tenía que fijarse dónde ponía los pies, porque caminaba sobre crestas de barro y charcos de agua vercosa. Pero tampoco debía demostrar temor, si demostraba temor estaría perdido. Cada tanto alzaba la vista y miraba en los ojos a esas mujeres de tez oscura, desgranadas como locas de manicomio, a esos hombres patibularios, a los viejos embalsamados en un sopor de cocodrilos. Le devolvían la mirada, una mirada de mica, neutra, sin la menor hostilidad y sin ninguna curiosidad. Los chiquilines simulaban que no lo veían. Una pelota embarrada lo golpeó en una pierna.

No pidió que lo orientasen: no le contestarían o le señalarían el rumbo equivocado. Cuando un niño desnudo, con el vientre globoso de la hidatidosis, se puso a la par de Sidney y empezó a hablarle en su media lengua, una mujer lo tomó de un brazo y se lo llevó.

Las distancias eran mucho mayores que las que le habían parecido desde el taxi en marcha. Hacía diez minutos que caminaba y el basural seguía escoltándolo. En verano los crepúsculos son breves: el sol se hunde a pico en el horizonte y de golpe se hace la oscuridad. Debía apurar el paso, antes de que lo sorprendiera la noche. Cuando vio a unos cien metros la muralla con las inscripciones rupestres se tranquilizó: se distinguía la road transversal por la que se deslizaban los automóviles, algunos ya con los faros encendidos.

Brotando del basural, cinco mujeres vinieron a su encuentro. Altas, flacas, pintarrajeadas, vestidas con trapos de colores, con pelucas rizadas, con ristras de collares, semejaban máscaras que sobrevivían, ya un poco rotas, de algún remoto carnaval africano. Cuando las tuvo más cerca comprendió que no eran mujeres sino travestis.

Avanzaban hacia él y lo miraban sonrientes. Uno, el más alto, con una enorme peluca color lacre, movía los labios como si hablara en voz muy baja, para los otros cuatro, les daba instrucciones o tal vez hacía bromas a costa de Sidney y por eso los otros sonreían. A pesar de las sonrisas la actitud de las máscaras era tan amenazadora que Sidney se detuvo.

Pensó qué le convenía más: librarse de las valijas y echar a correr con sus largas piernas zancudas o usar las valijas como armas defensivas. Demasiado tarde: desplegadas en semicírculo, las cinco falsas mujeres le cerraban el paso. La única escapatoria: el basural. Desde los montículos de desechos, varias siluetas oscuras lo vigilaban. Retroceder: miró hacia atrás. Al extremo de la calle de tierra, los lémures de la villa miseria formaban una masa compacta, inmóvil, una barrera que no se

podría franquear.

El crepúsculo crecía con su callada música, con su dulzura. Sidney depositó las valijas en el suelo y esperó. Confiaba en que las cinco máscaras no podrían con su metro noventa de estatura, con su físico atlético, de héroe de historieta de ciencia-ficción, le había dicho Deledda Condestáble. Pero cuando se abalanzaron sobre él, supo que estaba perdido. Bajo los trapos, los cuerpos eran secos, duros, fibrosos, tenían el vigor y la desesperación de los náufragos que a punto de ahogarse se aferran del que viene a salvarlos.

Cayó de espaldas. Vio junto al suyo el pequeño rostro ferozmente maquillado, ojos de huevo duro con un halo azul, boquita púrpura en forma de corazón, y la enorme peluca de color lacre. La boquita seguía moviendo los labios, seguía susurrando sin sonidos. Alcanzó a dar un puñetazo y la peluca se desprendió como una cáscara seca, dejó al descubierto un cráneo rasurado de bonzo. Los otros lo mordían, una mano quería arrancarle los testículos, dentelladas salivosas se incrustaban en su cuello. Estaban devorándolo como a Mister Universo junior en el Adonis, como las ratas a Wendell O'Elaherty. Suddenly last summer.

Lo tenían inmovilizado mientras lo devoraban. Quería zafarse y no podía. Un monstruoso animal hambriento se había arrojado sobre él y le clavaba los colmillos, las pezuñas, lo poseía. Vio, por entre las convulsiones epilépticas de la bestia, un trozo de muro, la leyenda borrosa, somos la rabia de Perón. Después un fogonazo color cobalto lo encegueció.

Es probable que haya sido arrojado al basural, donde los roedores y oportunas fogatas perfeccionaron el rito antropófago. La suerte de las dos valijas es previsible. Dentro de una de ellas estaba el ejemplar de «Manuel de Historia». Qué habrán hecho con él no se sabe: quizá fue quemado, quizá sus páginas yacen desperdigadas entre los montones de detritus, desvanecidas por tantos soles y tantas lluvias. Dudo de que alguna de las máscaras, algún habitante de la villa miseria lo conserve.

1988

Un par de meses atrás recibí por correo una encomienda. No tenía señas del remitente, omisión que me alarmó. Ciertamente, hace años que nadie me recuerda y que no salgo prácticamente de mi casa. Mis amigos han muerto o me han abandonado y mis libros han desaparecido de las librerías. No publico una línea desde 1980, por añadidura soy pobre e inofensivo. Pero no hay que descartar la posibilidad de que todavía exista alguien que me guarde rencor.

Por el peso, el envoltorio no parecía contener un artefacto mortífero. Sin embargo las técnicas terroristas se han perfeccionado y sé que una simple carta, al ser abierta, estalla como un bomba. No me atreví, pues, a averiguar qué contenía la encomienda.

Hasta que, después de un tiempo, mi curiosidad se sobrepuso a mi temor y me decidí a abrirla. En su interior encontré materiales heterogéneos aunque de algún modo vinculados entre sí, que iré enumerando y analizando.

Uno es el relato titulado o fechado «1996». Está escrito a máquina, con abundantes correcciones manuscritas de puño y letra (supongo) del autor. La acción transcurre en una República Argentina bajo el mandato de las Naciones Unidas. Recoge, creo, un aciago pronóstico del filósofo español Julián Marías.

Un segundo relato, manuscrito, cuya caligrafía no coincide con la de las enmiendas del anterior, es la narración en primera persona de un hombre de nombre apócrifo, Sebastián Hondio, quien cuenta hechos acaecidos entre 1968 y 1980.

Los personajes de ambos relatos son los mismos, con una sola modificación onomástica (Sebastián Hondio pasa a llamarse Ramón Civedé) y el añadido en «1996» de Sidney Gallagher, Wendell O'Flaherty, Zoy Bronowski, los advisers y la muchacha llamada Crist.

Varios de esos personajes –Deledda Condestáble, su hijo Gtiillermo, el doctor Castelbruno– según el relato de Sebastián Hondio mueren en 1976 o (Castelbruno) antes de 1976. Resucitan en °1996", cuando es poco probable que sobreviva el propio Ramón Civedé.

Junto con los originales de las dos narraciones, la encomienda incluía un casete y un recorte periodístico.

En el casete, dos hombres dialogan. Uno de ellos tiene una voz que merece los adjetivos que los relatos prodigan a la voz de Ramón Civedé (o de su alter ego Sebastián Hondio): armoniosa, bien timbrada, pedante, profesoral, insufrible, irónica. El otro interlocutor habla con fonética castiza y acento ligeramente extranjero. Parece joven y norteamericano. Lo presumo becario de alguna universidad de los Estados Unidos.

El sujeto del diálogo es la ejecución de un libro. Al modo de las muñecas rusas, el libro contendría una novela dentro de otra. A una la llaman «la novela del futuro». La

otra sería la biografía de un tal Manuel, quien a lo largo de no más de cincuenta años viviría las edades históricas de la República Argentina desde la época de la Conquista hasta el colapso de la denominada «guerra de las Malvinas».

El recorte periodístico, del 17 de diciembre de 1984, bajo el título de «Reaparecieron los vándalos», da cuenta de un hecho policial. A las dos de la tarde del día anterior, la calle Florida había sido invadida por una horda de muchachones mal entrazados, ayunos, descalzos o con el torso desnudo. Vociferantes, vertiginosos, temibles, se abrieron paso a la carrera precedidos por sus propios alaridos. Los que venían detrás enarbolaban cadenas y cachiporras. La retaguardia estaba armada de revólveres. La invasión duró apenas unos minutos. Después se dispersaron, se volatizaron.

Habían roto las vidrieras de varios comercios y las habían saqueado. La gente no atinó a nada, salvo a escapar por las calles laterales o a refugiarse dentro de los negocios que no habían tenido tiempo de cerrar las puertas. Quienes no alcanzaron a huir fueron despojados de sus relojes, de sus carteras, golpeados y algunos de ellos derribados y pisoteados. Había una víctima fatal.

Era un joven con toda la apariencia de un turista norteamericano. Según testigos presenciales, el joven se encontró en el centro del remolino de la turba, que lo hizo girar en redondo como a un pelele. Un vándalo le arrancó la cartera que llevaba colgada del hombro, y como quiso resistirse otros dos lo arrojaron contra el escaparate de una librería, cuyo cristal estalló. El filo de un vidrio le seccionó la carótida. Cuando treinta y cinco minutos después llegó la ambulancia, estaba muerto. La víctima no había sido identificada.

Todos estos materiales, que leí o que escuché varias veces, me permitieron deducir que: 1) quienes dialogan en el casete son el hombre que lleva el falso nombre de Ramón Civedé y el joven que se hace llamar Sidney Gallagher; 2) Sidney Gallagher escribió el relato titulado «1996» y Ramón Civedé, el que atribuye a Sebastián Hondio; 3) «Manuel de Historia» quedó inconcluso y, por lo que sé, inédito, porque el 16 de diciembre de 1984 Sidney Gallagher murió desangrado en la calle Florida.

Ahora alguien me enviaba esas piezas sueltas con el obvio propósito de que yo armase un libro y lo publicase. Mal o bien le he hecho. He hecho más: por mi cuenta y riesgo les añadí un texto que me pertenece, que inspirándome en George Orwell titulé «1984» y que creo necesario para la mejor comprensión de los demás trozos. Espero no haber introducido un mayor desorden en una obra de por sí fragmentaria y desvertebrada.

No se irrite el lector, no se apresure a reprocharme haber recurrido al viejo truco: el manuscrito hallado en una botella, etc. Es verdad, el repertorio de argentinismos de José Sorbello no existe, el hotel Mallory no existe, la casa de la calle French no la he

encontrado y quizá tampoco haya existido nunca.

Pero en el casete dos hombres dialogan de viva voz y esos dos hombres no son una ficción literaria. Llama la atención que, deliberadamente o no, no descubran sus nombres. El que parece más joven, el de acento extranjero, le da al otro el trato de «señor», el otro le dice «mi querido muchacho». No se tutean. Son el falso Ramón Civedé y el falso Sidney Gallagher, estoy convencido.

Si viven y quieren dar la cara, les restituiré lo que es suyo. Mientras tanto entrego a la imprenta este libro donde no oculto que las bábushkas han sido confeccionadas por distintas manos, de modo que el lector pueda recordar qué hacen muchas manos en un plato.

Uno de los dos hombres que dialogan en el casete murió (creo) en 1984 y el otro no nos revelará jamás su identidad, permanecerá escondido detrás del seudónimo de Ramón Civedé. Y yo terminaré por ser el único y verdadero autor de «Manuel de Historia». ¿Acaso esta impostura no es común a todos los libros? Porque un hombre dice que escribió el Quijote o que escribió «A la busca del tiempo perdido». Pero esa jactancia olvida que otros hombres y que otros libros le proporcionaron los materiales que él combinó y reordenó, y que fuera de esa combinación y de ese reordenamiento nada más ha hecho.

En algún lugar de Buenos Aires, pues, vive alguien encerrado en una torre, sin otra compañía que la de su fiel muchacha a la que llamo Selene porque custodia a un monstruoso Endimión. Imagino que los dos lloraron la muerte del joven héroe venido de lejos. Después el mundo los rodeó de soledad y de indiferencia, los volvió fantasmales, sombras mudas que vagan por el tétrico almacén clausurado. Del tocadiscos surge la música luctuosa de los Kindertotenlieder. En el grabador gira el casete y las dos voces entablan el repetido, el ya infinito diálogo.

Quizás el anciano Endimión de rostro deforme quiera reanudar el sueño que alguna vez durmió en el país de los muertos. Pero antes le entrega a su guardiana un envoltorio dirigido a mí, que Selene deposita en el correo, y ahora aguarda que yo cumpla con lo que él sin palabras me pide. Por eso me apresuro a publicar este libro al que la prisa, lo sé, ha perjudicado.

Si uno relee los últimos tramos y la cita final del relato de Sebastián Hondio llega a la conclusión de que Ramón Civedé, en abril o mayo de 1976, delató a Guillermo, quizá sin prever las atroces consecuencias: que lo condenaba a muerte. Sidney Gallagher debe de haber sospechado lo mismo y, para paliar la culpa del delator, en «1996» se encarnizó con el efebo heráldico.

Curiosamente, el supuesto adviser de la Secretaría para la Culturización es asexuado, presumo que para poder vincularlo con la imaginaria secta de los chasteners e insinuar una próxima revuelta del siglo XXI contra la sexualidad. Al becario de la universidad de East Lansing no lo privo de las fiestas y de los duelos del

amor sexual. Todavía hoy, un eunuco es un personaje que arriesga el ridículo, aunque tal vez en los siglos venideros los eunucos gobiernen el mundo.

Sí, yo satisfago la tácita petición de quien me remitió la encomienda. Pero que no espere de mí que escriba la biografía de Manuel. Es una hazaña de la que no me siento capaz. Los datos, extraídos de «1996» y del casete, son hartamente insuficientes. Digo yo: Civedé pudo grabar, aún después de la desaparición de Sidney Gallagher, en otras cintas, siquiera una síntesis de aquella biografía, aplicarle el método que Borges le infligió a «The approach to Al-Mu'tasim». No lo hizo, ignoro por qué. Para ese misterioso hiato no encuentro otra explicación que la ley que quiere que, en la República Argentina, la historia sea una pura aspiración. «Manuel de Historia» no ha podido escapar de esa fatalidad.

Escribo estas líneas en el último mes de 1988. Los periódicos están entregados a las catástrofes. Los noticiarios de la televisión abundan en escenas calamitosas. Parecería que los argentinos nos hemos propuesto que se cumplan las profecías agoreras de Sidney Gallagher en «1996». ¿Nos encaminamos hacia el mandato de las Naciones Unidas? ¿El mundo, en la próxima década, hostigado por el hambre, no permitirá que continuemos dilapidando tantas riquezas naturales y nos pondrá bajo la curatela de un gobierno internacional? Lo tendríamos merecido.

Acabo de leer en el diario que vastas cosechas de trigo y de maíz han sido incendiadas por agricultores enardecidos. Toneladas de frutas fueron arrojadas a los ríos. El vino corre por las acequias. Hubo destrucciones intencionales de bosques y envenenamientos de miles de cabezas de ganado. En el Chaco el algodón se pudre en los algodoneros y en la Patagonia se ha suspendido la esquila de ovejas.

El Poder Ejecutivo, para calmar la cólera de los campesinos, creó el Ministerio de Concertación de las Economías Regionales todavía en la etapa de diseñar organigramas, con lo que el número de ministerios ya se eleva a cincuenta y tres; el de secretarías, a trescientos ocho, y el de subsecretarías, a setecientos noventa y uno. Se dice que los empleados públicos son más de siete millones y que la cifra aumenta todos los días porque el Estado debe absorber la desocupación en las empresas privadas.

Las nueve facciones en que se dividió el peronismo y los restantes partidos opositores se alternan para boicotear las sesiones del Parlamento. Hace unos meses que no se consigue quórum en la Cámara de Diputados. Los debates del Senado se reducen a insultos y a bostezos, pero ninguna ley es dictada desde que los diputados no se reúnen.

Los jueces no dan abasto para atender el aluvión de pleitos, quiebras y denuncias. Los pasillos del Palacio de justicia están bloqueados por montañas de expedientes. Me aseguran que un solo juez tiene a su cargo cerca de seis mil sumarios criminales y que las sentencias son redactadas a mano porque el presupuesto no alcanza para

reponer las máquinas inutilizadas por el largo uso.

El gobierno ha debido alquilar cientos de edificios ruinosos e insalubres para que sirvan de cárceles, ya que los destinados a ese fin no podían alojar a tantos delincuentes. Pero las condiciones de seguridad son tan precarias que todos los días se producen evasiones masivas. Hay detenidos que desde hace años esperan saber si son inocentes o culpables.

Las pocas fábricas que aún funcionan pagan a sus empleados y obreros por semana vencida, para que los vales y anticipos no reduzcan a cero las sumas que antes les abonaban por quincena. Por lo demás, cualquier sueldo quincenal representa una cantidad tal de billetes de banco que se necesitaría una maleta para transportarla. Sin embargo, se va toda en gastos de comida, de modo que nadie adquiere ropa y todos viajan a pie. La mayoría de los cinematógrafos ha cerrado sus puertas, lo mismo que los teatros y los restaurantes ahora alquilados como sedes de nuevos ministerios.

Cuando el dólar se cotizó a dos mil quinientos pesos argentinos, el gobierno creó una unidad monetaria, el sanmartín, que el pueblo llama burlescamente el cancharrayada, equivalente a mil pesos, pero ya se necesitan ochenta sanmartines para comprar un dólar.

A diario hay saqueos de comercios, y los vándalos que en 1984 mataron a Sidney Gallagher reaparecen con tanta frecuencia por las calles de Buenos Aires y de otras ciudades del interior del país que el periodismo, harto de ellos, los ignora. El Ministerio de Policía se declara impotente para frenar los desmanes.

Ejércitos de niños se desplazan por todas partes. Piden limosna, venden baratijas o se dedican al hurto, manejados por una tenebrosa organización. Antes se los veía en las estaciones terminales de ferrocarril, ahora han invadido la ciudad. El negro humor popular los apoda «la cruzada de los inocentes». Sólo falta, para que el símil sea perfecto, la migración de los perros y de los pájaros.

Las universidades rebosan de estudiantes, pero no hay aulas suficientes, ni profesores, ni bibliografía, ni tecnología, y los diplomas se obtienen por sorteo después que han transcurrido tres años desde el ingreso del alumno. La gente, temerosa de los médicos diplomados por azar, recurre a los curanderos, una profesión que ha recrudecido sin que las autoridades se atrevan a perseguirla.

El Estado administra la prostitución y a los juegos ya oficializados agregó los naipes, los juegos mecánicos y electrónicos, las apuestas sobre el resultado de las elecciones, las charadas, las adivinanzas y las rifas de objetos provenientes de las quiebras y de los decomisos.

Los izquierdistas dicen que la culpa de todo la tiene el liberalismo y que el gobierno debería prohibir la iniciativa privada. Los derechistas dicen que la culpa es de la democracia y que los militares deben volver para restaurar el orden.

Los militares han puesto condiciones al golpe de Estado: exigen que antes sea saldada la deuda externa, que asciende a cien mil millones de dólares. Después se comprometen a derrocar al gobierno sin derramar una sola gota de sangre.

Impertérrita, ajena a todas las convulsiones, la Biblioteca Nacional sigue funcionando en el desierto edificio de la calle México. Y puntualmente, año tras año, algún argentino que reside en el extranjero y que se nacionalizó francés o búlgaro gana un Premio Nobel.

Otros, para quitarse la angustia, se drogan o se embriagan. Los compadezco. Yo recupero la salud de espíritu de un modo menos peligroso y más barato: veo los infinitos teleteatros en los que personajes que dicen ser argentinos, inmunes a las miserias fisiológicas, absueltos de todos los males que nos atormentan, se dedican día y noche a discurrir sentados sobre el infinito ajedrez de sus amores.

Hasta que, reconciliado con mi país y conmigo mismo, apago el televisor y pongo en funcionamiento el porta-casetes. Las voces de Ramón Civedé y de Sidney Gallagher repiten una vez más su diálogo. ¿De qué hablan? Ya lo dije: planean la ejecución de «Manuel de Historia».

Civedé no oculta su entusiasmo y a ratos se refiere a esa novela nonata como a un libro ya impreso, arrebatado por los lectores y ensalzado por los críticos. Más cauto o más realista, Gallagher conjuga los verbos en potencial.

Sin embargo en una sola noche (imagino) escribió la parte que le fue adjudicada, el relato titulado o fechado «1996». Civedé pierde el tiempo en digresiones superfluas, en el vagaroso enunciado de propósitos. No por nada es argentino. Pero no escribió una línea y, después de la muerte de Gallagher, me echó el fardo a mí.

Con todo, algunas de las ideas que expone en el casete me trabajan la cabeza. No sin pudor confieso que suelo encerrarme en mi biblioteca. Las ventanas están cerradas; las cortinas, corridas. Apago todas las luces, salvo la de una turbia lámpara. La voz profunda de Marian Anderson despliega la pompa alegiaca de los Kindertotenlieder. Me he vestido con los ropajes negros de un monje. Quiero sentirme Ramón Civedé, quiero ser Ramón Civedé. A altas horas de la noche salgo a reptar, sobre mis torcidas patas de Asteriade, por este barrio de calles oscuras y solitarias. Soy un monstruo condenado a la soledad, al silencio y al dolor. Los hombres me eluden y las mujeres huyen de mí espantadas. Quienes alguna vez me amaron están muertos. Sólo la alta noche me tolera. Si algún noctámbulo viene a mi encuentro lo esquivo y me oculto en la sombra.

Buenos Aires duerme. Sus millones de habitantes reposan de las fatigas del día y ahora sueñan con la felicidad. Mañana saldrán a la calle y harán pedazos sus sueños. Han escrito en las fachadas de todas las casas, como una promesa o como un juramento, leyendas que amenazan con la muerte, con el exterminio y con la masacre. De tanto en tanto oigo, muy lejos, alaridos de vándalos insomnes que recorren la

ciudad destrozando las vidrieras de los comercios. Todavía más lejos creo oír los estertores de un edificio que cruje, el chisporroteo de un incendio. Y desde una remota distancia me llega no sé qué coro de voces de niños que le reclaman a Dios el castigo de la maldad y de la estupidez.

Veo una ventana iluminada. Veo, detrás de la ventana, el perfil del efebo heráldico. Cuando paso bajo la ventana escucho que pregunta, que acaso me pregunta a mí y les pregunta a todos:

—¿Estamos condenados al falso heroísmo o a la prostitución obligatoria? ¿Debemos ser criminales o hieródulos? ¿No hay, para nosotros los jóvenes, otro destino?

En el casete, Ramón Civedé le dice a Sidney Gallagher:

—Mi libro será como esas cartas póstumas que los amantes se envían después de la definitiva separación, cartas crueles o irónicas donde expulsan las verdades que hasta entonces habían callado.

Él nunca escribió esa carta y Gallagher, en «1996», aunque imagina que la carta fue por fin escrita y publicada, imagina también que todos los ejemplares yacen sepultos en un sótano y que el único ejemplar que pudo ser leído por sus destinatarios fue arrojado al fuego, a un basural, devorado por las ratas, borrado por las lluvias, destruido por las máscaras de un carnaval travestista o por los lémures de una villa miseria.

Yo ¿escribiré alguna vez mi epístola a los argentinos? ¿Me salvaré de la terrible ley que en mi país lo reduce todo a vanas, a jactanciosas aspiraciones? Y si la escribo y la envío a aquellos a quienes estará dirigida ¿correrá la misma aciaga suerte que Sidney Gallagher imaginó para la del otro Ramón Civedé?

Entre tanto nuestros magos salmodian sus viejos exorcismos, pero la República Argentina sigue poseída por todos los demonios. El Eclesiastés se lamenta por la tierra que tiene de rey a un niño y cuyos gobernantes banquetean de mañana. Yo me duelo por una tierra donde el rey niño quiere ser un aprendiz de brujo y los príncipes tienden sus festines desde la mañana hasta la noche.

Cada tanto, poco antes del amanecer, me despierta la invasión de la estopa color tabaco, olor a arpillera húmeda. Siento que viene desde muy lejos, desde una greda elemental que está en el origen de la vida. Me invade como una lenta marea terrosa, va rellenándome todo el cuerpo con su esponjosidad amarronada y fétida. Entonces hago un esfuerzo desesperado, me arrojo de la cama, camino por la habitación. Tan lentamente como entró en mí, el moho me abandona. Una noche no podré zafarme y Selene me encontrará dormido para siempre en esta ciénaga de la que todos procedemos y a la que todos regresamos. Pero antes debo escribir «Manuel de Historia». Es curioso. No sé por qué digo que escribiré «Manuel de Historia». A veces me sorprende a mí mismo esperando la llegada de un visitante. El visitante es

joven, es extranjero. Yo lo aguardo en la penumbra de la biblioteca. Un día algún Sidney Gallagher estará sentado, ahí, junto a la única lámpara encendida, y empezaremos a planear la historia de Manuel.